

GÁLATAS

Las iglesias de Galacia estaban formadas en parte por judíos convertidos, y en parte por convertidos gentiles, como era el caso en general. San Pablo afirma su carácter apostólico y las doctrinas que enseñó para confirmar a las iglesias de Galacia en la fe de Cristo, especialmente en lo que respecta al punto importante de la justificación por la sola fe. De manera que, el tema es principalmente el mismo discutido en la epístola a los Romanos, esto es, de la justificación sólo por la fe. Sin embargo, en esta epístola se dirige la atención en particular al punto en que los hombres son justificados por fe sin las obras de la ley de Moisés. Sobre la importancia de las doctrinas establecidas con prominencia en esta epístola Lutero dice: “Tenemos que temer como el peligro más grande y más cercano que Satanás nos quite esta doctrina de la fe y vuelva a traer a la Iglesia la doctrina de las obras y de las tradiciones de los hombres. De ahí que sea muy necesario que esta doctrina sea mantenida en práctica continua y ejercicio público, tanto de lectura como de oír. Si esta doctrina se pierde, entonces también se pierden la doctrina de la verdad, la vida, y la salvación”.

CAPÍTULO I

Versículos 1—5. *El apóstol Pablo afirma su carácter apostólico contra los que lo desprestigian.* 6—9. *Reprende a los gálatas por rebelarse contra el evangelio de Cristo por la influencia de malos maestros.* 10—14. *Prueba la autoridad divina de su doctrina y misión, y declara lo que era antes de su conversión y llamamiento,* 15—24. *y cómo procedió después.*

Vv. 1—5. San Pablo era apóstol de Jesucristo; fue expresamente nombrado por Él, en consecuencia, por Dios Padre, que es uno con Él en su naturaleza divina, y nombró Mediador a Cristo. La gracia, incluye la buena voluntad de Dios hacia nosotros, y su buena obra en nosotros; y la paz, todo ese consuelo interior o prosperidad externa que nosotros realmente necesitamos. Estas proceden de Dios Padre como fuente por medio de Jesucristo, pero nótese primero la gracia, luego la paz. No puede haber paz verdadera sin la gracia. —Cristo se dio por nuestros pecados para hacer expiación por nosotros: esto exigía la justicia de Dios y a esto se sometió libremente. Aquí debe observarse la infinita grandeza del precio pagado, y entonces, será evidente que el poder del pecado es tan grande que no podía ser quitado, de ninguna manera, salvo que el Hijo de Dios fuera dado en rescate. El que considera bien estas cosas, entiende que el pecado es lo más horrible que pueda expresarse, lo cual debiera conmovernos, y sin duda, asustarnos. Nótese bien especialmente las palabras “por nuestros pecados”. Porque aquí empieza de nuevo nuestra débil naturaleza que primero desea ser digna por sus propias obras. Desea llevar ante Él a los que están sanos y no al que necesita médico. —No sólo para redimirnos de la ira de Dios y la maldición de la ley, sino también para separarnos de las malas costumbres y prácticas, a las cuales estábamos esclavizados naturalmente. Pero en vano es que los que no han sido librados de este presente mundo malo por la santificación del Espíritu, tengan la expectativa de ser liberados de su condenación por la sangre de Jesús.

Vv. 6—9. Los que desean establecer cualquier otro camino al cielo fuera del que revela el

evangelio de Cristo, se hallarán miserablemente errados. El apóstol imprime a los gálatas la debida sensación de su culpa por abandonar el camino de la justificación según el evangelio, aunque la reprensión la hace con ternura y los retrata como arrastrados a eso por las artes de algunos que los perturbaban. Debemos ser fieles cuando reprendemos a otros, y dedicarnos, no obstante, a restaurarlos con el espíritu de mansedumbre. —Algunos desean instalar las obras de la ley en el lugar de la justicia de Cristo, y de este modo, corrompen el cristianismo. El apóstol denuncia con solemnidad, por maldito, a todo aquel que intente poner un fundamento tan falso. Todos los demás evangelios, fuera del de la gracia de Cristo, sean más halagadores para el orgullo de la justicia propia, o más favorables para las lujurias mundanas, son invenciones de Satanás. Mientras declaremos que rechazar la ley moral como regla de vida tiende a deshonorar a Cristo, y a destruir la religión verdadera, debemos también declarar que toda dependencia de las buenas obras para la justificación, sean reales o imaginarias, es igualmente fatal para los que persisten en ellas. Mientras seamos celosos de las buenas obras tengamos cuidado de no ponerlas en el lugar de la justicia de Cristo, y no proponer ninguna cosa que pudiera traicionar al prójimo con un engaño tan horrendo.

Vv. 10—14. Al predicar el evangelio el apóstol buscaba llevar personas a la obediencia, no de los hombres, sino de Dios. Pero Pablo no deseaba alterar la doctrina de Cristo, sea para ganar el favor de ellos o evitar la furia de ellos. En un asunto tan importante no debemos temer el enojo de los hombres, ni buscar su favor usando palabras de humana sabiduría. —En cuanto a la manera en que él recibió el evangelio, fue por revelación desde el Cielo. No fue llevado al cristianismo, como muchos, sólo por la educación.

Vv. 15—24. San Pablo fue llevado maravillosamente al conocimiento y la fe de Cristo. Todos los convertidos para salvación son llamados por la gracia de Dios; la conversión de ellos es obra de su poder y gracia que obran en ellos. De poco nos servirá que tengamos a Cristo revelado *a* nosotros si Él no es revelado también *en* nosotros. Estaba preparado para obedecer instantáneamente, sin importar su interés, crédito, comodidad mundano o la misma vida. Qué motivo de acción de gracias y de gozo es para las iglesias de Cristo cuando saben de casos semejantes para la alabanza de la gloria de su gracia, ¡sea que los hayan visto o no alguna vez! Ellos glorifican a Dios por su poder y misericordia al salvar a tales personas, y por todo el servicio hecho a su pueblo y a su causa, y el servicio que puede esperarse con posterioridad.

CAPÍTULO II

Versículos 1—10. *El apóstol declara que ha sido reconocido como apóstol a los gentiles.* 11—14.

Resistió públicamente a Pedro por judaizar. 15—21. *De ahí pasa a la doctrina de la justificación por la fe en Cristo, sin las obras de la ley.*

Vv. 1—10. Nótese la fidelidad del apóstol al dar un relato completo de la doctrina que había predicado entre los gentiles, y que aún estaba resuelto a predicar, la del cristianismo, libre de toda mezcla con el judaísmo. Esta doctrina sería desagradable para muchos, pero él no temía reconocerla. Su preocupación era que no decayera el éxito de sus labores pasadas, o fuera estorbado en su utilidad futura. Mientras dependamos claramente de Dios para el éxito en nuestras labores, debemos usar toda la cautela necesaria para eliminar errores, y contra los opositores. Hay cosas que se pueden cumplir lícitamente, pero cuando no se pueden hacer sin traicionar la verdad, deben rechazarse. No debemos dar lugar a ninguna conducta por la cual sea rechazada la verdad del evangelio. —Aunque Pablo hablaba con los otros apóstoles, no recibió de ellos nada nuevo para su conocimiento o autoridad. Se dieron cuenta de la gracia que le fue dada, y le dieron a él y a Bernabé, la diestra de compañía, por la cual reconocían que había sido nombrado en el oficio y dignidad de apóstol como ellos mismos. Acordaron que los dos debían ir a los gentiles mientras ellos seguían predicando a los judíos; juzgaron que agradaba a Cristo la idea de dividirse así en la

obra. —Aquí aprendemos que el evangelio no es nuestro, sino de Dios, y que los hombres somos sólo sus custodios; por esto tenemos que alabar a Dios. El apóstol mostró su disposición caritativa y cuán dispuesto estaba para aceptar como hermanos a los judíos convertidos, aunque muchos de ellos difícilmente permitirían igual favor a los gentiles convertidos; pero la sola diferencia de opinión no era razón para que no les ayudara. He aquí un patrón de la caridad cristiana, que debemos extender a todos los discípulos de Cristo.

Vv. 11—14. A pesar del carácter de Pedro, cuando Pablo lo vio actuando como para dañar la verdad del evangelio y la paz de la iglesia, no tuvo temor de reprenderlo. Cuando vio que Pedro y los demás no vivían conforme al principio que enseña el evangelio, y que ellos profesaban, a saber, que por la muerte de Cristo fue derribado el muro divisorio entre judío y gentil, y la observancia de la ley de Moisés dejaba de tener vigencia; como la ofensa de Pedro era pública, él lo reprendió públicamente. Hay una diferencia muy grande entre la prudencia de San Pablo, que sustentó, y usó por un tiempo, las ceremonias de la ley como no pecaminosas, y la conducta tímida de San Pedro que, por apartarse de los gentiles, llevó a otros a pensar que estas ceremonias eran necesarias.

Vv. 15—19. Habiendo así demostrado Pablo que él no era inferior a ningún apóstol, ni al mismo Pedro, habla de la gran doctrina fundamental del evangelio. ¿Para qué creímos en Cristo? ¿No fue para que fuésemos justificados por la fe de Cristo? De ser así, ¿no es necio volver a la ley, y esperar ser justificados por el mérito de obras morales, de los sacrificios o de las ceremonias? La ocasión de esta declaración surgió indudablemente de la ley ceremonial; pero el argumento es tan fuerte contra toda dependencia de las obras de la ley moral para lograr la justificación. Para dar mayor peso a esto se agrega aquí, “pero si buscando ser justificados en Cristo, también nosotros somos hallados pecadores, ¿es por eso Cristo ministro de pecado?” Esto sería muy deshonoroso para Cristo y también muy dañino para ellos. Considerando la misma ley, entendió que no debía esperar la justificación por las obras de la ley, y que ahora ya no había más necesidad de los sacrificios y sus purificaciones, puesto que fueron terminados en Cristo al ofrecerse Él como sacrificio por nosotros. No esperaba ni temía nada de ello; no más que un hombre muerto para sus enemigos. Pero el efecto no era una vida descuidada e ilícita. Era necesario que él pudiera vivir para Dios y dedicado a él por medio de los motivos y la gracia del evangelio. No es objeción nueva, pero sumamente injusto, que la doctrina de la justificación por la sola fe, tienda a estimular a la gente a pecar. No es así, porque aprovecharse de la libre gracia, o de su doctrina, es vivir en pecado, es tratar de hacer de Cristo ministro de pecado, idea que debiera estremecer a todos los corazones cristianos.

Vv. 20, 21. Aquí, en su propia persona, el apóstol describe la vida espiritual y oculta del creyente. El viejo hombre ha sido crucificado, Romanos vi, 6; pero el nuevo hombre está vivo; el pecado es mortificado y la gracia es vivificada. Tiene las consolaciones y los triunfos de la gracia, pero esa gracia no es de sí mismo sino de otro. Los creyentes se ven viviendo en un estado de dependencia de Cristo. De ahí que, aunque viva en la carne, sin embargo, no vive según la carne. Los que tienen fe verdadera, viven por esa fe; y la fe se afirma en que Cristo se dio a sí mismo por nosotros. —Él me amó y se dio por mí. Como si el apóstol dijera: El Señor me vio huyendo más y más de Él. Tal maldad, error e ignorancia estaban en mi voluntad y entendimiento, y no era posible que yo fuera rescatado por otro medio que por tal precio. Considérese bien este precio. —Aquí nótese la fe falsa de muchos. Su confesión concuerda: tienen la forma de la piedad sin el poder de ella. Piensan que creen bien los artículos de la fe, pero están engañados. Porque creer en Cristo crucificado no sólo es creer que fue crucificado, sino también creer que yo estoy juntamente crucificado con Él. Esto es conocer a Cristo crucificado. De ahí aprendemos cuál es la naturaleza de la gracia. La gracia de Dios no puede estar unida al mérito del hombre. La gracia no es gracia a menos que sea dada libremente en toda forma. Mientras más sencillamente el creyente confíe en Cristo para todo, más devotamente andará delante de Él en todas sus ordenanzas y mandamientos. Cristo vive y reina en él, y él vive aquí en la tierra por la fe en el Hijo de Dios, que obra por amor, produce obediencia y cambia a su santa imagen. De este modo, no abusa de la gracia de Dios ni la hace vana.

CAPÍTULO III

Versículos 1—5. *Los gálatas son reprendidos por desviarse de la gran doctrina de la justificación solo por la fe en Cristo.* 6—9. *Esta doctrina se afirma a partir del ejemplo de Abraham.* 10—14. *Del tenor de la ley y la gravedad de su maldición.* 15—18. *Del pacto de la promesa que la ley no podía anular.* 19—25. *La ley fue un ayo para guiarlos a Cristo.* 26—29. *Bajo el estado del evangelio todos los creyentes son uno en Cristo.*

Vv. 1—5. Varias cosas hacían más grave la necedad de los cristianos gálatas. A ellos se les había predicado la doctrina de la cruz, y se les ministraba la cena del Señor. En ambas se había expuesto plena y claramente a Cristo crucificado y la naturaleza de sus sufrimientos. —¿Habían sido hechos partícipes del Espíritu Santo por la ministración de la ley o por cuenta de algunas obras que ellos hicieron en obediencia a aquella? ¿No fue porque oyeron y abrazaron la doctrina de la sola fe en Cristo para justificación? No fue por lo primero, sino por lo último. Muy poco sabios son quienes toleran ser desviados del ministerio y la doctrina en que fueron bendecidos para provecho espiritual de ellos. ¡Ay, que los hombres se desvíen de la doctrina de Cristo crucificado, de importancia absoluta, para oír distinciones inútiles, pura prédica moral o locas imaginaciones! El dios de este mundo ha cegado el entendimiento de los hombres por diversos hombres y medios, para que aprendan a no confiar en el Salvador crucificado. Podemos preguntar directamente, ¿dónde se da más evidentemente el fruto del Espíritu Santo; en los que predicán la justificación por las obras de la ley, o en quienes predicán la doctrina de la fe? Con toda seguridad, en estos últimos.

Vv. 6—14. El apóstol prueba la doctrina, de cuyo rechazo había culpado a los gálatas; a saber, la de la justificación por la fe, sin las obras de la ley. Hace esto a partir del ejemplo de Abraham, cuya fe se afirmó en la palabra y la promesa de Dios, y por creer fue reconocido y aceptado por Dios como hombre justo. Se dice que la Escritura prevé, porque el que previó es el Espíritu Santo, que inspiró las Escrituras. Abraham fue bendecido por fe en la promesa de Dios; y es esta la única forma en que los demás obtienen este privilegio. Entonces, estudiemos el objeto, la naturaleza y los efectos de la fe de Abraham, porque, ¿quién puede escapar de la maldición de la santa ley de alguna otra manera? La maldición es contra todos los pecadores, por tanto, contra todos los hombres, porque todos pecaron y todos se hicieron culpables ante Dios; y si, como transgresores de la ley estamos bajo su maldición, debe ser vano buscar justificación por ella. Justos o rectos son sólo los liberados de la muerte y de la ira, y restaurados a un estado de vida en el favor de Dios: sólo a través de la fe llegan las personas a ser justas. —Así, vemos, pues, que la justificación por la fe no es una doctrina nueva, sino que fue enseñada en la Iglesia de Dios mucho antes de los tiempos del evangelio. En verdad, es la única manera por la cual fueron o pueden ser justificados los pecadores. —Aunque no cabe esperar liberación por medio de la ley, hay una vía abierta para escapar de la maldición y recuperar el favor de Dios, a saber, por medio de la fe en Cristo. Cristo nos redimió de la maldición de la ley; fue hecho pecado, u ofrenda por el pecado por nosotros. Así fue hecha maldición por nosotros; no separado de Dios, pero por un tiempo, estuvo sujeto al castigo divino. Los intensos sufrimientos del Hijo de Dios advierten a gritos a los pecadores que huyan de la ira venidera, más que de todas las maldiciones de la ley, porque, ¿cómo podría Dios salvar a un hombre que permanece bajo pecado, viendo que no salvó a su propio Hijo, cuando nuestros pecados fueron cargados sobre Él? Pero, al mismo tiempo, Cristo, desde la cruz, invita libremente a los pecadores a que se refugien en Él.

Vv. 15—18. El pacto que Dios hizo con Abraham no fue cancelado por la entrega de la ley a Moisés. El pacto fue establecido con Abraham y su Simiente. Aún está vigente. Cristo permanece para siempre en su Persona y en su simiente espiritual, los que son suyos por fe. Por esto conocemos la diferencia entre las promesas de la ley y las del evangelio. Las promesas de la ley son hechas a la persona de cada hombre; las promesas del evangelio son hechas, primeramente a Cristo, luego por medio de Él a los que por fe son injertados en Cristo. —Para dividir correctamente la palabra de verdad debe erigirse una gran diferencia entre la promesa y la ley, en cuanto a los afectos

interiores y a toda la práctica de la vida. Cuando la promesa se mezcla con la ley, se anula convirtiéndose en ley. Que Cristo esté siempre ante nuestros ojos como argumento seguro para la defensa de la fe contra la dependencia de la justicia humana.

Vv. 19—22. Si esa promesa fue suficiente para salvación, ¿entonces de qué sirvió la ley? Los israelitas, aunque escogidos para ser el pueblo peculiar de Dios, eran pecadores como los demás. La ley no fue concebida para descubrir una manera de justificar, diferente de la dada a conocer por la promesa, sino para conducir a los hombres a ver su necesidad de la promesa, mostrándoles la pecaminosidad del pecado, y para señalar a Cristo solo, por medio del cual podían ser perdonados y justificados. La promesa fue dada por Dios mismo; la ley fue dada por el ministerio de ángeles, y la mano de un mediador, Moisés. De ahí que la ley no pudiera ser diseñada para abrogar la promesa. Como lo indica el mismo vocablo, el mediador es un amigo que se interpone entre dos partes y que no actúa sólo con una y por una de ellas. La gran intención de la ley era que la promesa por fe en Jesucristo fuera dada a los que creyeran; a los que, estando convictos de su culpa, y de la insuficiencia de la ley para efectuar justicia por ellos, pudieran ser persuadidos a creer en Cristo, y así, alcanzar el beneficio de la promesa. No es posible que la santa, justa y buena ley de Dios, la norma del deber para todos, sea contraria al evangelio de Cristo. Intenta toda forma de promoverlo.

Vv. 23—25. La ley no enseñaba un conocimiento vivo y salvador, pero por sus ritos y ceremonias, especialmente por sus sacrificios, señalaba hacia Cristo para que ellos fuesen justificados por fe. Así era que la palabra significa propiamente un siervo para llevar a Cristo, como los niños eran llevados a la escuela por los siervos encargados de atenderlos, para ser enseñados más plenamente por Él, que es el verdadero camino de justificación y salvación, el cual es únicamente por fe en Cristo. Se señala la ventaja enormemente más grande del estado del evangelio, en el cual disfrutamos de la revelación de la gracia y misericordia divina más claramente que los judíos de antes. La mayoría de los hombres siguen encerrados como en un calabozo oscuro, enamorados de sus pecados, cegados y adormecidos por Satanás, por medio de los placeres, preocupaciones y esfuerzos mundanales. Pero el pecador despertado descubre su estado terrible. Entonces siente que la misericordia y la gracia de Dios forman su única esperanza. Los terrores de la ley suelen ser usados por el Espíritu que produce convicción, para mostrar al pecador que necesita a Cristo, para llevarle a confiar en sus sufrimientos y méritos, para que pueda ser justificado por la fe. Entonces, la ley, por la enseñanza del Espíritu Santo, llega a ser su amada norma del deber y su norma para el examen diario de sí mismo. En este uso de ella, aprende a confiar más claramente en el Salvador.

Vv. 26—29. Los cristianos reales disfrutaban grandes privilegios sujetos al evangelio, y ya no son más contados como siervos, sino como hijos; ahora no son mantenidos a cierta distancia y sujetos a ciertas restricciones como los judíos. Habiendo aceptado a Cristo Jesús como su Señor y Salvador, y confiando solo en Él para justificación y salvación, ellos llegan a ser los hijos de Dios. Pero ninguna forma externa o confesión puede garantizar esas bendiciones, porque si alguien no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él. —En el bautismo nos investimos de Cristo; por éste, profesamos ser sus discípulos. Siendo bautizados en Cristo, somos bautizados en su muerte, porque como Él murió y resucitó, así nosotros morimos al pecado y andamos en la vida nueva y santa. Investirse de Cristo según el evangelio no consiste en la imitación externa, sino de un nacimiento nuevo, un cambio completo. —El que hace que los creyentes sean herederos, proveerá para ellos. Por tanto, nuestro afán debe ser cumplir los deberes que nos corresponden, y debemos echar sobre Dios todos los demás afanes. Nuestro interés especial debe ser por el cielo; las cosas de esta vida no son sino fruslerías. La ciudad de Dios en el cielo es la porción o la parte del hijo. Procura asegurarte de eso por sobre todas las cosas.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—7. *La necesidad de volver a las observancias legales para la justificación.* 8—11. *El cambio feliz efectuado en los creyentes gentiles.* 12—18. *El apóstol razona en contra de seguir a los falsos maestros.* 19, 20. *Expresa su intensa preocupación por ellos.* 21—31. *Y luego explica la diferencia entre lo que debe esperarse de la ley y del evangelio.*

Vv. 1—7. El apóstol trata claramente con los que querían imponer la ley de Moisés junto con el evangelio de Cristo, proponiéndose sujetar a los creyentes a su esclavitud. No podían entender plenamente el significado de la ley dada por Moisés. Como esa era una dispensación de tinieblas, era de esclavitud; ellos estaban atados a tantos ritos y observancias fatigosas, por los que se les enseñaba, y se les mantenía sujetos, como niño a tutores y curadores. —Bajo la dispensación del evangelio aprendemos el estado más feliz de los cristianos. Nótese en estos versículos las maravillas del amor y la misericordia divina, particularmente de Dios Padre al enviar a su Hijo al mundo para redimir y salvarnos; del Hijo de Dios al someterse a tanta bajeza y sufrir tanto por nosotros; y del Espíritu Santo al condescender a habitar en los corazones de los creyentes para tales propósitos de gracia. Además, las ventajas que disfrutaban los cristianos bajo el evangelio. Aunque por naturaleza hijos de ira y desobediencia, ellos llegan a ser por gracia hijos del amor y participan de la naturaleza de los hijos de Dios; porque Él hará que todos sus hijos se le parezcan. El hijo mayor es el heredero entre los hombres; pero todos los hijos de Dios tendrán la herencia de los primogénitos. Que el temperamento y la conducta de los hijos muestre para siempre nuestra adopción y que el Espíritu Santo testifique a nuestros espíritus que somos hijos y herederos de Dios.

Vv. 8—11. El cambio feliz por el cual los gálatas se volvieron de los ídolos al Dios vivo, y recibieron, por medio de Cristo, la adopción de hijos, fue el efecto de su libre y rica gracia. Ellos fueron puestos bajo la obligación mayor de mantener la libertad con que Él los hizo libres. Todo nuestro conocimiento de Dios empieza de su lado; lo conocemos porque somos conocidos por Él. —Aunque nuestra religión prohíbe la idolatría, aún hay muchos que practican la idolatría espiritual en sus corazones. Porque lo que más ama un hombre, y aquello que más le interesa, eso es su dios: algunos tienen sus riquezas como su dios; algunos, sus placeres, y otros, sus lujurias. Muchos adoran, sin saber, a un dios de su propia hechura; un dios todo hecho de misericordia sin ninguna justicia. Porque se convencen de que hay misericordia de Dios para ellos aunque no se arrepientan y sigan en sus pecados. —Es posible que los que hicieron una gran profesión de la religión, después sean desviados de la pureza y simplicidad. Mientras más misericordia haya mostrado Dios al llevar a alguien a conocer el evangelio, y sus libertades y privilegios, más grande es su pecado y necesidad al tolerar que ellos mismos sean privados de ello. De aquí, pues, que todos los miembros de la iglesia externa deban aprender a temer su yo, y a sospechar de sí mismos. No debemos contentarnos con tener algunas cosas buenas en nosotros. Pablo teme que su labor fuera en vano, pero aún se esfuerza; y el hacerlo así, siga lo que siguiere, es la verdadera sabiduría y el temor de Dios. Esto debe recordar cada hombre en su puesto y llamamiento.

Vv. 12—18. El apóstol desea que ellos sean unánimes con él en cuanto a la ley de Moisés y unidos con él en amor. Al reprender a los otros, debemos cuidar de convencerlos de que nuestra reprensión viene de una sincera consideración de la honra de Dios y la religión y del bienestar de ellos. El apóstol recuerda a los gálatas la dificultad con que trabajó cuando estuvo entre ellos por primera vez. Pero nota que fue un mensajero bien recibido por ellos. Sin embargo, ¡cuán inciertos son el favor y el respeto de los hombres! Esforcémonos por ser aceptos a Dios. —Una vez os creísteis dichosos por recibir el evangelio; ¿ahora tenéis razón para pensar lo contrario? Los cristianos no deben dejar de decir la verdad por temor de ofender al prójimo. Los falsos maestros que desviaron a los gálatas de la verdad del evangelio, eran hombres astutos. Pretendían afecto, pero no eran sinceros ni rectos. Se da una regla excelente. Bueno es ser siempre celoso de algo bueno; no sólo por una vez, o cada tanto tiempo, sino siempre. Dichoso sería para la Iglesia de Cristo si este celo fuese mejor sostenido.

Vv. 19, 20. Los gálatas estaban listos para considerar enemigo al apóstol, pero él les asegura que era su amigo; que por ellos tenía sentimientos paternales. Duda del estado de ellos y ansía conocer el resultado de sus engaños presentes. Nada es prueba tan segura de que un pecador ha pasado al estado de justificación como que Cristo se esté formando en él por la renovación del Espíritu Santo, pero esto no puede esperarse mientras los hombres dependan de la ley para ser aceptados por Dios.

Vv. 21—27. La diferencia de los creyentes que descansan sólo en Cristo y los que confían en la ley queda explicada por las historias de Isaac e Ismael. Estas cosas son una alegoría en que el Espíritu de Dios señala algo más además del sentido literal e histórico de las palabras. Agar y Sara eran emblemas adecuados de las dos dispensaciones diferentes del pacto. La Jerusalén celestial, la Iglesia verdadera de lo alto, representada por Sara está en estado de libertad y es la madre de todos los creyentes que nacen del Espíritu Santo. Por regeneración y fe verdadera fueron parte de la verdadera semilla de Abraham, conforme a la promesa hecha a él.

Vv. 28—31. Se aplica la historia así expuesta. Entonces, hermanos, no somos hijos de la esclava sino de la libre. Si los privilegios de todos los creyentes son tan grandes, conforme al pacto nuevo, ¡qué absurdo sería que los convertidos gentiles estén bajo esa ley que no pudo librar a los judíos incrédulos de la esclavitud o de la condenación! —Nosotros no hubiésemos hallado esta alegoría en la historia de Sara y Agar si no nos hubiera sido señalada, pero no podemos dudar que así fue concebido por el Espíritu Santo. Es una explicación del tema, no un argumento que lo compruebe. En esto están prefigurados los dos pactos, el de obras y el de gracia, y los profesantes legales y los evangélicos. Las obras y los frutos producidos por el poder del hombre son legales, pero si surgen de la fe en Cristo son evangélicos. El espíritu del primer pacto es de esclavitud al pecado y la muerte. El espíritu del segundo pacto es de libertad y liberación; no de libertad para pecar sino en deber y para el deber. El primero es un espíritu de persecución; el segundo es un espíritu de amor. Que miren a este los profesantes que tengan un espíritu violento, duro y autoritario hacia el pueblo de Dios. Pero así como Abraham desechó a Agar, así es posible que el creyente se desvíe en algunas cosas al pacto de obras, cuando por incredulidad y negligencia de la promesa actúe en su propio poder conforme a la ley; o en un camino de violencia, no de amor, hacia sus hermanos. Sin embargo, no es su espíritu hacerlo así, de ahí que nunca repose hasta que regrese a su dependencia de Cristo. Reposemos nuestras almas en las Escrituras, y mostremos, por una esperanza evangélica y la obediencia jubilosa, que nuestra conversión y tesoro están, sin duda, en el cielo.

CAPÍTULO V

Versículos 1—12. *Una ferviente exhortación a estar firmes en la libertad del evangelio.* 13—15. *A cuidarse de consentir un temperamento pecador.* 16—26. *Y a caminar en el Espíritu, y no dar lugar a las lujurias de la carne: se describen las obras de ambos.*

Vv. 1—6. Cristo no será el Salvador de nadie que no lo reciba y confíe en Él como su único Salvador. Prestemos oído a las advertencias y las exhortaciones del apóstol a estar firmes en la doctrina y la libertad del evangelio. Todos los cristianos verdaderos que son enseñados por el Espíritu Santo, esperan la vida eterna, la recompensa de la justicia, y el objeto de su esperanza, como dádiva de Dios por fe en Cristo; y no por amor de sus propias obras. —El convertido judío puede observar las ceremonias o afirmar su libertad, el gentil puede desecharlas o participar en ellas, siempre y cuando no dependa de ellas. Ningún privilegio o profesión externo servirá para ser aceptos de Dios sin la fe sincera en nuestro Señor Jesús. La fe verdadera es una gracia activa; obra por amor a Dios y a nuestros hermanos. Que estemos en el número de aquellos que, por el Espíritu, aguardan la esperanza de justicia por la fe. —El peligro de antes no estaba en cosas sin importancia en sí, como ahora son muchas formas y observancias. Pero sin la fe que obra por el amor, todo lo demás carece de valor, y comparado con ello las otras cosas son de escaso valor.

Vv. 7—12. La vida del cristiano es una carrera en la cual debe correr y mantenerse si desea obtener el premio. No basta con que profesemos el cristianismo; debemos correr bien viviendo conforme a esa confesión. Muchos que empezaron bien en la religión son estorbados en su avance o se desvían del camino. A los que empezaron a salirse del camino o a cansarse les corresponde preguntarse seriamente qué les estorba. —La opinión o la persuasión, versículo 8, sin duda, era la de mezclar las obras de la ley con la fe en Cristo en cuanto a la justificación. El apóstol deja que ellos juzguen de dónde surgió, pero muestra lo suficiente para indicar que no se debe a nadie sino a Satanás. —Para las iglesias cristianas es peligroso animar a los que siguen errores destructores, pero en especial a los que los difunden. Al reprender el pecado y el error, siempre debemos distinguir entre los líderes y los liderados. Los judíos se ofendían porque se predicaba a Cristo como la única salvación para los pecadores. Si Pablo y los otros hubieran aceptado que la observancia de la ley de Moisés debía unirse a la fe en Cristo, como necesaria para la salvación, entonces los creyentes hubieran podido evitar muchos de los sufrimientos que tuvieron. Hay que resistir los primeros indicios de esa levadura. Ciertamente los que persisten en perturbar a la Iglesia de Cristo deben soportar su juicio.

Vv. 13—15. El evangelio es una doctrina conforme a la piedad, 1 Timoteo vi, 3, y está lejos de consentir con el menor pecado, que nos somete a la obligación más fuerte de evitarlo y vencerlo. El apóstol insiste en que toda la ley se cumple en una palabra: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Si se pelean los cristianos, que deben ayudarse mutuamente y regocijarse unos en otros, ¿qué puede esperarse sino que el Dios de amor niegue su gracia, que el Espíritu de amor se vaya, y prevalezca el espíritu maligno que busca destruirlos? —Bueno fuera que los creyentes se pusieran en contra del pecado en ellos mismos y en los lugares donde viven, en vez de morderse y devorarse unos a otros con motivo de diversidad de opinión diferente.

Vv. 16—26. Si fuéramos cuidadosos para actuar bajo la dirección y el poder del Espíritu bendito, aunque no fuésemos liberados de los estímulos y de la oposición de la naturaleza corrupta que queda en nosotros, esta no tendría dominio sobre nosotros. Los creyentes están metidos en un conflicto en que desean sinceramente esa gracia que puede alcanzar la victoria plena y rápida. Los que desean entregarse a la dirección del Espíritu Santo no están bajo la ley como pacto de obras, ni expuestos a su espantosa maldición. Su odio por el pecado, y su búsqueda de la santidad, muestran que tienen una parte en la salvación del evangelio. —Las obras de la carne son muchas y manifiestas. Esos pecados excluirán del cielo a los hombres. Pero, ¡cuánta gente que se dice cristiana vive así y dicen que esperan el cielo! —Se enumeran los frutos del Espíritu, o de la naturaleza renovada, que tenemos que hacer. Y así como el apóstol había nombrado principalmente las obras de la carne, no sólo dañinas para los mismos hombres, sino que tienden a hacerlos mutuamente nocivos, así aquí el apóstol nota principalmente los frutos del Espíritu, que tienden a hacer mutuamente agradables a los cristianos, como asimismo a hacerlos felices. Los frutos del Espíritu muestran evidentemente que ellos son guiados por el Espíritu. —La descripción de las obras de la carne y de los frutos del Espíritu nos dice qué debemos evitar y resistir y qué debemos desear y cultivar; y este es el afán y empresa sinceros de todos los cristianos reales. El pecado no reina ahora en sus cuerpos mortales, de modo que le obedezcan, Romanos vi, 12, pues ellos procuran destruirlo. Cristo nunca reconocerá a los que se rinden a ser siervos del pecado. Y no basta con que cesemos de hacer el mal sino que debemos aprender a hacer el bien. Nuestra conversación siempre deberá corresponder al principio que nos guía y nos gobierna, Romanos viii, 5. Debemos dedicarnos con fervor a mortificar las obras del cuerpo y a caminar en la vida nueva sin desear la vanagloria ni desear indebidamente la estima y el aplauso de los hombres, sin provocarse ni envidiarse mutuamente, sino buscando llevar esos buenos frutos con mayor abundancia, que son, a través de Jesucristo, para la alabanza y la gloria de Dios.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—5. *Exhortaciones a la mansedumbre, la benignidad y la humildad.* 6—11. *A la bondad para con todos los hombres, especialmente los creyentes.* 12—15. *Los gálatas, advertidos contra los maestros judaizantes.* 16—18. *Una bendición solemne.*

Vv. 1—5. Tenemos que sobrellevar las cargas los unos de los otros. Así cumplimos la ley de Cristo. Esto nos obliga a la tolerancia mutua y a la compasión de unos con otros, conforme a su ejemplo. Nos corresponde llevar las cargas de unos y otros como compañeros de viaje. —Muy corriente es que el hombre se considere más sabio y mejor que todos los demás hombres, y bueno para mandarlos. Se engaña a sí mismo; pretende lo que no tiene, se engaña a sí mismo, y tarde o temprano, se hallará con lamentables efectos. Este nunca ganará la estima de Dios ni la de los hombres. Se advierte a cada uno que examine su obra. Mientras mejor conozcamos nuestro corazón y nuestros modales, menos despreciaremos a los demás y más dispuestos estaremos para ayudarles cuando tengan enfermedades y aflicciones. Cuán leves les parecen los pecados a los hombres cuando los cometen, pero los hallarán como carga pesada cuando tengan que dar cuenta a Dios de ellos. Nadie puede pagar el rescate por un hermano; y el pecado es una carga para el alma. Es una carga espiritual; y mientras menos la sienta alguien, más causa tiene para sospechar de sí. La mayoría de los hombres están muertos en sus pecados y, por tanto, no ven ni sienten la carga espiritual del pecado. Al sentir el peso y carga de nuestros pecados, debemos procurar ser aliviados por el Salvador, y darnos por advertidos contra todo pecado.

Vv. 6—11. Muchos se excusan de la obra de la religión, aunque pueden simularla y profesarla. Pueden imponerse a los demás, pero se engañan si piensan que pueden engañar a Dios, que conoce sus corazones y sus acciones; y como Él no puede ser engañado, así no será burlado. Nuestro tiempo es tiempo de siembra; en el otro mundo segaremos lo que sembramos ahora. Hay dos clases de siembra, una para la carne, y otra para el Espíritu: así será la rendición de cuentas en el más allá. Los que llevan una vida sensual y carnal, no deben esperar otro fruto de ese camino que no sea miseria y ruina. Pero los que, bajo la dirección y el poder del Espíritu Santo, llevan una vida de fe en Cristo, y abundan en la gracia cristiana, cosecharán vida eterna del Espíritu Santo. —Todos somos muy proclives a cansarnos del deber, particularmente de hacer el bien. Debemos velar con gran cuidado y guardarnos al respecto. La recompensa se promete sólo a la perseverancia en hacer el bien. —Aquí hay una exhortación a todos para hacer el bien en donde están. Debemos tener cuidado de hacer el bien en nuestra vida y hacer de él la actividad de nuestra vida, especialmente si se presentan ocasiones nuevas, y hasta donde alcance nuestro poder.

Vv. 12—15. Los corazones orgullosos, vanos y carnales se contentan precisamente con tanta religión como la que les ayude a simular en buena forma. Pero el apóstol profesa su propia fe, esperanza y gozo, y que su gloria principal está en la cruz de Cristo. Por la cual se significan aquí sus sufrimientos y muerte en la cruz, la doctrina de la salvación por el Redentor crucificado. Por Cristo, o por la cruz de Cristo, el mundo es crucificado para el creyente y él para el mundo. Mientras más consideremos los sufrimientos del Redentor de parte del mundo, menos probable es que amemos al mundo. Al apóstol lo afectaban tan poco sus encantos como el espectador lo sería por cualquier cosa que fuese graciosa en la cara de una persona crucificada, cuando la contempla ennegrecida en las agonías de la muerte. Él no era más afectado por los objetos que le rodeaban como alguien que expira fuera afectado con alguna de las perspectivas que sus ojos moribundos pudieran ver desde la cruz de la cual cuelga. Y en cuanto a aquellos que han creído verdaderamente en Cristo Jesús, todas las cosas les son contadas como supremamente inválidas comparadas con Él. Hay una nueva creación: las viejas cosas pasaron, he aquí los nuevos puntos de vista y las nuevas disposiciones son traídas bajo las influencia regeneradoras de Dios Espíritu Santo. Los creyentes son llevados a un nuevo mundo, y siendo creados en Cristo Jesús para nuevas obras, son formados para una vida de santidad. Es un cambio de mentalidad y corazón por el cual somos capacitados para creer en el Señor Jesús y vivir para Dios; y donde falte esta religión interior práctica, las

profesiones o los nombres externos nunca la reemplazarán.

Vv. 16—18. Una nueva creación a imagen de Cristo que demuestra fe en Él es la distinción más grande entre uno y otro hombre y una bendición declarada a todos los que andan conforme a esta regla. Las bendiciones son paz y misericordia. Paz con Dios y nuestra conciencia, y todos los consuelos de esta vida en la medida que sean necesarios. Y la misericordia, el interés en el amor y favor gratuitos de Dios en Cristo, el manantial y la fuente de todas las demás bendiciones. —La palabra escrita de Dios es la regla por la que tenemos que guiarnos, tanto por sus preceptos como por sus doctrinas. Que Su gracia esté siempre con nuestro espíritu, para santificarnos, vivificarnos y alegrarnos y que siempre nosotros estemos listos para sostener el honor de Aquel que indudablemente es nuestra vida. El apóstol tenía en su cuerpo las marcas del Señor Jesús, las cicatrices de las heridas infligidas por los enemigos perseguidores porque él se aferraba a Cristo y a la doctrina del evangelio. —El apóstol trata de hermanos suyos a los gálatas, mostrando con ellos su humildad y su tierno afecto por ellos, y se va con una oración muy seria pidiendo que ellos disfruten del favor de Cristo Jesús en sus efectos a la vez que en sus pruebas. No tenemos que desear más que la gracia de nuestro Señor Jesucristo para hacernos felices. El apóstol no ora que la ley de Moisés o la justicia de las obras sea con ellos sino que la gracia de Cristo sea con ellos; para que pueda estar en sus corazones y con sus espíritus, reviviéndoles, consolándoles y fortaleciéndoles: a todo lo cual pone su Amén; con ello significando su deseo de que así sea, y su fe en que así será.

EFESIOS

Esta epístola fue escrita cuando San Pablo estaba preso en Roma. La intención parece ser fortalecer a los efesios en la fe de Cristo, y dar elevados puntos de vista acerca del amor de Dios y de la dignidad y excelencia de Cristo, fortaleciendo sus mentes contra el escándalo de la cruz. Muestra que fueron salvados por gracia, y que por miserables que hayan sido una vez, ahora tienen iguales privilegios que los judíos. Los exhorta a perseverar en su vocación cristiana y les estimula a que anden de manera consecuente a su confesión, desempeñando fielmente los deberes generales y comunes de la religión, y los deberes especiales de las relaciones particulares.

CAPÍTULO I

Versículos 1—8. *Saludos y una relación de las bendiciones salvadoras, preparadas por la eterna elección de Dios y adquiridas por la sangre de Cristo.* 9—14. *Y transmitidas en el llamamiento eficaz; esto se aplica a los judíos creyentes y a los gentiles creyentes.* 15—23. *El apóstol agradece a Dios la fe y amor de ellos y ora por la continuidad de su conocimiento y esperanza, con respecto a la herencia celestial, y a la poderosa obra de Dios en ellos.*

Vv. 1, 2. Todos los cristianos deben ser santos; si no llegan a ese carácter en la tierra, nunca serán santos en la gloria. Los que no son fieles no son santos, no creen en Cristo ni son veraces a la profesión que hacen de su relación con su Señor. Por gracia entendemos el amor y el favor libre e

inmerecido de Dios, y las gracias del Espíritu que fluyen; por la paz, todas las demás bendiciones temporales y espirituales, fruto de lo anterior. No hay paz sin gracia. No hay paz ni gracia, sino de Dios Padre y del Señor Jesucristo; y los mejores santos necesitan nuevas provisiones de la gracia del Espíritu, y deseos de crecer.

Vv. 3—8. Las bendiciones celestiales y espirituales son las mejores bendiciones; *con* las cuales no podemos ser miserables, y *sin* las cuales no podemos sino serlo. Esto viene de la elección de ellos en Cristo, antes de la fundación del mundo, para que fuesen hechos santos por la separación del pecado, siendo apartados para Dios y santificados por el Espíritu Santo, como consecuencia de su elección en Cristo. Todos los escogidos para la felicidad como fin, son escogidos para santidad como medio. Fueron predestinados o preordenados con amor para ser adoptados como hijos de Dios por fe en Cristo Jesús, y ser abiertamente recibidos en los privilegios de la elevada relación con Él. El creyente reconciliado y adoptado, el pecador perdonado, da toda la alabanza de su salvación a su bondadoso Padre. Su amor estableció este método de redención, no escatimó a su propio Hijo, y trajo a los creyentes a que oyeran y abrazaran esta salvación. Fue riqueza de su gracia proveer como garantía a su propio Hijo, y entregarlo libremente. Este método de la gracia no estimula el mal; muestra el pecado en toda su odiosidad, y cuánto merece la venganza. Las acciones del creyente, y sus palabras, declaran las alabanzas de la misericordia divina.

Vv. 9—14. Las bendiciones fueron dadas a conocer a los creyentes cuando el Señor les muestra el misterio de su soberana voluntad, y el método de redención y salvación. Pero esto debiera haber estado por siempre oculto de nosotros, si Dios no las hubiera dado a conocer por su palabra escrita, la predicación de su evangelio, y su Espíritu de verdad. —Cristo unió en su persona los dos bandos en disputa, Dios y el hombre, y dio satisfacción por el mal que causó la separación. Obró por su Espíritu las gracias de fe y amor por las cuales somos hechos uno con Dios, y unos con otros. Dispensa todas sus bendiciones de acuerdo a su beneplácito. Su enseñanza divina condujo a los que quiso, a que vieran la gloria de las verdades, mientras otros fueron dejados para blasfemar. —¡Qué promesa de gracia es esta que asegura la dádiva del Espíritu Santo a quienes lo piden! La obra santificadora y consoladora del Espíritu Santo sella a los creyentes como hijos de Dios y herederos del cielo. Estas son las primicias de la santa dicha. Para esto fuimos hechos y para esto fuimos redimidos; este es el gran designio de Dios en todo lo que ha hecho por nosotros; que todo sea atribuido para la alabanza de su gloria.

Vv. 15—23. Dios ha puesto bendiciones espirituales en su Hijo el Señor Jesús; pero nos pide que las busquemos y las obtengamos por la oración. Aun los mejores cristianos necesitan que se ore por ellos; y mientras sepamos del bienestar de los amigos cristianos debemos orar por ellos. —Hasta los creyentes verdaderos tienen gran necesidad de sabiduría celestial. ¿Acaso aun los mejores de nosotros somos renuentes a uncirnos al yugo de Dios aunque no hay otro modo de hallar reposo para el alma? ¿Acaso no nos alejamos de nuestra paz por un poco de placer? Si discutiéramos menos y oráramos más con y por unos y otros, diariamente veríamos más y más cuál es la esperanza de nuestra vocación, y las riquezas de la gloria divina en esta herencia. Deseable es sentir el fuerte poder de la gracia divina que empieza y ejecuta la obra de la fe en nuestras almas. Pero cuesta mucho llevar a un alma a creer plenamente en Cristo y aventurarse toda ella y su esperanza de vida eterna en su justicia. Nada menos que el poder omnipotente obrará esto en nosotros. —Aquí se significa que es Cristo el Salvador quien suple todas las necesidades de los que confían en Él, y les da todas las bendiciones en la más rica abundancia. Siendo partícipes en Cristo mismo llegamos a ser llenos con la plenitud de la gracia y la gloria en Él. Entonces, ¿cómo pueden olvidarse a sí mismos esos que andan buscando la justicia fuera de Él! Esto nos enseña a ir a Cristo. Si supiéramos a qué estamos llamados, qué podemos hallar en Él, con toda seguridad que iríamos y seríamos parte de Él. Cuando sentimos nuestra debilidad y el poder de nuestros enemigos, es cuando más notamos la grandeza de ese poder que efectúa la conversión del creyente y que está dedicado a perfeccionar su salvación. Ciertamente esto nos constreñirá por amor para vivir para la gloria de nuestro Redentor.

CAPÍTULO II

Versículos 1—10. *Las riquezas de la gracia gratuita de Dios para con los hombres, son señaladas por su deplorable estado natural, y el dichoso cambio que la gracia divina efectúa en ellos.* 11—13. *Los efesios son llamados a reflexionar en su estado de paganismo.* 14—22. *Los privilegios y las bendiciones del evangelio.*

Vv. 1—10. El pecado es la muerte del alma. Un hombre muerto en delitos y pecados no siente deseos por los placeres espirituales. Cuando miramos un cadáver, da una sensación espantosa. El espíritu que nunca muere se ha ido, y nada ha dejado sino las ruinas de un hombre. Pero si viéramos bien las cosas, deberíamos sentirnos mucho más afectados con el pensamiento de un alma muerta, un espíritu perdido y caído. —El estado de pecado es el estado de conformidad con este mundo. Los hombres impíos son esclavos de Satanás que es el autor de esa disposición carnal orgullosa que hay en los hombres impíos; él reina en los corazones de los hombres. De la Escritura queda claro que si los hombres han sido más dados a la iniquidad espiritual o sensual, todos los hombres, siendo naturalmente hijos de desobediencia, son también por naturaleza hijos de ira. Entonces, ¡cuánta razón tienen los pecadores para procurar fervorosamente la gracia que los hará hijos de Dios y herederos de la gloria, habiendo sido hijos de ira! —El amor eterno o la buena voluntad de Dios para con sus criaturas es la fuente de donde fluyen todas sus misericordias para nosotros; ese amor de Dios es amor grande, y su misericordia es misericordia rica. Todo pecador convertido es un pecador salvado; librado del pecado y de la ira. La gracia que salva es la bondad y el favor libre e inmerecido de Dios; Él salva, no por las obras de la ley, sino por la fe en Cristo Jesús. —La gracia en el alma es vida nueva en el alma. Un pecador regenerado llega a ser un ser viviente; vive una vida de santidad, siendo nacido de Dios: vive, siendo librado de la culpa del pecado, por la gracia que perdona y justifica. Los pecadores se revuelcan en el polvo; las almas santificadas se sientan en los lugares celestiales, levantadas por sobre este mundo por la gracia de Cristo. —La bondad de Dios al convertir y salvar pecadores aquí y ahora, estimula a los demás a esperar, en el futuro, en su gracia y misericordia. Nuestra fe, nuestra conversión, y nuestra salvación eterna no son por las obras, para que ningún hombre se jacte. Estas cosas no suceden por algo que nosotros hagamos, por tanto, toda jactancia queda excluida. Todo es dádiva libre de Dios y efecto de ser vivificado por su poder. Fue su propósito para lo cual nos preparó bendiciéndonos con el conocimiento de su voluntad, y su Espíritu Santo produce tal cambio en nosotros que glorificaremos a Dios por nuestra buena conversación y perseverancia en la santidad. Nadie puede abusar de esta doctrina apoyándose en la Escritura, ni la acusa de ninguna tendencia al mal. Todos los que así hacen, no tienen excusa.

Vv. 11—13. Cristo y su pacto son el fundamento de todas las esperanzas del cristiano. —Aquí hay una descripción triste y terrible pero ¿quién es capaz de quitarse de ello? ¿No desearíamos que esto no fuera una descripción verdadera de muchos bautizados en el nombre de Cristo? ¿Quién puede, sin temblar, reflexionar en la miseria de una persona separada por siempre del pueblo de Dios, cortada del cuerpo de Cristo, caída del pacto de la promesa, sin tener esperanza ni Salvador y sin ningún Dios sino un Dios de venganza por toda la eternidad? ¡No tener parte en Cristo! ¿Qué cristiano verdadero puede oír esto sin horror? —La salvación está lejos del impío, pero Dios es una ayuda a mano para su pueblo y esto es por los sufrimientos y la muerte de Cristo.

Vv. 14—18. Jesucristo hizo la paz por el sacrificio de sí mismo; en todo sentido Cristo era la Paz de ellos, el autor, el centro y la sustancia de estar ellos en paz con Dios, y de su unión con los creyentes judíos en una iglesia. A través de la persona, el sacrificio y la mediación de Cristo, se permite a los pecadores acercarse a Dios Padre y son llevados con aceptación a su presencia, con su adoración y su servicio, bajo la enseñanza del Espíritu Santo, como uno con el Padre y el Hijo. Cristo compró el permiso para que nosotros vayamos a Dios; y el Espíritu da el corazón para ir, y la fuerza para ir y, luego, la gracia para servir aceptablemente a Dios.

Vv. 19—22. La iglesia se compara con una ciudad, y todo pecador convertido está libre de eso.

También es comparada con una casa, y todo pecador convertido es uno de la familia; un siervo y un hijo en la casa de Dios. —También se compara la Iglesia con un edificio fundado en la doctrina de Cristo, entregada por los profetas del Antiguo Testamento, y los apóstoles del Nuevo Testamento. Dios habita ahora en todos los creyentes; ellos llegan a ser el templo de Dios por la obra del bendito Espíritu. Entonces, preguntémonos si nuestras esperanzas están fijadas en Cristo conforme a la doctrina de su palabra. ¿Nos consagramos a Dios como templos santos por medio de Él? ¿Somos morada de Dios en el Espíritu, estamos orientados espiritualmente y llevamos los frutos del Espíritu? Cuidémonos de no contristar al santo Consolador. Deseemos su graciosa presencia y sus influencias en nuestros corazones. Procuremos cumplir los deberes asignados a nosotros para la gloria de Dios.

CAPÍTULO III

Versículos 1—7. *El apóstol declara su oficio, y sus cualidades y su llamamiento a éste.* 8—12. *Además, los nobles propósitos a que responde.* 13—19. *Ora por los efesios.* 20, 21. *Agrega una acción de gracias.*

Vv. 1—7. Por haber predicado la doctrina de la verdad, el apóstol estaba preso, pero era preso de Jesucristo; era objeto de protección y cuidado especial mientras sufría por Él. Todas las ofertas de gracia del evangelio y la nueva de gran gozo que contiene, vienen de la rica gracia de Dios; es el gran medio por el cual el Espíritu obra la gracia en las almas de los hombres. —El misterio es ese propósito de salvación secreto, escondido, por medio de Cristo. —Esto no fue tan claramente mostrado en épocas anteriores a Cristo, como a los profetas del Nuevo Testamento. Esta era la gran verdad dada a conocer al apóstol, que Dios llamaría a los gentiles a la salvación por fe en Cristo. Una obra eficaz del poder divino acompaña los dones de la gracia divina. Como Dios nombró a Pablo para el oficio, así lo equipó para él.

Vv. 8—12. Aquellos a quienes Dios promueve a cargos honrosos, los hace sentirse bajos ante sus propios ojos; donde Dios da gracia para ser humilde, ahí da toda la gracia necesaria. ¡Cuán alto habla de Jesucristo, de las inescrutables riquezas de Cristo! Aunque muchos no son enriquecidos con estas riquezas, de todos modos ¡qué favor tan grande, que se nos predique a nosotros, y que nos sean ofrecidas! Si no somos enriquecidos con ellas es nuestra propia falta. La primera creación, cuando Dios hizo todas las cosas de la nada, y la nueva creación, por la cual los pecadores son hechos nuevas criaturas por la gracia que convierte, son de Dios por Jesucristo. Sus riquezas son tan inescrutables y tan seguras como siempre, aunque mientras los ángeles adoran la sabiduría de Dios en la redención de su Iglesia, la ignorancia de los hombres carnales sabios ante sus propios ojos, condena a todo como necesidad.

Vv. 13—19. El apóstol parece estar más ansioso por los creyentes, no sea que se desanimen y desfallezcan por sus tribulaciones, que por lo que él mismo tenía que soportar. Pide bendiciones espirituales que son las mejores bendiciones. La fuerza del Espíritu de Dios en el hombre interior; fuerza en el alma; el poder de la fe para servir a Dios y cumplir nuestro deber. Si la ley de Cristo está escrita en nuestros corazones, y el amor de Cristo es derramado por todas partes, entonces Cristo habita en él. Donde habita su Espíritu, ahí habita Él. Desearíamos que los buenos afectos fueran fijados a nosotros. ¡Cuán deseable es tener la sensación firme del amor de Dios en Cristo en nuestras almas! —¡Con cuánta fuerza habla el apóstol del amor de Cristo! La anchura muestra su magnitud a todas las naciones y rangos; la longitud, que va de eternidad a eternidad; la profundidad, la salvación de los sumidos en las profundidades del pecado y la miseria; la altura, su elevación a la dicha y gloria celestiales. Puede decirse que están llenos con la plenitud de Dios los que reciben gracia por gracia de la plenitud de Cristo. ¿No debiera esto satisfacer al hombre? ¿Debe llenarse con mil engaños, jactándose que con esas completa su dicha?

Vv. 20, 21. Siempre es apropiado terminar las oraciones con alabanza. Esperemos más, y pidamos más, alentados por lo que Cristo ya ha hecho por nuestras almas, estando seguros de que la conversión de los pecadores y el consuelo de los creyentes, será para su gloria por siempre jamás.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—6. *Exhortaciones a la mutua tolerancia y unión.* 7—16. *Al debido uso de los dones y gracias espirituales.* 17—24. *A la pureza y la santidad.* 25—32. *Y a cuidarse de los pecados practicados por los paganos.*

Vv. 1—6. Nada se exhorta con mayor énfasis en las Escrituras que andar como corresponde a los llamados al reino y gloria de Cristo. Por humildad entiéndase lo que se opone al orgullo. Por mansedumbre, la excelente disposición del alma que hace que los hombres no estén prontos a provocar, y que no se sientan fácilmente provocados u ofendidos. Encontramos mucho en nosotros mismos por lo cual apenas nos podríamos perdonar; por tanto, no debe sorprendernos si hallamos en el prójimo lo que creemos difícil de perdonar. Hay un Cristo en quien tienen esperanza todos los creyentes, y un cielo en el que todos esperan; por tanto, debieran ser de un solo corazón. Todos tenían una fe en su objeto, Autor, naturaleza y poder. Todos ellos creían lo mismo en cuanto a las grandes verdades de la religión; todos ellos habían sido recibidos en la Iglesia por un bautismo con agua en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo como signo de la regeneración. En todos los creyentes habita Dios Padre como en su santo templo, por su Espíritu y gracia especial.

Vv. 7—16. A cada creyente es dado algún don de la gracia para que se ayuden mutuamente. Todo se da según a Cristo le parezca bien otorgar a cada uno. Él recibió *para* ellos, para darles a ellos, una gran medida de dones y gracias; particularmente el don del Espíritu Santo. No es un simple conocimiento intelectual ni un puro reconocimiento de Cristo como Hijo de Dios, sino como quien produce confianza y obediencia. Hay una plenitud en Cristo y una medida de esa plenitud dada en el consejo de Dios a cada creyente, pero nunca llegaremos a la medida perfecta sino hasta que lleguemos al cielo. Los hijos de Dios están creciendo mientras están en este mundo; y el crecimiento del cristiano busca la gloria de Cristo. Mientras más impulsado se encuentre un hombre a aprovechar su estado, conforme a su medida y todo lo que haya recibido, para el bien espiritual del prójimo, más ciertamente puede creer que tiene la gracia del amor y la caridad sincera arraigada en su corazón.

Vv. 17—24. El apóstol encarga a los efesios, en el nombre y por la autoridad del Señor Jesús, que habiendo profesado el evangelio, no deben ser como los gentiles inconversos que andaban en la vanidad de su mente y en afectos carnales. ¿No andan los hombres en la vanidad de su mente por todos lados? ¿No debemos, entonces, enfatizar la distinción entre los cristianos reales y los nominales? Ellos estaban desprovistos de todo conocimiento salvador; estaban en tinieblas y las amaban más que a la luz. Les disgustaba y aborrecían la vida de santidad, que no sólo es el camino de vida que Dios exige y aprueba, y por el cual vivimos para Él, sino tiene alguna semejanza a Dios mismo en su pureza, justicia, verdad y bondad. La verdad de Cristo se manifiesta en su belleza y poder cuando aparece en Jesús. —La naturaleza corrupta se llama hombre; como el cuerpo humano tiene diversas partes que se apoyan y fortalecen entre sí. Los deseos pecaminosos son concupiscencias engañosas; prometen felicidad a los hombres pero los vuelven más miserables; los llevan a la destrucción, si no se someten y se mortifican. Por tanto, deben quitarse como ropa vieja y sucia; deben ser sometidas y mortificadas. Pero no basta con sacarse los principios corruptos: debemos tener principios de gracia. Por el hombre nuevo se significa la nueva naturaleza, la nueva criatura, dirigida por un principio nuevo, la gracia regeneradora, que capacita al hombre para llevar una vida nueva de justicia y santidad. Esto es creado o producido por el poder omnipotente de Dios.

Vv. 25—28. Nótese los detalles con que debemos adornar nuestra confesión cristiana. Cuidaos de toda cosa contraria a la verdad. No aduléis ni engañéis al prójimo. El pueblo de Dios es de hijos que no mienten, que no se atreven a mentir, que odian y aborrecen la mentira. Cuidaos de la ira y de las pasiones desenfrenadas. Si hay una ocasión justa para expresar descontento por lo malo, y reprenderlo, hágase sin pecar. Damos lugar al diablo cuando los primeros indicios del pecado no contristan nuestra alma, cuando consentimos a ellos; y cuando repetimos una obra mala. Esto enseña que es pecado si uno se rinde y permite que el diablo venga a nosotros; tenemos que resistirle, cuidándonos de toda apariencia de mal. —El ocio hace al ladrón. Los que no trabajan se exponen a la tentación de robar. Los hombres deben ser trabajadores para que puedan hacer algo de bien, y para que sean librados de la tentación. Deben trabajar no sólo para vivir honestamente, sino para que puedan dar para las necesidades del prójimo. Entonces, ¡qué hemos de pensar de los llamados cristianos, que se enriquecen con fraude, opresión y prácticas engañosas! Para que Dios acepte las ofrendas, no deben ganarse con injusticia y robo, sino con honestidad y trabajo. Dios odia el robo para los holocaustos.

Vv. 29—32. Las palabras sucias salen de la corrupción del que las dice y corrompen la mente de los que las oyen: los cristianos deben cuidarse de esa manera de hablar. Es deber de los cristianos procurar la bendición de Dios, que las personas piensen seriamente y animar y advertir a los creyentes con lo que digan. Sed amables unos con otros. Esto establece el principio del amor en el corazón y su expresión externa en una conducta cortés y humilde. —Nótese cómo el perdón de Dios nos hace perdonar. Dios nos perdonó aunque no teníamos razón para pecar contra Él. Debemos perdonar como Él nos ha perdonado. Toda comunicación mentirosa y corrupta, que estimule los malos deseos y las lujurias, contristan al Espíritu de Dios. Las pasiones corruptas del rencor, ira, rabia, quejas, maledicencia y malicia, contristan al Espíritu Santo. No provoques al santo y bendito Espíritu de Dios a que retire su presencia y su influencia de gracia. El cuerpo será redimido del poder de la tumba el día de la resurrección. Dondequiera que el bendito Espíritu habite como santificador, es la primicia de todo deleite, y las glorias del día de la redención; seríamos deshechos si Dios nos quitara su Espíritu Santo.

CAPÍTULO V

Versículos 1, 2. *Exhortación al amor fraternal.* 3—14. *Advertencia contra diversos pecados.* 15—21. *Instrucciones para una conducta adecuada y los deberes relacionados.* 22—33. *Los deberes de las esposas y maridos se realzan por la relación espiritual entre Cristo y la Iglesia.*

Vv. 1, 2. Dios os ha perdonado por amor a Cristo, *por tanto*, sed seguidores de Dios, imitadores de Dios. Imitadle en especial en su amor y en su bondad perdonadora, como conviene a los amados de su Padre celestial. —En el sacrificio de Cristo triunfa su amor, y nosotros tenemos que considerarlo plenamente.

Vv. 3—14. Las sucias concupiscencias deben arrancarse de raíz. Hay que temer y abandonar esos pecados. Estas no son sólo advertencias contra los actos groseros de pecado, sino contra lo que algunos toman a la ligera. Pero estas cosas distan tanto de ser provechosas, que contaminan y envenenan a los oyentes. Nuestro júbilo debiera notarse como corresponde a los cristianos al dar gloria a Dios. El hombre codicioso hace un dios de su dinero; pone en los bienes mundanos su esperanza, confianza y delicia, las que sólo debieran estar en Dios. Los que caen en la concupiscencia de la carne o en el amor al mundo, no pertenecen al reino de la gracia, ni irán al reino de la gloria. Cuando los transgresores más viles se arrepienten y creen el evangelio, llegan a ser hijos de obediencia de los cuales se aparta la ira de Dios. ¿Osaremos tomar a la ligera lo que provoca la ira de Dios? —Los pecadores, como hombres en tinieblas, van a donde no saben que van, y hacen lo que no saben, pero la gracia de Dios obra un cambio tremendo en las almas de

muchos. Andan como hijos de luz, como teniendo conocimiento y santidad. Las obras de las tinieblas son infructuosas, cualquiera sea el provecho del que se jacten, porque terminan en la destrucción del pecador impenitente. Hay muchas maneras de inducir o de participar en los pecados ajenos: felicitando, aconsejando, consintiendo u ocultando. Si participamos con el prójimo en sus pecados, debemos esperar una participación en sus plagas. Si no reprendemos los pecados de otros, tenemos comunión con ellos. —El hombre bueno debe avergonzarse de hablar de lo que a muchos impíos no avergüenza hacer. No sólo debemos tener la noción y la visión de que el pecado es pecado y vergonzoso en alguna medida, pero hemos de entenderlo como violación de la santa ley de Dios. Según el ejemplo de los profetas y apóstoles debemos llamar a los que están durmiendo y muertos en pecado para que se despierten y se levantan para que Cristo les dé luz.

Vv. 15—21. Otro remedio contra el pecado es el cuidado o la cautela, siendo imposible mantener de otro modo la pureza de corazón y vida. El tiempo es un talento que Dios nos da y se malgasta y se pierde cuando no se usa conforme a su intención. Si hasta ahora hemos desperdiciado el tiempo, debemos doblar nuestra diligencia para el futuro. ¡Cuán poco piensan los hombres en el momento en que en su lecho de muerte miles redimirían alegres por el precio de todo el mundo, pero a qué vanalidades lo sacrifican diariamente! —La gente es muy buena para quejarse de los malos tiempos; bueno sería si eso los estimulara más para redimir el tiempo. No seas imprudente. La ignorancia de nuestro deber y la negligencia con nuestras almas son una muestra de la necedad más grande. La embriaguez es un pecado que nunca va solo, porque lleva a los hombres a otros males; es un pecado que provoca mucho a Dios. El ebrio da a su familia y a todo el mundo el triste espectáculo de un pecador endurecido más allá de lo corriente, y que se precipita a la perdición. Cuando estemos afligidos o agotados, no procuremos levantar nuestro ánimo con bebidas embriagantes, porque es abominable y dañino y sólo termina haciendo que se sientan más las tristezas. Procuremos, entonces, por medio de la oración ferviente, ser llenos con el Espíritu, y evitemos todo lo que pueda contristar a nuestro benigno Consolador. —Todo el pueblo de Dios tiene razón para cantar de júbilo. Aunque no siempre estemos cantando, debemos estar siempre dando las gracias; nunca nos debe faltar la disposición para este deber, porque nunca nos faltará tema a través de todo el decurso de nuestras vidas. *Siempre* aun en las pruebas y las aflicciones, y por *todas las cosas*; satisfechos con el amoroso propósito y la tendencia al bien. Dios resguarda a los creyentes de pecar contra Él y los hace someterse unos a otros en todo lo que manda, para promover su gloria y cumplir sus deberes mutuos.

Vv. 22—33. El deber de las esposas es la sumisión en el Señor a sus maridos, lo cual comprende honrarlos y obedecerles por un principio de amor a ellos. El deber de los esposos es amar a sus esposas. El amor de Cristo a la Iglesia es el ejemplo, porque es sincero, puro y constante a pesar de las fallas de ella. Cristo se dio por la Iglesia para santificarla en este mundo y glorificarla en el venidero, para otorgar a todos sus miembros el principio de santidad y librarlos de la culpa, la contaminación y el dominio del pecado, por la obra del Espíritu Santo de las cuales su señal exterior es el bautismo. La Iglesia y los creyentes no carecerán de manchas y arrugas hasta que lleguen a la gloria. Pero sólo los que son santificados ahora serán glorificados en el más allá. —Las palabras de Adán mencionadas por el apóstol, se dicen literalmente sobre el matrimonio, pero tienen también un sentido oculto en ellas en relación con la unión entre Cristo y su Iglesia. Era una especie de tipo, por su semejanza. Habrá fallas y defectos por ambos lados, en el estado presente de la naturaleza humana, pero esto no altera la relación. Todos los deberes del matrimonio están incluidos en la unidad y el amor. Mientras adoramos y nos regocijamos en el amor condescendiente de Cristo, los maridos y las esposas aprendan sus deberes recíprocos. Así, se impedirán los peores males y se evitarán muchos efectos penosos.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—4. *Los deberes de hijos y padres.* 5—9. *De los siervos y los amos.* 10—18. *Todos los cristianos deben ponerse la armadura contra los enemigos de sus almas.* 19—24. *El apóstol desea sus oraciones, y termina con su bendición apostólica.*

Vv. 1—4. El gran deber de los hijos es obedecer a sus padres. La obediencia comprende la reverencia interna y los actos externos, y en toda época la prosperidad ha acompañado a los que se distinguen por obedecer a sus padres. —El deber de los padres. No seáis impacientes ni uséis severidades irracionales. Tratad a vuestros hijos con prudencia y sabiduría; convencedlos en sus juicios y obrad en la razón de ellos. Criadlos bien; bajo la corrección apropiada y compasiva, y en el conocimiento del deber que Dios exige. Este deber es frecuentemente descuidado hasta entre los que profesan el evangelio. Muchos ponen a sus hijos en contra de la religión, pero esto no excusa la desobediencia de los hijos aunque lamentablemente pueda ocasionarla. Dios solo puede cambiar el corazón, pero Él da su bendición a las buenas lecciones y ejemplos de los padres, y responde sus oraciones. Pero no deben esperar la bendición de Dios los que tienen como afán principal que sus hijos sean ricos y realizados, sin importar lo que suceda con sus almas.

Vv. 5—9. El deber de los siervos está resumido en una palabra: obediencia. Los siervos de antes por lo general eran esclavos. Los apóstoles tenían que enseñar sus deberes a los amos y a los siervos, porque haciendo esto aminorarían los males hasta que la esclavitud llegara a su fin por la influencia del cristianismo. Los siervos tienen que reverenciar a los que están por encima de ellos. Tienen que ser sinceros; no deben pretender obediencia cuando quieren desobedecer, sino sirviendo fielmente. Deben servir a sus amos no sólo cuando éstos los ven; pero deben ser estrictos para cumplir con su deber cuando están ausentes o no los ven. La consideración constante del Señor Jesucristo hará fieles y sinceros a los hombres de toda posición, no a regañadientes ni por coerción, sino por un principio de amor a sus amos y a sus intereses. Esto les hace fácil servir, agrada a sus amos, y es aceptable para el Señor Cristo. Dios recompensará hasta lo más mínimo que se haya hecho por sentido del deber, y con la mira de glorificarlo a Él. —He aquí el deber de los amos. Actuad de la misma manera. Sed justos con vuestros siervos según como esperáis que ellos sean con vosotros; mostrad la misma buena voluntad e interés por ellos y tened cuidado, para ser aprobado delante de Dios. No seáis tiránicos ni opresores. Vosotros tenéis un Amo al cual obedecer y vosotros y ellos no son sino consiervos respecto a Cristo Jesús. Si los amos y los siervos consideraran sus deberes para con Dios, y la cuenta que deben rendirle dentro de poco tiempo, se preocuparían más de sus deberes mutuos y, de ese modo, las familias serían más ordenadas y felices.

Vv. 10—18. La fuerza y el valor espiritual son necesarios para nuestra guerra y sufrimiento espiritual. Los que desean demostrar que tienen la gracia verdadera consigo, deben apuntar a toda gracia; y ponerse toda la armadura de Dios, que Él prepara y da. La armadura cristiana está hecha para usarse y no es posible dejar la armadura hasta que hayamos terminado nuestra guerra y finalizado nuestra carrera. El combate no es tan sólo contra enemigos humanos, ni contra nuestra naturaleza corrupta; tenemos que vérnosla con un enemigo que tiene miles de maneras para engañar a las almas inestables. Los diablos nos asaltan en las cosas que corresponden a nuestras almas y se esfuerzan por borrar la imagen celestial de nuestros corazones. —Debemos resolver, por la gracia de Dios, no rendirnos a Satanás. Resístidle, y de vosotros huirá. Si cedemos, él se apoderará del terreno. Si desconfiamos de nuestra causa o de nuestro Líder o de nuestra armadura, le damos ventaja. —Aquí se describen las diferentes partes de la armadura de los soldados bien pertrechados, que tienen que resistir los asaltos más feroces del enemigo. No hay nada para la espalda; nada que defienda a los que se retiran de la guerra cristiana. —La verdad o la sinceridad es el cinto. Esto rodea todas las otras partes de la armadura y se menciona en primer lugar. No puede haber religión sin sinceridad. —La justicia de Cristo, imputada a nosotros, es una coraza contra los dardos de la ira divina. La justicia de Cristo, implantada en nosotros, fortifica el corazón contra los ataques de

Satanás. —La resolución debe ser como las piezas de la armadura para resguardar las partes delanteras de las piernas, y para afirmarse en el terreno o caminar por sendas escarpadas, los pies deben estar protegidos con el apresto del evangelio de la paz. Los motivos para obedecer en medio de las pruebas deben extraerse del claro conocimiento del evangelio. —La fe es todo en todo en la hora de la tentación. La fe, tener la certeza de lo que no se ve, como recibir a Cristo y los beneficios de la redención, y de ese modo, derivar gracia de Él, es como un escudo, una defensa en toda forma. El diablo es el malo. Las tentaciones violentas, por las cuales el alma se enciende con fuego del infierno, son dardos que Satanás nos arroja. Además, los malos pensamientos de Dios y de nosotros mismos. La fe que aplica la palabra de Dios y a la gracia de Cristo, es la que apaga los dardos de la tentación. —La salvación debe ser nuestro yelmo. La buena esperanza de salvación, la expectativa bíblica de la victoria, purifican el alma e impiden que sea contaminada por Satanás. —El apóstol recomienda al cristiano armado para la defensa en la batalla, una sola arma de ataque, la cual es suficiente, la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios. Somete y mortifica los malos deseos y los pensamientos blasfemos a medida que surgen adentro; y responde a la incredulidad y al error a medida que asaltan desde afuera. Un solo texto bien entendido y rectamente aplicado, destruye de una sola vez la tentación o la objeción y somete al adversario más formidable. —La oración deben asegurar todas las demás partes de nuestra armadura cristiana. Hay otros deberes de la religión y de nuestra posición en el mundo, pero debemos mantener el tiempo de orar. Aunque la oración solemne y estable pueda no ser factible cuando hay otros deberes que cumplir, de todos modos las oraciones piadosas cortas que se lancen son siempre como dardos. —Debemos usar pensamientos santos en nuestra vida corriente. El corazón vano también será vano para orar. Debemos orar con toda clase de oración, pública, privada y secreta; social y solitaria; solemne y súbita; con todas las partes de la oración: confesión de pecado, petición de misericordia y acción de gracias por los favores recibidos. Y debemos hacerlo por la gracia de Dios Espíritu Santo, dependiendo de su enseñanza y conforme a ella. Debemos perseverar en pedidos particulares a pesar del desánimo. Debemos orar no sólo por nosotros sino por todos los santos. Nuestros enemigos son fuertes y nosotros no tenemos fuerza, pero nuestro Redentor es todopoderoso, y en el poder de su fuerza, podemos vencer. Por eso debemos animarnos a nosotros mismos. ¿No hemos dejado de responder a menudo cuando Dios ha llamado? Pensemos en esas cosas y sigamos orando con paciencia.

Vv. 19—24. El evangelio era un misterio hasta que fue dado a conocer por la revelación divina; anunciarlo es obra de los ministros de Cristo. Los ministros mejores y más eminentes necesitan las oraciones de los creyentes. Debe orarse especialmente por ellos porque están expuestos a grandes dificultades y peligros en su obra. —Paz sea a los hermanos, y amor con fe. Por paz entiéndase toda clase de paz: paz con Dios, paz de conciencia, paz entre ellos mismos. La gracia del Espíritu, produciendo fe y amor y toda gracia. Él desea eso para aquellos en quienes ya fueron empezadas. Y toda la gracia y las bendiciones vienen a los santos desde Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo. La gracia, esto es, el favor de Dios, y todos los bienes espirituales y temporales, que son de ella, es y será con todos los que así amen a nuestro Señor Jesucristo con sinceridad, y sólo con ellos.

FILIPENSES

Los filipenses estaban muy profundamente interesados en el apóstol. El alcance de la epístola es confirmarlos en la fe, animarlos a andar como corresponde al evangelio de Cristo, precaverlos contra los maestros judaizantes, y expresar gratitud por su generosidad cristiana. Esta epístola es la única, de las escritas por San Pablo, en que no hay censuras implícitas ni explícitas. En todas partes se halla la confianza y la felicitación plena y los filipenses son tratados con un afecto peculiar que percibirá todo lector serio.

CAPÍTULO I

Versículos 1—7. *El apóstol ofrece acción de gracias y oraciones por la buena obra de gracia en los filipenses.* 8—11. *Expresa afecto y ora por ellos.* 12—20. *Los fortalece para que no se desanimen por sus sufrimientos.* 21—26. *El estaba preparado para glorificar a Cristo por su vida o su muerte.* 27—30. *Exhortaciones al celo y la constancia para profesar el evangelio.*

Vv. 1—7. El más alto honor de los ministros más eminentes es ser siervos de Cristo. Los que no son verdaderos santos en la tierra nunca serán santos en el cielo. Fuera de Cristo los mejores santos son pecadores e incapaces de estar delante de Dios. No hay paz sin gracia. La paz interna surge de percibir el favor divino. No hay gracia sin paz, sino de nuestro Padre Dios, la fuente y el origen de todas las bendiciones. —El apóstol fue maltratado en Filipos y vio poco fruto de su labor, pero recuerda con gozo a los filipenses. Debemos agradecer a nuestro Dios las gracias y consuelos, los dones y el servicio de otros, cuando recibimos el beneficio y Dios recibe la gloria. La obra de gracia nunca será perfeccionada sino hasta el día de Jesucristo, el día de su manifestación. Pero estemos siempre confiados en que Dios completará su buena obra en toda alma donde la haya comenzado por la regeneración, aunque no debemos confiarnos de las apariencias externas, ni en nada sino en la nueva creación para santidad. La gente es querida por sus ministros cuando reciben el beneficio de su ministerio. Los que sufren juntos en la causa de Dios deben amarse mutuamente.

Vv. 8—11. ¿No compadeceremos y no amaremos a las almas que Cristo ama y compadece? Los que abundan en alguna gracia tienen que abundar más. Probemos diferentes cosas; aprobemos lo excelente. Las verdades y las leyes de Cristo son excelentes y se recomiendan a sí mismas como tales a toda mente atenta. La sinceridad debe ser la marca de nuestra conversación en el mundo, y es la gloria de todas nuestras virtudes. Los cristianos no deben ofenderse y deben tener mucho cuidado en no ofender a Dios ni a los hermanos. Las cosas que más honran a Dios son las que más nos beneficiarán. No demos cabida a ninguna duda sobre si hay o no algún fruto bueno en nosotros. Nadie debe sentirse satisfecho con una medida pequeña de amor, conocimiento y fruto cristiano.

Vv. 12—20. El apóstol estaba preso en Roma y para borrar el vituperio de la cruz muestra la sabiduría y la bondad de Dios en sus sufrimientos. Estas cosas le hicieron conocido donde nunca hubiera sido conocido de otro modo; debido a ellas algunos se interesaron en el evangelio. Sufrió de parte de los falsos amigos y de los enemigos. ¡Miserable carácter el de los que predicán a Cristo por envidia y contienda y añaden aflicción a las cadenas que oprimían a éste, el mejor de los hombres! —El apóstol estaba cómodo en medio de todo. Debemos regocijarnos, puesto que nuestros trastornos pueden hacer bien a muchos. Todo lo que resulte para nuestra salvación es por el Espíritu de Cristo y la oración es el medio designado para buscarlo. Nuestras expectativas y esperanzas más

fervientes no deben ser lograr que nos honren los hombres ni escapar de la cruz, sino ser sustentado en medio de la tentación, el desprecio y la aflicción. Dejemos a Cristo la manera en que nos hará útiles para su gloria, ya sea por labores o sufrimientos, por diligencia o paciencia, por vivir para su honra trabajando para Él o morir para su honra sufriendo por Él.

Vv. 21—26. La muerte es una pérdida grande para el hombre carnal y mundano, porque pierde todas las bendiciones terrenales y todas sus esperanzas, pero para el creyente verdadero es ganancia, porque es el fin de todas sus debilidades y miserias. Le libra de todos los males de la vida y le lleva a poseer el bien principal. La disyuntiva del apóstol no era entre vivir en este mundo y vivir en el cielo; entre ellos no hay comparación; era entre servir a Cristo en este mundo y disfrutar de Él en el otro. No entre dos cosas malas, sino entre dos cosas buenas: vivir para Cristo o estar con Él. Véase el poder de la fe y de la gracia divina; puede hacernos dispuestos para morir. En este mundo estamos rodeados de pecado, pero estando con Cristo escaparemos del pecado y de la tentación, la tristeza y la muerte para siempre. Pero quienes tienen más razón para partir deben estar dispuestos a quedarse en el mundo en la medida que Dios tenga alguna obra para que ellos hagan. Mientras más inesperadas sean las misericordias antes que ellos se vayan, más de Dios se verá en ellos.

Vv. 27—30. Los que profesan el evangelio de Cristo deben vivir como corresponde a los que creen las verdades del evangelio, se someten a las leyes del evangelio y dependen de las promesas del evangelio. La palabra original por “comportéis” connota la conducta de los ciudadanos que procuran el prestigio, la seguridad, la paz y la prosperidad de su ciudad. En la fe del evangelio existe aquello por lo cual vale la pena esforzarse; hay mucha oposición y se necesita esfuerzo. El hombre puede dormirse e irse al infierno, pero el que quiere ir al cielo, debe cuidar de sí y ser diligente. Puede que haya unanimidad de corazón y afecto entre los cristianos donde haya diversidad de juicio sobre muchas cosas. —La fe es el don de Dios por medio de Cristo; la habilidad y la disposición para creer son de Dios. Si sufrimos reproche y pérdida por Cristo, tenemos que contarlos como dádiva y apreciarlos como tales. Pero la salvación no debe atribuirse a las aflicciones corporales, como si las aflicciones y las persecuciones mundanas la hicieran merecer; la salvación es únicamente de Dios: la fe y la paciencia son sus dádivas.

CAPÍTULO II

Versículos 1—4. *Exhortación a mostrar un espíritu y conducta amable y humilde.* 5—11. *El ejemplo de Cristo.* 12—18. *La diligencia en los asuntos de la salvación, y ser ejemplos para el mundo.* 19—30. *El propósito del apóstol de visitar Filipos.*

Vv. 1—4. Estas son otras exhortaciones a los deberes cristianos; a la unanimidad, a la humildad, conforme al ejemplo del Señor Jesús. La bondad es la ley del reino de Cristo, la lección de su escuela, el uniforme de su familia. —Se mencionan diversos motivos para el amor fraternal. Si esperáis o experimentáis el beneficio de las compasiones de Dios para sí mismo, sed compasivos unos con otros. Es el gozo de los ministros ver la unanimidad de su gente. —Cristo vino a hacernos humildes para que no haya entre nosotros espíritu de orgullo. Debemos ser severos con nuestras propias faltas, y rápidos para observar nuestros defectos, pero estar dispuestos para favorecer con concesiones al prójimo. Debemos cuidar bondadosamente a los demás, y no meternos en asuntos ajenos. No se puede disfrutar de paz interior ni exterior sin humildad.

Vv. 5—11. El ejemplo de nuestro Señor Jesucristo es puesto ante nosotros. Debemos parecernos a Él en su vida, si deseamos el beneficio de su muerte. —Fijémonos en las dos naturalezas de Cristo: su naturaleza Divina y la humana. Siendo en la forma de Dios, participó de la naturaleza divina, como el eterno Hijo Unigénito de Dios, Juan i, 1, y no estimó que fuera usurpación ser igual a Dios y recibir la adoración de los hombres que corresponde a la Divinidad. Su naturaleza humana:

en ella se hizo como nosotros en todo excepto el pecado. Así, humillado, por su propia voluntad, descendió de la gloria que tenía con el Padre desde antes que el mundo fuese. —Se comentan los dos estados de Cristo, el de humillación y el de exaltación. Cristo no sólo asumió la semejanza y el estilo o forma de hombre, sino el de uno de estado humilde; no se manifestó con esplendor. Toda su vida fue una vida de pobreza y sufrimientos, pero el paso más bajo fue morir la muerte de cruz, la muerte de un malhechor y de un esclavo; expuesto al odio y burla del público. —La exaltación fue de la naturaleza humana de Cristo, en unión con la divina. Todos deben rendir homenaje solemne al nombre de Jesús, no al solo sonido de la palabra, sino a la autoridad de Jesús. Confesar que Jesucristo es el Señor es para la gloria de Dios Padre; porque es su voluntad que todos los hombres honren al Hijo como honran al Padre, Juan v, 23. Aquí vemos tales motivos para el amor que se niega a sí mismo, que ninguna otra cosa podría suplir. ¿Amamos y obedecemos así al Hijo de Dios?

Vv. 12—18. Debemos ser diligentes en el uso de todos los medios que llevan a nuestra salvación perseverando en ellos hasta el fin, con mucho cuidado no sea que con todas nuestras ventajas no lleguemos. Ocupaos en vuestra salvación, porque es Dios quien obra en vosotros. Esto nos anima a hacer lo más que podamos porque nuestro trabajo no será en vano; aún debemos depender de la gracia de Dios. La obra de la gracia de Dios en nosotros es vivificar y comprometer nuestros esfuerzos. La buena voluntad de Dios para nosotros es la causa de su buena obra en nosotros. —Cumplid vuestro deber sin murmuraciones. Cumplidlo y no le atribuyáis defectos. Preocupaos de vuestro trabajo y no lo hagáis motivo de contienda. Sed apacibles: no déis ocasión justa de ofensa. Los hijos de Dios deben distinguirse de los hijos de los hombres. Mientras más perversos sean los otros, mas cuidadosos debemos ser nosotros para mantenernos sin culpa e inocentes. La doctrina y el ejemplo coherente de los creyentes iluminará a otros y dirigirá su camino a Cristo y a la piedad, así como la luz del faro advierte a los marinos que eviten los escollos y dirige su rumbo al puerto. Tratemos de brillar así. —El evangelio es la palabra de vida, nos da a conocer la vida eterna por medio de Jesucristo. Correr connota fervor y vigor, seguir continuamente hacia delante; esfuerzo, connota constancia y aplicación estrecha. —La voluntad de Dios es que los creyentes estén con mucho regocijo; y los que estén tan felices por tener buenos ministros, tienen mucha razón para regocijarse con ellos.

Vv. 19—30. Mejor es para nosotros cuando nuestro deber se nos hace natural. Por cierto, esto es sinceramente y no sólo por pretensión; con corazón dispuesto y puntos de vista rectos. Nuestra tendencia es preferir nuestro propio mérito, comodidad y seguridad antes que la verdad, la santidad y el deber, pero Timoteo no era así. Pablo deseaba libertad no para darse placeres, sino para hacer el bien. —Epafrodito estaba dispuesto a ir donde los filipenses para que fuera consolado con los que se habían condolido con él cuando estuvo enfermo. Parece que su enfermedad fue causada por la obra de Dios. El apóstol les pide que le amen más por esa razón. Es doblemente agradable que Dios restaure nuestras misericordias, después del gran peligro de perderlas; y esto debiera hacerlas mucho más valiosas. —Lo dado en respuesta a la oración debe recibirse con gran gratitud y gozo.

CAPÍTULO III

Versículos 1—11. *El apóstol advierte a los filipenses contra los falsos maestros judaizantes, y renuncia a sus propios privilegios anteriores. 12—21. Expresa el ferviente deseo de ser hallado en Cristo; además sigue adelante a la perfección y recomienda su propio ejemplo a otros creyentes.*

Vv. 1—11. Los cristianos sinceros se regocijan en Cristo Jesús. El profeta trata de perros mudos a los falsos profetas, Isaías lvi, 10, a lo cual parece referirse el apóstol. Perros por su malicia contra los fieles profesantes del evangelio de Cristo, que les ladran y los muerden. Imponen las obras humanas oponiéndolas a la fe de Cristo, pero Pablo los llama hacedores de iniquidad. —Los trata de

mutiladores, porque rasgan la Iglesia de Cristo y la despedazan. La obra de la religión no tiene propósito alguno si el corazón no está en ella; debemos adorar a Dios con la fuerza y la gracia del Espíritu divino. Ellos se regocijan en Cristo Jesús, no solo en el deleite y cumplimiento externo. Nunca nos resguardaremos con demasiada de quienes se oponen a la doctrina de la salvación gratuita, o abusan de ella. —Para gloriarse y confiar en la carne, el apóstol hubiera tenido muchos motivos como cualquier hombre. Pero las cosas que consideró ganancia mientras era fariseo, y las había reconocido, las consideró como pérdida por Cristo. El apóstol no les pedía que hicieran algo fuera de lo que él mismo hacía; ni que se aventuraran en algo, sino en aquello en lo cual él mismo arriesgó su alma inmortal. Él considera que todas esas cosas no eran sino pérdida comparadas con el conocimiento de Cristo, por fe en su persona y salvación. —Habla de todos los deleites mundanos y de los privilegios externos que buscaban en su corazón un lugar junto a Cristo, o podían pretender algún mérito y algo digno de recompensa, y los cuenta como pérdida, pero puede decirse que es fácil decirlo, pero, ¿qué haría cuando llegara la prueba? Había sufrido la pérdida de todo por los privilegios de ser cristiano. Sí, no sólo los consideraba como pérdida, sino como la basura más vil, sobras tiradas a los perros; no sólo menos valiosas que Cristo, sino en sumo grado despreciables cuando se las compara con Él. —El verdadero conocimiento de Cristo modifica y cambia a los hombres, sus juicios y modales, y los hace como si fueran hechos de nuevo. El creyente prefiere a Cristo sabiendo que es mejor para nosotros estar sin todas las riquezas del mundo que sin Cristo y su palabra. Veamos a qué resolvió aferrarse el apóstol: a Cristo y el cielo. Estamos perdidos, sin justicia con la cual comparecer ante Dios, porque somos culpables. Hay una justicia provista para nosotros en Jesucristo, la que es justicia completa y perfecta. Nadie puede tener el beneficio de ella si confía en sí mismo. La fe es el medio establecido para solicitar el beneficio de la salvación. Es por fe en la sangre de Cristo. Somos hechos conformes a la muerte de Cristo cuando morimos *al* pecado como Él murió *por* el pecado; y el mundo nos es crucificado como nosotros al mundo por la cruz de Cristo. El apóstol está dispuesto a hacer o sufrir cualquier cosa para alcanzar la gloriosa resurrección de los santos. Esta esperanza y perspectiva lo hacen pasar por todas las dificultades de su obra. No espera lograrlo por su mérito ni su justicia propia sino por el mérito y la justicia de Jesucristo.

Vv. 12—21. Esta sencilla dependencia y fervor de alma no se mencionan como si el apóstol hubiera alcanzado el premio o ya fuera perfecto a semejanza del Salvador. Olvida lo que queda detrás para no darse por satisfecho por las labores pasadas o las actuales medidas de gracia. Se extiende adelante, prosigue hacia la meta; expresiones que demuestran gran interés por llegar a ser más y más como Cristo. —El que corre una carrera nunca debe detenerse antes de la meta; debe seguir adelante tan rápido como pueda; de esta manera, los que tienen el cielo en su mira, deben aún seguir adelante en santo deseo, esperanza y esfuerzo constante. La vida eterna es la dádiva de Dios, pero está en Cristo Jesús; debe venirnos por medio de su mano, de la manera que Él la logró para nosotros. No hay forma de llegar al cielo como a nuestra casa, sino por medio de Cristo nuestro Camino. Los creyentes verdaderos, al buscar esta seguridad y al glorificarlo, buscarán más de cerca parecerse a Él en sus padecimientos y muerte, muriendo al pecado y crucificando la carne con sus pasiones y concupiscencias. En estas cosas hay una gran diferencia entre los cristianos verdaderos, pero todos conocen algo de ellas. Los creyentes hacen de Cristo su todo en todo y ponen sus corazones en el otro mundo. Si difieren unos de otros, y no tienen el mismo juicio en cuestiones menores, aún así, no deben juzgarse unos a otros, porque todos se reúnen ahora en Cristo y esperan reunirse en el cielo en breve. Que ellos se unan en todas las cosas grandes en que concuerden y esperen más luz en cuanto a las cosas menores en que difieren. —A los enemigos de la cruz de Cristo no les importa nada, sino sus apetitos sensuales. El pecado es la vergüenza del pecador, especialmente cuando se glorían en eso. El camino de los que se ocupan de las cosas terrenales puede parecer agradable, pero la muerte y el infierno están al final. Si elegimos el camino de ellos, compartiremos su final. —La vida del cristiano está en el cielo donde está su Cabeza y su hogar, y donde espera estar dentro de poco tiempo; pone sus afectos en las cosas de arriba y donde esté su corazón, ahí estará su tesoro. —Hay gloria reservada para los cuerpos de los santos, gloria que se hará presente en la resurrección. Entonces el cuerpo será hecho glorioso; no sólo resucitado a la

vida, sino resucitado para mayor ventaja. Nótese el poder por el cual será efectuado este cambio. Estemos siempre preparados para la llegada de nuestro Juez; esperando tener nuestros cuerpos viles cambiados por su poder todopoderoso, y recurriendo diariamente a Él para que haga una nueva creación de nuestras almas para la piedad; para que nos libre de nuestros enemigos y que emplee nuestros cuerpos y nuestras almas como instrumentos de justicia a su servicio.

CAPÍTULO IV

Versículos 1. *El apóstol exhorta a los filipenses a estar firmes en el Señor. 2—9. Da instrucciones a algunos, y a todos en general. 10—19. Expresa contento en toda situación de la vida. 20—23. Concluye orando a Dios Padre y con su bendición habitual.*

V. 1. La esperanza y la perspectiva creyente de la vida eterna deben afirmarnos y hacernos constantes en nuestra carrera cristiana. Hay diferencia de dones y gracias, pero estando renovados por el mismo Espíritu, somos hermanos. Estar firmes en el Señor es afirmarse en su fuerza y por su gracia.

Vv. 2—9. Los creyentes sean unánimes y estén dispuestos a ayudarse mutuamente. Como el apóstol había hallado el beneficio de la asistencia de ellos, sabía cuán consolador sería para sus colaboradores tener la ayuda de otros. Procuremos asegurarnos que nuestros nombres estén escritos en el libro de la vida. —El gozo en Dios es de gran importancia en la vida cristiana; es necesario llamar continuamente a ello a los cristianos. El gozo supera ampliamente todas las causas de pesar. Los enemigos deben darse cuenta de lo moderados que eran en cuanto a las cosas externas, y con cuánta moderación sufrían las pérdidas y las dificultades. El día del juicio llegará pronto, con la plena redención de los creyentes y la destrucción de los impíos. —Es nuestro deber mostrar cuidadosa diligencia en armonía con una sabia previsión y con la debida preocupación; pero hay un afanarse de temor y desconfianza que es pecado y necesidad, y sólo confunde y distrae la mente. Como remedio contra la preocupación que confunde se recomienda la constancia en la oración. No sólo los tiempos establecidos de oración, sino constancia en todo por medio de la oración. Debemos unir la acción de gracias con las oraciones y las súplicas; no sólo buscar provisiones de lo bueno, sino reconocer las misericordias que recibimos. Dios no necesita que le digamos nuestras necesidades o deseos porque los conoce mejor que nosotros, pero quiere que le demostremos que valoramos su misericordia y sentimos que dependemos de Él. La paz con Dios, esa sensación consoladora de estar reconciliados con Dios, y de tener parte de su favor, y la esperanza de la bendición celestial, son un bien mucho más grande de lo que puede expresarse con plenitud. Esta paz mantendrá nuestros corazones y mentes en Jesucristo; nos impedirá pecar cuando estemos sometidos a tribulaciones y de hundirnos debajo de ellas; nos mantendrá calmos y con una satisfacción interior. —Los creyentes tienen que conseguir y mantener un buen nombre; un nombre para todas las cosas con Dios y los hombres buenos. —Debemos recorrer en todo los caminos de la virtud y permanecer en ellos; entonces, sea que nuestra alabanza sea o no de los hombres, será de Dios. El apóstol es un ejemplo. Su doctrina armonizaba con su vida. La manera de tener al Dios de paz con nosotros es mantenernos dedicados a nuestro deber. Todos nuestros privilegios y la salvación proceden de la misericordia gratuita de Dios, pero el goce de ellos depende de nuestra conducta santa y sincera. Estas son obras de Dios, pertenecientes a Dios, y a Él solo se deben atribuir y a nadie más, ni hombres, ni palabras ni obras.

Vv. 10—19. Buena obra es socorrer y ayudar a un buen ministro en dificultades. La naturaleza de la verdadera simpatía cristiana no es tan sólo sentirse preocupados por nuestros amigos en sus problemas, sino hacer lo que podamos para ayudarlos. El apóstol solía estar en cadenas, prisiones y necesidades, pero en todo aprendió a estar contento, a llevar su mente a ese estado, y aprovechar el máximo de eso. El orgullo, la incredulidad, el vano insistir en algo que no tenemos y el descontento

variable por las cosas presentes, hacen que los hombres estén disgustados aun en circunstancias favorables. Oremos por una sumisión paciente y por esperanza cuando estemos aplastados; por humildad y una mente celestial cuando estemos jubilosos. Es gracia especial tener siempre un temperamento mental sereno. Cuando estemos humillados no perdamos nuestro consuelo en Dios ni desconfiemos de su providencia, ni tomemos un camino malo para nuestra satisfacción. En estado próspero no seamos orgullosos ni nos sintamos seguros ni mundanos. Esta es una lección mucho más difícil que la otra, porque las tentaciones de la plenitud y de la prosperidad son más que las de la aflicción y la necesidad. —El apóstol no tenía la intención de moverlos a dar más, sino exhortarlos a una bondad que tendrá una recompensa gloriosa en el más allá. Por medio de Cristo tenemos la gracia para hacer lo que es bueno, y por medio de Él hemos de esperar la recompensa; como tenemos todas las cosas por Él, hagamos todas las cosas por Él y para su gloria.

Vv. 20—23. El apóstol termina con alabanzas para Dios. Debemos mirar a Dios en todas nuestras debilidades y temores, no como enemigo, sino como Padre, dispuesto a compadecerse de nosotros y a ayudarnos. Debemos dar gloria a Dios como Padre. La gracia y el favor de Dios, que disfrutan las almas reconciliadas, con todas las virtudes en nosotros, que fluyen de Él, son todas adquiridas para nosotros por los méritos de Cristo, y aplicadas por su intercesión a nuestro favor; por lo cual se llaman con justicia, la gracia de nuestro Señor Jesucristo.

COLOSENSES

Esta epístola fue enviada por ciertas dificultades que surgieron entre los colosenses, debido a falsos maestros, a causa de lo cual recurrieron al apóstol. El alcance de la epístola es demostrar que toda la esperanza de redención del hombre se funda solo en Cristo, en el cual están toda la plenitud, las perfecciones y toda la suficiencia. Se advierte a los colosenses contra las artimañas de los maestros judaizantes y contra las nociones de sabiduría carnal e invenciones y tradiciones humanas, que no armonizan con la confianza total en Cristo. El apóstol usa los dos primeros capítulos para decirles qué deben creer y en los dos últimos qué deben hacer: la doctrina de la fe y los preceptos de la vida para salvación.

CAPÍTULO I

Versículos 1—8. *El apóstol Pablo saluda a los colosenses y bendice a Dios por la fe, el amor y la esperanza de ellos.* 9—14. *Ora para que lleven fruto en conocimiento espiritual.* 15—23. *Da una visión gloriosa de Cristo.* 24—29. *Establece su propio carácter como apóstol de los gentiles.*

Vv. 1—8. Todos los cristianos verdaderos son hermanos entre sí. La fidelidad va en todo aspecto y relación de la vida cristiana. —La fe, la esperanza, y el amor son las tres virtudes principales de la vida cristiana, y el tema apropiado para orar y dar gracias. Mientras más fijamos nuestras esperanzas en la recompensa del otro mundo, más libres estaremos para hacer el bien con nuestro

tesoro terrenal. Estaba reservado *para ellos*; ningún enemigo podía quitárselos. —El evangelio es la palabra de verdad y podemos arriesgar nuestras almas sobre esta base, con la seguridad de un buen resultado. Todos los que oyen la palabra del evangelio, deben dar el fruto del evangelio, obedecerla y tener sus principios y vidas formados conforme a ello. El amor al mundo surge de puntos de vista interesados, o de similitud en modales; el amor carnal surge del apetito de placeres. A estos siempre se aferra algo corrupto, egoísta y bajo. Pero el amor cristiano surge del Espíritu Santo y está lleno de santidad.

Vv. 9—14. El apóstol era constante para orar que los creyentes fueran llenos del conocimiento de la voluntad de Dios con toda sabiduría. Las buenas palabras no sirven sin buenas obras. El que emprende el fortalecimiento de su pueblo es un Dios de poder, y de poder glorioso. El bendito Espíritu es el autor de esto. Al orar por fuerza espiritual, no somos presionados ni confinados en las promesas, y no debemos serlo en nuestras esperanzas y deseos. La gracia de Dios en los corazones de los creyentes es el poder de Dios y hay gloria en este poder. El uso especial de esta fuerza era para los sufrimientos. Hay obra que realizar aunque estemos sufriendo. —En medio de todas sus tribulaciones ellos daban gracias al Padre de nuestro Señor Jesucristo cuya gracia especial los preparaba para participar de la herencia provista para los santos. Para ejecutar este cambio fueron hechos súbditos de Cristo, los que eran esclavos de Satanás. Todos los que están destinados para el cielo en el más allá, están preparados ya para el cielo. Los que tienen la herencia de hijos tienen la educación de hijos, y la disposición de hijos. Por fe en Cristo disfrutaban esta redención, como la compra de su sangre expiatoria mediante la cual se otorgan el perdón de los pecados y todas las demás bendiciones. Seguramente entonces consideraremos un favor el ser liberados del reino de Satanás y llevados al de Cristo, sabiendo que todas las tribulaciones terminarán pronto y que cada creyente será contado entre los salidos de la gran tribulación.

Vv. 15—23. Cristo en su naturaleza humana es la revelación visible del Dios invisible y quien le ha visto a Él ha visto al Padre. Adoremos estos misterios con fe humilde y contemplemos la gloria de Jehová en Cristo Jesús. Nació o fue engendrado antes de toda la creación, antes que fuera hecha la primera criatura; este el modo de la Escritura de representar la eternidad, y por el cual la eternidad de Dios nos es representada. Siendo todas las cosas creadas por Él, fueron creadas para Él; siendo hechas por su poder, fueron hechas conforme a su beneplácito y para alabanza de su gloria. No sólo las creó todas al principio; por la palabra de su poder las sustenta. —Cristo como Mediador es la Cabeza del cuerpo, la Iglesia; toda gracia y fuerza son de Él; y la Iglesia es su cuerpo. Toda plenitud habita en Él; la plenitud de mérito y justicia, de fuerza y gracia para nosotros. Dios mostró su justicia al requerir plena satisfacción. Este modo de redimir a la humanidad por la muerte de Cristo fue el más apto. Aquí se presenta ante nuestra visión el método de ser reconciliado. Pese al odio hacia el pecado por parte de Dios, plugo a Dios reconciliar consigo al hombre caído. Si estamos convencidos en nuestra mente de que éramos enemigos por las malas obras, y que ahora estamos reconciliados a Dios por el sacrificio y muerte de Cristo según nuestra naturaleza, no intentaremos explicar ni siquiera pensar en comprender plenamente estos misterios, pero veremos la gloria de este plan de redención y nos regocijaremos en la esperanza que nos es puesta por delante. Si el amor de Dios por nosotros es tan grande, ¿ahora qué podemos hacer por Dios? Orar con frecuencia y abundar en los deberes santos y no vivir más para sí mismo, sino para Cristo, el que murió por nosotros. Pero, ¿para qué? ¿para que sigamos viviendo en el pecado? No, sino para que muramos al pecado y vivamos entonces no para nosotros sino para Él.

Vv. 24—29. Los sufrimientos de la Cabeza y de los miembros son llamados sufrimientos de Cristo, y hechos, como si lo fueran, un cuerpo de sufrimientos. Pero Él sufrió por la redención de la Iglesia; nosotros sufrimos por otras cosas, porque sólo saboreamos ligeramente esa copa de aflicciones que Cristo bebió primero hasta las heces. Puede decirse que el cristiano cumple lo que falta de los sufrimientos de Cristo cuando toma su cruz, y según la pauta de Cristo, sufre pacientemente las aflicciones que Dios le asigna. —Seamos agradecidos que Dios nos haya dado a conocer los misterios ocultos por edades y generaciones y haya mostrado las riquezas de su gloria entre nosotros. Al predicarse a Cristo entre nosotros preguntemos honestamente si Él habita y reina

en nosotros; porque sólo esto puede garantizar nuestra esperanza de su gloria. Debemos ser fieles hasta la muerte en medio de todas las pruebas para recibir la corona de vida y alcanzar la meta de nuestra fe: la salvación de nuestras almas.

CAPÍTULO II

Versículos 1—7. *El apóstol expresa su amor a los creyentes, y su gozo en ellos.* 8—17. *Advierte contra los errores de la filosofía pagana; también contra las tradiciones y ritos judaicos que fueron cumplidos en Cristo.* 18—23. *Contra adorar ángeles, y contra las ordenanzas legales.*

Vv. 1—7. El alma prospera cuando conocemos claramente la verdad en Jesús. Entonces creemos no sólo con el corazón, sino que estamos dispuestos a confesar con la boca cuando se nos pida. El conocimiento y la fe enriquecen el alma. Mientras más fuerte es nuestra fe, y más cálido nuestro amor, más grande será nuestro consuelo. Los tesoros de la sabiduría están ocultos, no *de* nosotros, sino *para* nosotros en Cristo. Fueron escondidos de los incrédulos orgullosos, pero exhibidos en la persona y la redención de Cristo. —Nótese el peligro de las palabras persuasivas: ¡cuántos se destruyen con los disfraces falsos y las bellas apariencias de principios malos y de las prácticas impías! Estad vigilantes y temed a los que desean seducir para cualquier mal, porque su propósito es corromperlos. Todos los cristianos han recibido al Señor Jesucristo; al menos por profesión le aceptaron y le tomaron como suyo. No podemos edificar ni crecer en Cristo si primero, no estamos arraigados o fundamentados en Él. Estando afirmados en la fe podemos abundar y mejorar más y más en ella. Dios quita con justicia este beneficio a quienes no lo reciben con acción de gracias; con justicia, Dios requiere gratitud por sus misericordias.

Vv. 8—17. Hay una filosofía que ejercita correctamente nuestras facultades de raciocinio: el estudio de las obras de Dios, que nos lleva al conocimiento de Dios y confirma nuestra fe en Él. Pero hay una filosofía que es vana y engañosa; y aunque complace las fantasías de los hombres, obstaculiza la fe de ellos: tales son las especulaciones curiosas sobre cosas que no trascienden o no nos interesan. Los que van por el camino del mundo se han apartado de seguir a Cristo. En Él tenemos la sustancia de todas las sombras de la ley ceremonial. Todos los defectos de la ley están compensados en el evangelio de Cristo por su sacrificio completo por el pecado, y por la revelación de la voluntad de Dios. Ser completo es estar equipado con todas las cosas necesarias para la salvación. Por esta sola palabra, “completo” se indica que tenemos todo lo requerido en Cristo. “En Él”, no cuando miramos a Cristo como si estuviese lejos de nosotros, sino cuando tenemos a Cristo habitando y permaneciendo *en* nosotros. Cristo está en nosotros y nosotros en Él cuando por el poder del Espíritu, la fe obra en nuestros corazones por el Espíritu y somos unidos a nuestra Cabeza. La circuncisión del corazón, la crucifixión de la carne, la muerte y sepultación al pecado y al mundo, y la resurrección a la novedad de vida, simbolizadas en el bautismo, y por fe obrada en nuestros corazones, demuestran que nuestros pecados han sido perdonados, y que estamos completamente liberados de la maldición de la ley. —Por medio de Cristo somos resucitados los que estábamos muertos en el pecado. La muerte de Cristo fue la muerte de nuestros pecados; la resurrección de Cristo es la vivificación de nuestras almas. Cristo sacó del camino la ley de las ordenanzas que fue yugo para los judíos, y muro de separación para los gentiles. Las sombras huyeron cuando la sustancia se hizo presente. Como todo mortal es culpable de muerte, por lo escrito en la ley, ¡qué espantosa es la situación de los impíos réprobos que pisotean la sangre del Hijo de Dios, que es lo único con que puede borrarse esta sentencia! Que nadie se perturbe con los juicios fanáticos relacionados a la carne o a las solemnidades judías. Apartar un tiempo para adorar y servir a Dios es un deber ineludible que no depende necesariamente del séptimo día de la semana, el día de reposo de los judíos. El primer día de la semana o el día del Señor es el tiempo que los cristianos guardan santo en memoria de la resurrección de Cristo. Todos los ritos judaicos eran

sombra de las bendiciones del evangelio.

Vv. 18—23. Parecía humildad recurrir a los ángeles, como si los hombres tuviesen conciencia de su indignidad para hablar directamente a Dios, pero eso no tiene respaldo, porque toma la honra debida sólo a Cristo y se la confiere a la criatura. En esta humildad aparente había un verdadero orgullo. Los que adoran ángeles desconocen a Cristo que es el único Mediador entre Dios y el hombre. Recurrir a otros mediadores fuera de Cristo es un insulto para Él, que es la Cabeza de la Iglesia. Cuando los hombres se apartan de Cristo, se asen de eso que no les sirve. —El cuerpo de Cristo es un cuerpo que crece. Los creyentes verdaderos no pueden vivir según las modas del mundo. La sabiduría verdadera es mantenerse apegado a los designios del evangelio: por entero sometidos a Cristo que es la única Cabeza de su Iglesia. Los sufrimientos y los ayunos impuestos a uno mismo pueden dar el espectáculo de rara espiritualidad y voluntad de sufrir, pero no son “ningún honor” para Dios. Todo tendía, erróneamente, a satisfacer la mente carnal gratificando la voluntad propia, la sabiduría propia, la justicia propia y despreciando al prójimo. Siendo las cosas como son, no tienen en sí mismas sólo la apariencia de la sabiduría o son una simulación tan débil que no le hacen bien al alma, ni proveen para la satisfacción de la carne. Lo que el Señor ha determinado que sea indiferente, considerémolo como tal, y permitamos una libertad semejante al prójimo; recordando la naturaleza pasajera de las cosas terrenales, procuremos glorificar a Dios al usarlas.

CAPÍTULO III

Versículos 1—4. *Exhortación a los colosenses para que miren al cielo*, 5—11. *a mortificar todos los afectos corruptos*, 12—17. *a vivir en amor, tolerancia y perdón mutuos*, 18—25. *y a cumplir los deberes de esposa y marido, hijos, padres y siervos.*

Vv. 1—4. Puesto que los cristianos están libres de la ley ceremonial deben andar más cerca de Dios en la obediencia del evangelio. Como el cielo y la tierra son opuestos entre sí, no pueden seguirse al mismo tiempo; y el afecto por uno debilitará y abatirá el afecto por el otro. Los que han nacido de nuevo están muertos al pecado, porque su dominio está roto, su poder paulatinamente vencido por la operación de la gracia, y a la larga, será extinguido por la perfección de la gloria. Entonces, estar muertos significa esto: que quienes tienen el Espíritu Santo, que mortifica en ellos las concupiscencias de la carne, son capaces de despreciar las cosas terrenales y desear las celestiales. En el presente, Cristo es alguien a quien no hemos visto, pero nuestro consuelo es que nuestra vida está a salvo en Él. Las corrientes de esta agua viva fluyen al alma por la influencia del Espíritu Santo por la fe. Cristo vive *en* el creyente por su Espíritu, y el creyente vive *para* Él en todo lo que hace. En la segunda venida de Cristo habrá una reunión general de todos los redimidos; y aquellos cuya vida está ahora escondida con Cristo, se manifestarán con Él en su gloria. Esperamos esa dicha, ¿no deberíamos poner nuestros afectos en aquel mundo y vivir por encima de éste?

Vv. 5—11. Es nuestro deber mortificar nuestros miembros que se inclinan a las cosas de este mundo. Mortificarlos, matarlos, suprimirlos, como malezas o gusanos que se desparraman y destruyen todo a su alrededor. Debemos oponernos continuamente a todas las obras corruptas sin hacer provisión para los placeres carnales. Debemos evitar las ocasiones de pecar: la concupiscencia de la carne, y el amor al mundo; y la codicia que es idolatría; el amor del bien actual y los placeres externos. —Es necesario mortificar los pecados porque si no los matamos, ellos nos matarán a nosotros. El evangelio cambia las facultades superiores e inferiores del alma, y sostiene la regla de la recta razón y de la conciencia por sobre el apetito y la pasión. —Ahora no hay diferencia de país, de condición o de circunstancia de vida. Es deber de cada uno ser santo, porque Cristo es el Todo del cristiano, su único Señor y Salvador, y toda su esperanza y felicidad.

Vv. 12—17. No sólo no debemos dañar a nadie; debemos hacer todo el bien que podamos a todos. Los que son escogidos de Dios, santos y amados, deben ser humildes y compasivos con todos. Mientras estemos en este mundo, donde hay tanta corrupción en nuestros corazones, a veces surgirán contiendas, pero nuestro deber es perdonarnos unos a otros imitando el perdón por cual somos salvados. Que la paz de Dios reine en vuestros corazones; es su obra en todos los que le pertenecen. La acción de gracias a Dios ayuda a hacernos agradables ante todos los hombres. El evangelio es la palabra de Cristo. Muchos tienen la palabra, pero habita pobremente en ellos; no tiene poder sobre ellos. El alma prospera cuando estamos llenos de las Escrituras y de la gracia de Cristo. Cuando cantamos salmos debemos ser afectados por lo que cantamos. Hagamos todo en el nombre del Señor Jesús, y dependiendo con fe en Él, sea lo que sea en que estemos ocupados. A los que hacen todo en el nombre de Cristo nunca les faltará tema para dar gracias a Dios, al Padre.

Vv. 18—25. Las epístolas que se preocupan más en exhibir la gloria de la gracia divina y a magnificar al Señor Jesús, son las más detalladas al enfatizar los deberes de la vida cristiana. Nunca debemos separar los privilegios de los deberes del evangelio. —La sumisión es el deber de las esposas, pero no es someterse a un tirano austero o a un adusto señor, sino a su marido que está comprometido al deber afectuoso. Los maridos deben amar a sus esposas con afecto fiel y tierno. — Los hijos dóciles son los que más probablemente prosperen, como asimismo los hijos obedientes. —Los siervos tienen que cumplir su deber y obedecer las órdenes de sus amos en todas las cosas que corresponden al deber con Dios, su Amo celestial. Deben ser justos y diligentes, sin intenciones egoístas, hipocresías ni disfraces. Los que temen a Dios serán justos y fieles cuando estén fuera de la vista de sus amos, porque saben que están bajo el ojo de Dios. Hagan todo con diligencia, no con ocio ni pereza; alegremente, no descontentos con la providencia de Dios que los puso en esa relación. Y para estímulo de los siervos, sepan que sirven a Cristo cuando sirven a sus amos conforme al mandamiento de Cristo, y que al final, Él les dará una recompensa gloriosa. Por otro lado, el que hace el mal recibirá el mal que haya hecho. Dios castigará al siervo injusto y premiará al siervo justo; lo mismo si los amos hacen el mal a sus siervos. Porque el Juez justo de la tierra tratará con justicia a amo y siervo. Ambos estarán al mismo nivel en su tribunal. ¡Qué feliz haría al mundo la religión verdadera si prevaleciera por doquier influyendo en todo estado de cosas y toda relación de vida! Pero la profesión de las personas que descuidan los deberes, y que dan causa justa de quejas a quienes se relacionan con ellas, se engañan a sí mismas y también acarrea reproches para el evangelio.

CAPÍTULO IV

Versículos 1. *Los amos cumplen su deber con sus siervos.* 2—6. *Las personas de todos los rangos tienen que perseverar en la oración y en la prudencia cristiana.* 7—9. *El apóstol se refiere a otros para dar cuenta de sus asuntos.* 10—18. *Envía saludos y concluye con una bendición.*

V. 1. El apóstol procede a tratar el deber de los amos con sus siervos. No sólo se les pide justicia, sino estricta equidad y bondad. Deben tratar a los siervos como esperan que Dios los trate a ellos.

Vv. 2—6. No pueden desempeñarse rectamente los deberes si no perseveramos en la oración ferviente, y velamos con acción de gracias. La gente tiene que orar en particular por sus ministros. —Se exhorta a los creyentes a una conducta justa con los incrédulos. Tened cuidado en todo lo que converséis con ellos, en hacerles el bien, y dar prestigio a la religión por todos los medios lícitos. La diligencia para redimir el tiempo da buen testimonio de la religión ante la buena opinión ajena. Aun lo que sólo es un descuido puede causar un perjuicio duradero a la verdad. —Todo discurso debe ser discreto y oportuno, como corresponde a los cristianos. Aunque no siempre sea *de* gracia, siempre debe ser *con* gracia. Aunque nuestro discurso sea sobre algo común, debe ser, sin embargo, de un modo cristiano. La gracia es la sal que sazona nuestro discurso e impide que se corrompa. No basta

con responder lo que se pregunta a menos que también respondamos rectamente.

Vv. 7—9. Los ministros son siervos de Cristo y consiervos unos de otros. Ellos tienen un Señor aunque tengan diferentes puestos y poderes para el servicio. Gran consuelo en los problemas y dificultades de la vida es tener compañeros cristianos que se preocupen por nosotros. —Las circunstancias de la vida no hacen diferencia para la relación espiritual entre los cristianos sinceros; ellos participan de los mismos privilegios y tienen derecho a las mismas consideraciones. ¡Qué cambios sorprendentes hace la gracia divina! Los siervos infieles llegan a ser hermanos amados y fieles, y algunos que habían hecho el mal, llegan a ser colaboradores del bien.

Vv. 10—18. Pablo tuvo diferencias con Bernabé debido a Marcos, pero no sólo se reconciliaron, sino que lo recomienda a las iglesias; un ejemplo del espíritu cristiano que perdona verdaderamente. Si los hombres han sido culpables de una falta, no siempre debe serles recordadas en su contra. Debemos olvidar y perdonar. —El apóstol tuvo el consuelo de la comunión de santos y ministros. Uno es su consiervo, otro es compañero de prisiones, y todos son sus colaboradores, ocupados en su salvación y dedicándose a promover la salvación de otros. —La oración eficaz, ferviente, es la oración que prevalece y sirve de mucho. Las sonrisas, los halagos o el enojo del mundo, el espíritu de error, o la obra del amor propio, conduce a muchos a un modo de predicar y de vivir que dista mucho de cumplir con el ministerio de ellos, pero los que predicán la misma doctrina que Pablo, y siguen su ejemplo, pueden esperar el favor divino y su bendición.

PRIMERA DE TESALONICENSES

En general se considera que esta epístola fue la primera que escribió San Pablo. Parece que el motivo fue el buen informe de la constancia de la iglesia de Tesalónica en la fe del evangelio. Está llena de afecto y confianza, y es más consoladora que práctica y menos doctrinal que algunas de las otras epístolas.

CAPÍTULO I

Versículos 1—5. *¡La fe, el amor y la paciencia de los tesalonisenses son señales evidentes de su elección, la cual se manifiesta en el poder con que el evangelio vino a ellos!* 6—10. *Sus efectos poderosos y ejemplares en sus corazones y vidas.*

Vv. 1—5. Como todo lo bueno viene de Dios no puede esperarse nada bueno para los pecadores sino de Dios en Cristo. El mejor bien puede esperarse de Dios, como Padre nuestro, por amor de Cristo. Debemos orar no sólo por nosotros mismos, sino también por el prójimo, recordándolo sin cesar. Dondequiera que hay una fe verdadera, obra afectando el corazón y la vida. La fe obra en amor: se demuestra en amor a Dios y amor a nuestro prójimo. Dondequiera que haya una esperanza

de vida eterna bien fundada, se verá por el ejercicio de la paciencia; y es señal de sinceridad, cuando en todo lo que hacemos procuramos ser aprobados por Dios. Por esto podemos conocer nuestra elección si no sólo hablamos de las cosas de Dios con nuestros labios, sino sentimos su poder en nuestros corazones, mortificando nuestras concupiscencias, apartándonos del mundo, y elevándonos a las cosas celestiales. A menos que el Espíritu de Dios venga, la palabra de Dios se nos volverá letra muerta. Así la recibieron por el poder del Espíritu Santo. Ellos estaban plenamente convencidos de su verdad como para no ser perturbados en su mente por objeciones y dudas, y estaban dispuestos a dejar todo por Cristo, y a arriesgar sus almas y su estado eterno en la verdad de la revelación del evangelio.

Vv. 6—10. Cuando personas descuidadas, ignorantes e indolentes son apartadas de sus esfuerzos y conexiones carnales, para creer en el Señor Jesús y obedecerle, para vivir con sobriedad, rectitud y piedad, los hechos hablan por sí mismos. —Los creyentes del Antiguo Testamento esperaban la venida del Mesías y los creyentes esperan ahora su segunda venida. Él tiene que venir aún. Dios le levantó de entre los muertos, lo cual es la plena seguridad para todos los hombres de que Él vendrá a juzgar. Él vino a adquirir la salvación, y cuando vuelva otra vez, traerá salvación consigo, liberación plena y definitiva de la ira venidera. Todos, sin demora, deben huir de la ira venidera y buscar refugio en Cristo y su salvación.

CAPÍTULO II

Versículos 1—12. *El apóstol recuerda su predicación y conducta a los tesalonicenses.* 13—16. *Ellos recibieron el evangelio como la palabra de Dios.* 17—20. *Su gozo por cuenta de ellos.*

Vv. 1—6. El apóstol no tenía motivación mundana para predicar. Sufrir en una buena causa debe aguzar la santa resolución. El evangelio de Cristo encontró primero mucha resistencia y fue predicado con contención, con esfuerzo al predicar, y en contra de la oposición. Como el tema de la exhortación del apóstol era verdadero y puro, su manera de hablar era sin maldad. El evangelio de Cristo está concebido para mortificar los afectos corruptos, y para que los hombres puedan ser llevados a someterse al poder de la fe. Debemos recibir nuestra recompensa de este Dios que prueba nuestros corazones. Las pruebas de la sinceridad del apóstol era que él evitaba el halago y la codicia. Evitaba la ambición y la vanagloria.

Vv. 7—12. La suavidad y la ternura dan mucho prestigio a la religión y están en armonía con el trato bondadoso de Dios con los pecadores en el evangelio y por el evangelio. Esta es la manera de ganar gente. No sólo debemos ser fieles a nuestra vocación cristiana sino a nuestros llamados y relaciones particulares. Nuestro gran privilegio en el evangelio es que Dios nos ha llamado a su reino y gloria. El gran deber del evangelio es que andemos en forma digna de Dios. Debemos vivir como corresponde a los llamados con tan elevada y santa vocación. Nuestra gran actividad es honrar, servir y complacer a Dios y procurar ser dignos de Él.

Vv. 13—16. Debemos recibir la palabra de Dios con afectos que armonicen con su santidad, sabiduría, verdad y bondad. Las palabras de los hombres son frágiles y perecederas, como ellos mismos, y a veces, falsas, necias y triviales, pero la palabra de Dios es santa, sabia, justa y fiel. Recibámosla y considerémosla de manera concordante. —La palabra obró en ellos para ser para los demás ejemplo de fe y buenas obras, y de paciencia en los sufrimientos, y en las pruebas por amor del evangelio. —El asesinato y la persecución son odiosos para Dios y ningún celo por nada de la religión pueden excusarlos. Nada tiende más a que una persona o un pueblo llene la medida de sus pecados que oponerse al evangelio y obstaculizar la salvación de almas. El puro evangelio de Cristo es aborrecido por muchos y su predicación fiel es estorbada de muchas maneras. Pero los que prohíben que se le predique a los pecadores, a hombres muertos en pecados, no complacen con esto

a Dios. Los que niegan la Biblia a la gente, tienen corazones crueles y son enemigos de la gloria de Dios, y de la salvación de su pueblo.

Vv. 17—20. Este mundo no es lugar donde estaremos juntos para siempre o por mucho tiempo. Las almas santas se encontrarán en el cielo y nunca más se separarán. Aunque el apóstol no pudiera ir a visitarlos aún, y aunque nunca pudiese ir, sin embargo, nuestro Señor Jesucristo vendrá; nada lo impedirá. Que Dios dé ministros fieles a todos los que le sirven con su espíritu en el evangelio de su Hijo, y los envíe a todos los que están en tinieblas.

CAPÍTULO III

Versículos 1—5. *El apóstol envió a Timoteo para confirmar y consolar a los tesalonicenses. 6—10. Se regocija con la buena noticia de la fe y el amor de ellos. 11—13. Y por su crecimiento en gracia.*

Vv. 1—5. Mientras hallemos más placer en los caminos de Dios más desearemos perseverar en ellos. La intención del apóstol era confirmar y consolar a los tesalonicenses en cuanto al *objeto* de su fe, que Jesucristo era el Salvador del mundo; y acerca de la *recompensa* de la fe, que era más que suficiente para compensar todas sus pérdidas y premiar todos sus esfuerzos. Pero temía que sus trabajos fueran en vano. Si no puede impedir que los ministros laboren en la palabra y la doctrina, si le es posible, el diablo estorbará el éxito de las labores de ellos. Nadie quiere trabajar voluntariamente en vano. La voluntad y el propósito de Dios es que entremos en su reino a través de muchas aflicciones. Los apóstoles, lejos de halagar a la gente con la expectativa de prosperidad mundana en la religión, les decían claramente que debían contar con los problemas de la carne. Aquí seguían el ejemplo de su gran Maestro, el Autor de nuestra fe. Los cristianos corrían peligro y había que advertirles; así serían mejor resguardados para no ser conmovidos con algunas artimañas del tentador.

Vv. 6—10. El agradecimiento a Dios es muy imperfecto en el estado actual, pero una gran finalidad del ministerio de la palabra es ayudar a que progrese la fe. Lo que fue el instrumento para obtener fe es también el medio para aumentarla y confirmarla, a saber, las ordenanzas de Dios; como la fe viene por el oír, así es también confirmada por el oír.

Vv. 11—13. La oración es culto religioso y todo culto religioso se debe sólo a Dios. El culto hay que ofrecerlo a Dios como nuestro Padre. La oración no sólo tiene que ofrecerse en el nombre de Cristo, pero ofrecerse a Cristo mismo como nuestro Señor y Salvador. Reconozcamos a Dios en todos nuestros caminos y Él dirigirá nuestras sendas. El amor mutuo es requerido a todos los cristianos. El amor es de Dios y cumple el evangelio y la ley. Necesitamos la influencia del Espíritu para nuestro crecimiento en gracia y la forma de obtenerlas es la oración. La santidad es requerida a todos los que van al cielo y debemos actuar de modo que no contradigamos la profesión de santidad que hacemos. Entonces, se manifestará la excelencia y la necesidad de santidad y sin estas ningún corazón será establecido en aquel día y ninguno evitará la condenación.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—8. *Exhortaciones a la pureza y santidad. 9—12. Al amor fraternal, la conducta pacífica y la diligencia. 13—18. No a la pena indebida por la muerte de los parientes y amigos santos, considerando la resurrección gloriosa de sus cuerpos en la segunda venida de Cristo.*

Vv. 1—8. No basta con permanecer en la fe del evangelio, pero hemos de abundar en la obra de fe. La regla por la cual debemos caminar y actuar todos es la de los mandamientos dados por el Señor Jesucristo. La santificación, que es la renovación de sus almas bajo la influencia del Espíritu Santo y la atención a los deberes asignados, constituía la voluntad de Dios para ellos. Al aspirar a esta renovación del alma para santidad, debe ponerse estricto freno a los apetitos y sentidos del cuerpo y a los pensamientos e inclinaciones de la voluntad, que conducen a su mal uso. El Señor no llama a nadie de su familia a que lleven vidas impías, sino a que puedan ser educados y capacitados para andar ante Él en santidad. Algunos toman a la ligera los preceptos de santidad porque los oyen de hombres, pero son los mandamientos de Dios, y quebrantarlos es despreciar a Dios.

Vv. 9—12. Debemos notar en los demás lo que es bueno de encomio, para que podamos dedicarlos a abundar en ello más y más. Todos los que son enseñados por Dios para salvación, son enseñados a amarse unos a otros. La enseñanza del Espíritu excede a las enseñanzas de los hombres; y la enseñanza de los hombres es vana e inútil a menos que Dios enseñe. Los que se destacan por esta u otra gracia, necesitan crecer en ella y perseverar hasta el fin. —Muy deseable es tener un carácter calmo y callado, y ser de conducta pacífica y tranquila. Satanás se ocupa en perturbarnos; en nuestros corazones tenemos lo que nos dispone a ser inquietos; por tanto, contemplemos ser tranquilos. Los que son entremetidos, que se preocupan de lo ajeno, tienen poca quietud en sus mentes y causan grandes molestias a su prójimo. Rara vez les importa la exhortación del otro, ni ser diligentes en su propio llamado, ni trabajar con sus propias manos. El cristianismo no nos saca del trabajo y deber de nuestras vocaciones particulares, pero nos enseña a ser diligentes. —Debido a su pereza, la gente suele estar en grandes aprietos, y son responsables de muchas necesidades; mientras los diligentes en sus negocios se ganan el pan y tienen gran placer en hacerlo así.

Vv. 13—18. Aquí hay consuelo para los parientes y amigos de los que mueren en el Señor. La pena por la muerte de amigos es lícita; podemos llorar nuestra propia pérdida, aunque sea ganancia para ellos. El cristianismo no prohíbe nuestros afectos naturales y la gracia no los elimina. Pero no debemos exagerar nuestros pesares; esto es demasiado parecido a los que no tienen esperanza de una vida mejor. La muerte es desconocida y poco sabemos del estado después de morir, pero las doctrinas de la resurrección y de la segunda venida de Cristo son remedio contra el temor a la muerte, y contra la pena indebida por la muerte de nuestros amigos cristianos; tenemos la plena seguridad de estas doctrinas. —Será felicidad que todos los santos se junten y permanezcan juntos para siempre, pero la dicha principal del cielo es estar con el Señor, verle, vivir con Él, y gozar de Él para siempre. Debemos apoyarnos unos a otros en los momentos de tristeza; sin mortificar los espíritus unos a otros ni debilitarnos las manos de unos y otros. Esto puede hacerse porque hay muchas lecciones que aprender sobre la resurrección de los muertos y la segunda venida de Cristo. ¡Qué consuelo para el hombre cuando se le diga que va a comparecer ante el trono del juicio de Dios! ¿Quién puede ser consolado con estas palabras? Sólo el hombre a cuyo espíritu da testimonio Dios que sus pecados han sido borrados y los pensamientos de su corazón son purificados por el Espíritu Santo, de modo que puede amar a Dios y magnificar dignamente su nombre. No estamos en estado seguro a menos que esto sea así en nosotros o que deseemos que así sea.

CAPÍTULO V

Versículos 1—11. *El apóstol exhorta a estar siempre listos para la venida de Cristo a juzgar, la cual será súbita y sorpresiva.* 12—22. *Da instrucciones sobre diversos deberes.* 23—28. *Termina con oración, saludos y una bendición.*

Vv. 1—5. Innecesario e inútil es preguntar la fecha específica de la venida de Cristo. No lo reveló a los apóstoles. Hay tiempos y sazones para que nosotros trabajemos, y es nuestro deber y

preocupación conocerlos y observarlos, pero en cuanto al tiempo en que debamos rendir cuentas, no lo sabemos ni es necesario que lo sepamos. —La venida de Cristo será una gran sorpresa para los hombres. Nuestro mismo Señor lo dijo así. Como la hora de la muerte de cada persona, así será el juicio para la humanidad en general, así que el mismo comentario responde para ambas. La venida de Cristo será terrible para los impíos. Su destrucción les sobrevendrá mientras sueñan con la felicidad y se complacen con vanas entretenciones. No habrá medio para eludir el terror del castigo de ese día. —Ese día será de dicha para el justo. Ellos no están en tinieblas; son hijos de la luz. Esta es la feliz condición de todos los cristianos verdaderos. ¡Pero cuántos dicen paz y seguridad, mientras sobre sus cabezas pende la destrucción eterna! Despertémonos a nosotros mismos y unos a otros y cuidémonos de nuestros enemigos espirituales.

Vv. 6—11. La mayor parte de la humanidad no considera las cosas del otro mundo porque están dormidos; o no las consideran porque duermen y sueñan. Nuestra moderación en cuanto a todas las cosas terrenales debiera ser conocida de todos los hombres. Los cristianos que tienen la luz del evangelio bendito brillando en sus rostros, ¿pueden despreocuparse de sus almas y ser indolentes con el otro mundo? Necesitamos la armadura espiritual o las tres gracias cristianas: fe, amor y esperanza. *Fe* si creemos que el ojo de Dios siempre está sobre nosotros, que hay otro mundo para el cual prepararse, vemos razón de estar alertas y ser sobrios. El *amor* verdadero y fervoroso a Dios y a las cosas de Dios, nos mantendrá alertas y sobrios. Si tenemos *esperanza* de salvación, cuidémonos de toda cosa que haga vacilar nuestra confianza en el Señor. Tenemos la base sobre la cual construir una esperanza incommovible cuando consideramos que la salvación es por nuestro Señor Jesucristo que murió por nosotros para expiar nuestros pecados y para rescatar nuestras almas. Debemos unirnos en oración y alabanza unos con otros. Debemos darnos buen ejemplo unos a otros y este es el mejor medio para responder a la finalidad de la sociedad. Así aprenderemos a vivir para Aquel con quien esperamos vivir para siempre.

Vv. 12—15. Los ministros del evangelio están descritos por la obra de su oficio que es servir y honrar al Señor. Deber de ellos no sólo es dar buen consejo, sino también advertir al rebaño los peligros y reprobador lo que estuviera mal. La gente debe honrar y amar a sus ministros porque su actividad es el bienestar de las almas de los hombres. —La gente debe estar en paz consigo misma haciendo todo lo que pueda para guardarse contra toda diferencia, aunque el amor a la paz no debe permitir que hagamos la vista gorda ante el pecado. Los espíritus temerosos y pesarosos deben ser animados, y una palabra amable puede hacer mucho bien. Debemos tolerar y soportar. Debemos ser pacientes y controlar el enojo, y esto con todos los hombres. Sean cuales sean las cosas que nos hagan los hombres, nosotros tenemos que hacer el bien al prójimo.

Vv. 16—22. Tenemos que regocijarnos en las bendiciones de la criatura, como si no nos regocijáramos, sin esperar vivir muchos años y gozándonos durante todos ellos, pero si nos regocijamos en Dios podemos hacerlo para siempre jamás. Una vida verdaderamente religiosa es una vida de gozo constante. Podemos regocijarnos más si oramos más. La oración ayudará a llevar adelante todo asunto lícito y toda buena obra. Si oramos sin cesar no nos faltará tema para dar gracias en todo. Veremos razones para dar gracias por perdonar y prevenir, por las misericordias comunes y las excepcionales, las pasadas y las presentes, las espirituales y las temporales. No sólo por las cosas prósperas y agradables, sino también por las providencias aflictivas, por los castigos y las correcciones, porque Dios designa todo para nuestro bien, aunque, en la actualidad, no veamos en qué nos ayuda. —No apaguéis al Espíritu. Se dice que los cristianos son bautizados con el Espíritu Santo y con fuego. Él obró como fuego, iluminando, avivando y purificando las almas de los hombres. Como el fuego se apaga quitándole el combustible, y se sofoca echándole agua, o poniéndole mucha tierra encima, así debemos tener cuidado de no apagar al Espíritu Santo consintiendo los afectos y concupiscencias carnales, preocupándonos sólo de las cosas terrenales. Los creyentes suelen impedir su crecimiento en la gracia al no darse a los afectos espirituales producidos en sus corazones por el Espíritu Santo. —Por profecía entiéndase aquí la predicación de la palabra, la interpretación y la aplicación de las Escrituras. No debemos despreciar la predicación aunque sea simple, y no nos diga más de lo que sabíamos antes. Debemos escudriñar las Escrituras.

Si probamos todas las cosas, debemos retener lo que es bueno. Debemos abstenernos de pecar, y de todo lo que tenga apariencia de pecado, que conduzca o se aproxime al pecado. El que no se refrena de las apariencias del pecado, el que no elimina las ocasiones de pecar, y no evita las tentaciones ni el acercamiento al pecado, no se mantendrá por mucho tiempo sin pecar.

Vv. 23—28. El apóstol ora que ellos puedan ser santificados con más perfección, porque los mejores están santificados, pero en parte mientras estén en este mundo; por tanto, debemos orar por la santidad completa mientras seguimos adelante hacia ella. Y como vamos a caer si Dios no sigue haciendo su buena obra en el alma, debemos orar a Dios que perfeccione su obra hasta que seamos presentados sin falta ante el trono de su gloria. —Debemos orar unos por otros, y los hermanos deben expresar así su amor fraternal. —Esta epístola iba a ser leída a todos los hermanos. No sólo se permite a la gente corriente que lea las Escrituras, pero es su deber y se les debe exhortar a que lo hagan. La palabra de Dios no debe mantenerse en idioma desconocido, sino traducirse, puesto que a todos los hombres corresponde conocer las Escrituras, y para que todos los hombres puedan leerlas. Las Escrituras deben ser leídas en todas las congregaciones públicas, especialmente, para el beneficio de los indoctos. —No necesitamos más que conocer la gracia de nuestro Señor Jesucristo para hacernos dichosos. Él es una fuente de gracia que siempre fluye y rebasa para suplir todas nuestras carencias.

SEGUNDA DE TESALONICENSES

La segunda epístola a los tesalonicenses fue escrita poco después de la primera. Se le dijo al apóstol que por algunas expresiones de su primera carta, muchos tenían la esperanza de que la segunda venida de Cristo estaba muy cerca, y que el día del juicio llegaría en su tiempo. Algunos de ellos descuidaron sus deberes mundanos. San Pablo volvió a escribir para corregir el error de ellos, que obstaculizaba la difusión del evangelio. Había escrito conforme a las palabras de los profetas del Antiguo Testamento, y les dice que había muchos consejos del Altísimo que aún debían cumplirse antes que llegara el día del Señor, aunque había hablado de aquel momento como muy cercano porque era inminente. El tema conduce a una notable predicción de algunos de los sucesos futuros que iban a tener lugar en las épocas posteriores de la Iglesia cristiana, y que muestran el espíritu profético que poseía el apóstol.

CAPÍTULO I

Versículos 1—4. *El apóstol bendice a Dios por el estado creciente del amor y la paciencia de los tesalonicenses.* 5—12. *Les exhorta a perseverar sometidos a todos sus sufrimientos por Cristo, considerando su venida como el gran día de la rendición de cuentas.*

Vv. 1—4. Donde esté la verdad de la gracia, habrá un incremento de ella. La senda del justo es como la luz de la aurora, que brilla y brilla más y más hasta el día perfecto. Y donde haya incremento de la gracia, Dios debe tener toda la gloria. Donde crece la fe, el amor abundará, porque la fe obra por amor. Se demuestra fe y paciencia, como las que puedan proponerse como pauta para el prójimo, cuando las pruebas de parte de Dios y las persecuciones de parte de los hombres, vivifican el ejercicio de esas gracias, porque la paciencia y la fe de la cual se gloriaba el apóstol, lo sostenían y lo capacitaban para soportar todas sus tribulaciones.

Vv. 5—10. La religión, si vale algo, lo vale todo; los que no tienen religión, o nada digno de tener, o no saben cómo valorarla, porque no pueden hallar en sus corazones una razón para sufrir por ella. No podemos merecer el cielo por todos nuestros sufrimientos más que por nuestros servicios, pero nuestra paciencia nos prepara para el gozo prometido para cuando estamos sometidos a sufrimientos. Nada marca con más fuerza al hombre para la ruina eterna que el espíritu de persecución y enemistad contra el nombre de Dios y su pueblo. Dios atribulará a los que atribulan a su pueblo. Hay un reposo para el pueblo de Dios: un reposo del pecado y de la tristeza. La certeza de la recompensa futura es probada por la justicia de Dios. Pensar en esto debe ser terrible para los impíos, pero sustenta al justo. La fe, mirando hacia ese gran día, es capacitada parcialmente para entender el libro de la providencia, que parece confuso a los incrédulos. —El Señor Jesús se manifestará en aquel día desde el cielo. Vendrá en la gloria y en el poder del mundo de lo alto. Su luz será penetrante y su poder consumidor, para todos los que en aquel día sean contados como paja. Esta manifestación será terrible para los que no conocen a Dios, especialmente para los que se rebelan contra la revelación y no obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Este es el gran crimen de las multitudes, el evangelio es revelado y ellos no quieren creerlo, o si pretenden creer, no quieren obedecerlo. Está establecido que creer las verdades del evangelio es para obedecer sus preceptos. —Aunque los pecadores puedan ser tolerados por largo tiempo, al final serán castigados. Hicieron la obra del pecado, y deben recibir la paga del pecado. Aquí Dios castiga a los pecadores usando a las criaturas como instrumento, pero entonces habrá destrucción de parte del Todopoderoso; ¿y quién conoce el poder de su ira? —Será un día de gozo para algunos, para los santos, para los que creen y obedecen el evangelio. Cristo Jesús será glorificado y admirado *por* sus santos en ese día brillante y bendito. Cristo será glorificado y admirado *en* ellos. Su gracia y su poder serán demostrados cuando se manifieste lo que Él ha adquirido *para* los que creen en el Señor, y ha obrado *en* ellos y les ha otorgado *a* ellos. Señor, si la gloria dada a tus santos será admirada así, ¡cuánto más serás tú admirado, como el Dador de esa gloria! La gloria de tu justicia en la condenación de los malos será admirada, pero no como la gloria de tu misericordia en la salvación de los creyentes. ¡Cuánta admiración santa provocará esto a los ángeles adoradores, y transportará a tus santos admiradores con arrebató eterno! El creyente más vil disfrutará más de lo que pudiera imaginar el corazón más ensanchado mientras estemos aquí; Cristo será admirado en todos los que creen, sin exceptuar al creyente más vil.

Vv. 11, 12. Los pensamientos de fe y de expectativa de la segunda venida de Cristo deben llevarnos a orar más a Dios por nosotros y por el prójimo. Si hay algo bueno en nosotros se debe al buen placer de su bondad, y por tanto, se llama gracia. Hay muchos propósitos de gracia y buena voluntad en Dios para con su pueblo y el apóstol ora que Dios complete en ellos con poder la obra de la fe. Esta es que hagan toda buena obra. El poder de Dios no sólo comienza sino que ejecuta la obra de fe. Este es el gran fin y designio de la gracia de nuestro Dios y Señor Jesucristo, que nos es dada a conocer y que obra en nosotros.

CAPÍTULO II

Versículos 1—4. *Advertencias contra el error de que el tiempo de la venida de Cristo ya estaba muy cerca. Primero habrá una apostasía general de la fe, y la manifestación del hombre de*

pecado, el anticristo. 5—12. Su destrucción y la de los que le obedecen. 13—17. La seguridad de los tesalonicenses contra la apostasía; una exhortación a la constancia y oración por ellos.

Vv. 1—4. Si surgen errores entre los cristianos debemos corregirlos; y los hombres buenos tendrán cuidado para suprimir los errores que surgen de entender mal sus palabras y acciones. Tenemos un adversario astuto que está velando para hacer el mal y fomentar errores hasta por las palabras de la Escritura. Cualquiera sea la incertidumbre que tengamos o cualquiera sean los errores que surjan sobre el tiempo de la venida de Cristo, la venida misma es inminente. Esta ha sido la fe y la esperanza de todos los cristianos en todas las edades de la Iglesia; fue la fe y la esperanza de los santos del Antiguo Testamento. Todos los creyentes serán reunidos en Cristo para estar con Él y ser felices en su presencia para siempre. Debemos creer firmemente la segunda venida de Cristo, pero los tesalonicenses estaban ante el peligro de cuestionar la verdad o certeza de la cosa misma por estar equivocados en cuanto al tiempo. Las doctrinas falsas son como los vientos que mueven el agua de aquí para allá e inquietan la mentes de los hombres que son tan inestables como el agua. Basta con que nosotros sepamos que nuestro Señor vendrá y recogerá a todos sus santos a Él. —Se da una razón del por qué ellos no debían esperar la venida de Cristo como inmediata. Primero tendría que haber una gran caída, la que ocasionará el levantamiento del anticristo, el hombre de pecado. Ha habido grandes debates sobre quién o qué se entiende por este hombre de pecado e hijo de perdición. El hombre de pecado no sólo practica el pecado; también promueve y comanda el pecado y la maldad en los demás; es el hijo de perdición, porque está dedicado a destrucción cierta, y es el instrumento para destruir a muchos, de cuerpo y alma. Como Dios estuvo en el templo antiguo y allí lo adoraban, ahora está en su Iglesia y con ella; de la misma manera el anticristo aquí mencionado es un usurpador de la autoridad de Dios sobre la Iglesia cristiana, y reclama honores divinos.

Vv. 5—12. Algo estorba o retiene al hombre de pecado. Se suponía que fuera el poder del imperio romano, al que el apóstol no menciona claramente en esa época. La corrupción de la doctrina y la adoración entraron por grados, y la usurpación del poder fue gradual; así prevaleció el misterio de la iniquidad. La superstición y la idolatría fueron promovidas por una pretendida devoción y se fomentaron el fanatismo y la persecución por el pretendido celo por Dios y su gloria. Entonces el misterio de iniquidad sólo estaba empezando; cuando aun vivían los apóstoles, hubo personas que pretendían celo por Cristo, pero realmente se le oponían. —La caída o ruina del estado anticristiano está declarada. La pura palabra de Dios, con el Espíritu de Dios, denunciará a este misterio de la iniquidad, y en su debido momento, será destruido por el resplandor de la venida de Cristo. —Se falsifican señales y prodigios, visiones y milagros, pero son señales falsas que sustentan doctrinas falsas; hacen prodigios mentirosos o sólo milagros simulados para engañar a la gente; son notorias las obras diabólicas que el estado anticristiano ha estado sustentando. —Se describe a las personas que son sus súbditos voluntarios. El pecado de ellos es éste: no amaron la verdad, y por tanto, no la creyeron; se agradaron con nociones falsas. Dios los deja entregados a sí mismos, entonces sigue el pecado por cierto, y los juicios espirituales aquí, y los castigos eternos en el más allá. —Estas profecías han llegado a cumplirse, en gran medida, y confirman la verdad de las Escrituras. Este pasaje concuerda exactamente con el sistema del papado que prevalece en la iglesia romana, y bajo los papas romanos. Pero aunque el hijo de perdición haya sido revelado, aunque se haya opuesto y exaltado por encima de todo lo que se llama Dios, o que es adorado, haya hablado y actuado como si fuera un dios en la tierra, y haya proclamado su orgullo insolente, y respaldado sus ilusiones con milagros mentirosos y toda clase de fraudes, aún el Señor no lo ha destruido por completo con el fulgor de Su venida, porque aún quedan por cumplirse estas y otras profecías antes que llegue el final.

Vv. 13—15. Cuando oímos de la apostasía de muchos es gran consuelo y gozo que haya un remanente conforme a la elección de gracia que persevera y perseverará; debemos regocijarnos especialmente si tenemos razón para esperar estar en ese número. La preservación de los santos se debe a que Dios los ama con amor eterno desde el comienzo del mundo. El fin y los medios no

deben separarse. La fe y la santidad deben unirse así como la santidad y la felicidad. El llamamiento externo de Dios es por el evangelio; y este es hecho efectivo por la obra interior del Espíritu. La creencia en la verdad lleva al pecador a confiar en Cristo, y así a amarle y a obedecerle; están sellados por el Espíritu Santo sobre su corazón. No tenemos prueba cierta de que algo más haya sido entregado por los apóstoles fuera de lo que hallamos contenido en las Sagradas Escrituras. Aferrémonos firmemente a las doctrinas enseñadas por los apóstoles y rechazemos todos los agregados y las vanas tradiciones.

Vv. 16, 17. Podemos y debemos dirigir nuestras oraciones no sólo a Dios Padre por medio de nuestro Señor Jesucristo, sino también a nuestro Señor Jesucristo mismo. Debemos orar en su nombre a Dios, no sólo como su Padre sino como nuestro Padre en Él y por medio de Él. Manantial y fuente de todo el bien que tenemos o esperamos es el amor de Dios en Cristo Jesús. Hay buenas razones para grandes bendiciones, porque los santos tienen una buena esperanza por medio de la gracia. La gracia y la misericordia gratuita de Dios son lo que ellos esperan y en las que fundan sus esperanzas, y no algún valor o mérito propio de ellos. Mientras más placer tengamos en la palabra, las obras y los caminos de Dios, más probablemente seremos preservados en ellas, pero si vacilamos en la fe y si tenemos una mente que duda, vacilando y tropezando en nuestro deber, no es raro que seamos extraños a los gozes de la religión.

CAPÍTULO III

Versículos 1—5. *El apóstol expresa confianza en los tesalonicenses, y ora por ellos.* 6—15. *Les encarga que se aparten de los que andan desordenadamente, particularmente de los perezosos e intrusos.* 16—18. *Concluye con una oración por ellos, y un saludo.*

Vv. 1—5. Los que están muy alejados aún pueden reunirse ante el trono de la gracia; y los que no pueden hacer ni recibir ninguna otra bondad, de este modo pueden hacer y recibir una bondad real y muy grande. Los enemigos de la predicación del evangelio, y los perseguidores de los predicadores fieles son hombres impíos e irracionales. Muchos no creen el evangelio; y no es de maravillarse si no tienen quietud y muestran malicia en las acciones emprendidas para resistirlo. El mal del pecado es el mal más grande, pero hay otros males de los que debemos ser preservados, y se nos exhorta que dependamos de la gracia de Dios. Una vez que la promesa es hecha, su cumplimiento es seguro y cierto. —El apóstol tenía confianza en ellos, pero se funda en su confianza en Dios; porque de otro modo no hay confianza en el hombre. —Ora por ellos pidiendo bendiciones espirituales. Nuestro pecado y nuestra miseria es que depositamos nuestros afectos en los objetos equivocados. No hay verdadero amor de Dios sin fe en Jesucristo. Si por la gracia especial de Dios tenemos esa fe, que multitudes no tienen, debemos orar fervorosamente que seamos capacitados sin reservas para obedecer sus mandamientos y que el Señor Espíritu pueda dirigir nuestros corazones al amor de Dios y a la paciencia de Cristo.

Vv. 6—15. Los que han recibido el evangelio tienen que vivir en forma coherente con el evangelio. Los que pueden trabajar, y no lo hacen, no tienen que mantenerse ociosos. El cristianismo no debe tolerar la pereza que consume lo que puede dar ánimo al laborioso y para sustentar al enfermo y afligido. El trabajo en nuestra vocación de hombres es deber requerido por nuestro llamamiento cristiano. Pero algunos esperaban ser mantenidos en la ociosidad y se consentían un temperamento curioso y soberbio. Ellos se entrometían en las preocupaciones ajenas y hacían mucho daño. Gran error y abuso de la religión es hacerla manto de la pereza o de cualquier otro pecado. El siervo que espera la pronta llegada de su Señor, debe estar trabajando como manda su Señor. Si estamos ociosos, el diablo y el corazón corrupto pronto nos darán algo que hacer. La mente del hombre es dada a ocuparse; si no se la emplea en hacer el bien, estará haciendo el mal. — Es una unión excelente aunque rara la de estar activo en nuestro propio negocio, pero tranquilo en

cuanto al de otros. Si alguien rehusa trabajar con tranquilidad, se le tiene que censurar y separarlo de su compañía, pero se tiene que buscar su bien con amonestaciones hechas con amor. —El Señor está contigo mientras tú estés con Él. Mantén tu camino y sosténte hasta el final. Nunca debemos rendirnos ni cansarnos en nuestro trabajo. Habrá suficiente tiempo para reposar cuando llegemos al cielo.

Vv. 16—18. El apóstol ora por los tesalonicenses. Deseemos las mismas bendiciones para nosotros y para nuestros amigos. Paz con Dios. Se les desea esta paz siempre o en todo. Paz por todos los medios; en toda forma para que, al disfrutar de los medios de gracia, puedan usar todos los métodos para asegurar la paz. Para sentirnos seguros y felices no necesitamos, ni podemos desear algo mejor para nosotros y nuestros amigos, que tener por gracia la presencia de Dios con nosotros y con ellos. No importa dónde estemos si Dios está con nosotros; ni quien está ausente si Dios está presente. Por medio de la gracia de nuestro Señor Jesucristo esperamos tener paz con Dios y disfrutar de la presencia de Dios. Esta gracia es todo lo que nos hace felices; aunque la deseemos mucho para otras personas, es suficiente para nosotros.

PRIMERA DE TIMOTEO

El objetivo de esta epístola parece ser que, como Timoteo se quedó en Éfeso, San Pablo le escribió para darle instrucciones acerca de la elección de oficiales apropiados para la iglesia, y para el ejercicio del ministerio habitual. Además, para advertirle contra la influencia de los falsos maestros que corrompen la pureza y la sencillez del evangelio con distinciones sutiles y disputas interminables. Él le exhorta a tener un cuidado constante con la mayor diligencia, fidelidad y celo. Estos temas ocupan los cuatro primeros capítulos; el quinto instruye sobre grupos en particular; en la última parte, condena las polémicas y los debates, culpa al amor al dinero y exhorta al rico a las buenas obras.

CAPÍTULO I

Versículos 1—4. *El apóstol saluda a Timoteo.* 5—11. *La intención de la ley dada por Moisés.* 12—17. *De su propia conversión y llamamiento al apostolado.* 18—20. *La obligación de mantener la fe y la buena conciencia.*

Vv. 1—4. Jesucristo es la esperanza del cristiano; todas nuestras esperanzas de vida eterna están edificadas en Él; Cristo es en nosotros la esperanza de gloria. El apóstol parece haber sido el medio para la conversión de Timoteo, que sirvió con él en su ministerio como un hijo cumplido con un padre amante. —Lo que suscita interrogantes no es edificante; porque da ocasión a debates dudosos, demuele la iglesia en vez de edificarla. La santidad de corazón y vida puede mantenerse y aumentarse sólo por el ejercicio de la fe en la verdad y las promesas de Dios por medio de Jesucristo.

Vv. 5—11. Todo lo que tiende a debilitar el amor a Dios o el amor a los hermanos, tiende a

derrotar la finalidad del mandamiento. Se responde a la intencionalidad del evangelio cuando los pecadores, por el arrepentimiento para con Dios y la fe en Jesucristo, son llevados a ejercer el amor cristiano. La ley no está en contra de los creyentes que son personas justas en la forma establecida por Dios. Pero a menos que seamos hechos justos por la fe en Cristo, si no nos arrepentimos realmente y abandonamos el pecado, seguimos aún bajo la maldición de la ley, aun conforme al evangelio del bendito Dios, y somos ineptos para participar de la santa dicha del cielo.

Vv. 12—17. El apóstol sabía que hubiese perecido justamente si el Señor hubiera llegado al extremo para señalar lo que estaba mal; y si su gracia y misericordia, cuando estaba muerto en pecado, no hubiesen abundado para él obrando la fe y amor a Cristo en su corazón. Este es un dicho fiel; estas son palabras verdaderas y fieles en las cuales se puede confiar: que el Hijo de Dios vino al mundo, voluntaria e intencionalmente, a salvar pecadores. Nadie, con el ejemplo de Pablo ante sí, puede cuestionar el amor y el poder de Cristo para salvarle, si realmente desea confiarse a Él como Hijo de Dios, que murió una vez en la cruz, y que ahora reina en el trono de gloria, para salvar a todos los que vayan a Dios por medio de Él. Entonces, admiremos y alabemos la gracia de Dios nuestro Salvador; y por todo lo hecho en nosotros, por nosotros, y para nosotros, démosle la gloria al Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres Personas en la unidad de la Deidad.

Vv. 18—20. El ministerio es una guerra contra el pecado y contra Satanás, la cual es librada bajo el mando del Señor Jesús que es el Capitán de nuestra salvación. Las buenas esperanzas que otras personas hayan tenido de nosotros, deben instarnos a cumplir el deber. Seamos rectos en nuestra conducta en todas las cosas. La intención de las censuras más elevadas de la iglesia primitiva fue prevenir más el pecado y reclamar al pecador. Todos los que estén tentados a eliminar la buena conciencia y a abusar del evangelio, recuerden también que este fue el camino al naufragio en la fe.

CAPÍTULO II

Versículos 1—7. *Se debe orar por todas las personas, puesto que la gracia del evangelio no establece diferencias de rangos o posiciones.* 8—15. *Cómo deben comportarse hombres y mujeres en su vida religiosa y en la corriente.*

Vv. 1—7. Los discípulos de Cristo deben ser gente que ora; todos, sin distinguir nación, secta, rango o partido. Nuestro deber de cristianos está resumido en dos palabras: piedad, esto es, la adoración justa de Dios; y honestidad, esto es, buena conducta para con todos los hombres. Estas deben ir unidas; no somos verdaderamente honestos si no somos piadosos y no rendimos a Dios lo que le es debido; no somos verdaderamente piadosos si no somos honestos. Debemos abundar en lo que es aceptable ante los ojos de Dios nuestro Salvador. —Hay un solo Mediador y ese Mediador se dio como rescate por todos. Esta designación fue hecha para beneficio de los judíos y los gentiles de toda nación; para que todos los que lo quieran puedan ir por este camino al trono de la misericordia del Dios que perdona, a buscar reconciliación con Él. —El pecado había puesto enemistad entre Dios y nosotros; Jesucristo es el Mediador que hace la paz. Él es el rescate que iba a ser conocido en el tiempo establecido. En la época del Antiguo Testamento se habló de sus sufrimientos y de la gloria que seguiría, como de cosas que serían reveladas en los últimos tiempos. Los que son salvados deben llegar al conocimiento de la verdad, porque ese es el camino designado por Dios para salvar pecadores: si no conocemos la verdad no podemos ser gobernados por ella.

Vv. 8—15. En los tiempos del evangelio la oración no debe limitarse a una casa de oración en particular, pero los hombres deben orar en todas partes. —Debemos orar en nuestros cuartos, orar en nuestras familias, orar cuando comemos, orar cuando viajamos, y orar en las asambleas solemnes, sean públicas o privadas. Debemos orar con amor; sin ira ni contienda, sin enojo con

nadie. Debemos orar con fe, sin dudar y sin debatir. —Las mujeres que profesan la religión cristiana deben ser modestas para vestirse, sin demostrar un estilo inadecuadamente elegante u ostentoso o de alto costo. Las buenas obras son el mejor adorno, porque según el criterio de Dios, son de elevado precio. La modestia y la limpieza deben tomarse más en cuenta que la elegancia y la moda en cuanto a la ropa. Sería bueno que las que profesan una piedad seria estén totalmente libres de vanidad para vestirse. Deben gastar más tiempo y dinero en socorrer al pobre y al angustiado que en adornarse ellas mismas y sus hijos. Hacer esto en una forma inadecuada para su rango en la vida, y su profesión de piedad, es pecaminoso. Estas no son fruslerías, sino mandatos divinos. Los mejores adornos para quienes profesan la piedad son las buenas obras. —Según San Pablo no se permite que las mujeres enseñen públicamente en la iglesia, porque enseñar es un oficio de autoridad. Pero las buenas mujeres pueden y deben enseñar los principios de la religión verdadera a sus hijos en casa. Además, las mujeres no deben pensar que están excusadas de aprender lo necesario para la salvación, aunque no deben usurpar la autoridad. Como la mujer fue última en la creación, que es una razón para su sumisión, también fue primera en la transgresión. Pero aquí hay una palabra de consuelo; que las que permanezcan en modestia serán salvas al tener hijos, o con tener hijos, por el Mesías que nació de una mujer. La tristeza especial a que está sometido el sexo femenino, debe hacer que los hombres ejerzan su autoridad con mucha gentileza, ternura y afecto.

CAPÍTULO III

Versículos 1—7. *Las cualidades y la conducta de los obispos del evangelio.* 8—13. *De los diáconos y sus esposas.* 14—16. *La razón para escribir sobre estos y otros asuntos de la iglesia.*

Vv. 1—7. Si un hombre desea el oficio pastoral, y por amor a Cristo y a los hombres, está dispuesto a negarse a sí mismo, y pasar privaciones para dedicarse a ese servicio, debiera tratar de dedicarse a la buena obra, y su deseo debe ser aprobado, siempre y cuando estuviera preparado para el oficio. El ministro debe dar tan poca ocasión para ser culpado, para que su oficio no sufra reproche. Debe ser sobrio, prudente, decoroso en todos sus actos, y en el uso de todas las bendiciones terrenales. La sobriedad y la vigilancia van juntas en la Escritura, porque se asisten una a la otra. Las familias de los ministros deben ser ejemplos del bien para todas las demás familias. Debemos cuidarnos del orgullo; es un pecado que volvió en diablos a los ángeles. Debe tener buena reputación entre sus vecinos, y ser irreprochable en su vida anterior. —Para estimular a todos los ministros fieles tenemos la gracia de la promesa de Cristo: He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo, Mateo xxviii, 20. Él equipará a sus ministros para su obra y los hará pasar en medio de las dificultades con consuelo y recompensará su fidelidad.

Vv. 8—13. Los diáconos fueron primeramente nombrados para distribuir la caridad de la iglesia y administrar sus intereses, aunque había entre ellos pastores y evangelistas. Los diáconos tenían el encargo de una tarea importante. Deben ser hombres serios, responsables, prudentes. No es bueno que la confianza pública sea depositada en las manos de cualquiera hasta que sean hallados aptos para el negocio que se les confiará. —Todos los emparentados con los ministros deben poner gran cuidado de andar como corresponde al evangelio de Cristo.

Vv. 14—16. La iglesia es la casa de Dios, Él habita ahí. La iglesia sostiene la Escritura y la doctrina de Cristo como una columna sostiene una proclama. Cuando la iglesia deja de ser columna y baluarte de la verdad, podemos y debemos abandonarla, porque nuestra consideración por la verdad debe estar primero y ser muy grande. El misterio de la piedad es Cristo. Él es Dios que fue hecho carne y fue manifestado en carne. Agradó a Dios manifestarse a los hombres por su propio Hijo que tomó la naturaleza humana. Aunque reprochado como pecador y se dio la muerte de un malhechor, Cristo resucitó por el Espíritu, y así fue justificado de todas las acusaciones falsas con que fue cargado. Los ángeles le atendieron, porque Él es el Señor de los ángeles. Los gentiles

acogieron bien el evangelio que los judíos rechazaron. Recordemos que Dios fue manifiesto en carne para quitar nuestros pecados, para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo peculiar, celoso de buenas obras. Estas doctrinas deben ser exhibidas por el fruto del Espíritu en nuestras vidas.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—5. *De los desvíos de la fe que ya empezaban a surgir.* 6—16. *Varias instrucciones con los motivos para el cumplimiento de los deberes.*

Vv. 1—5. En el Antiguo Testamento y en el Nuevo el Espíritu Santo habló de una apostasía general de la fe en Cristo y de la pura adoración de Dios. Esto debería ocurrir durante la dispensación cristiana, porque es llamada los postreros tiempos. Los falsos maestros prohíben por malo lo que Dios ha permitido, y mandan como deber lo que Él dejó como indiferente. Encontramos ocasión para el ejercicio de la vigilancia y la negación de sí al atender los requisitos de la ley de Dios, sin ser cargados con deberes imaginarios que rechazan lo que Él ha permitido. Pero nada justifica el uso inmoderado o impropio de las cosas, y nada será bueno para nosotros a menos que pidamos orando la bendición del Señor para esas cosas.

Vv. 6—10. Poco aprovechan los actos externos de abnegación. ¿De qué nos servirá mortificar el cuerpo si no mortificamos el pecado? No puede servir de gran cosa la diligencia aplicada a las cosas puramente exteriores. El provecho de la piedad radica en gran parte en la promesa; y las promesas para la gente piadosa se relacionan parcialmente con la vida presente, pero especialmente, con la vida venidera: aunque perdamos *por* Cristo, no perderemos *para* Él. Si Cristo es el Salvador de todos los hombres, entonces será, mucho más quien recompensa de quienes le buscan y sirven; Él proveerá bien para quienes Él haya hecho nuevas criaturas.

Vv. 11—16. No debe despreciarse la juventud de los hombres si ellos se abstienen de vanidades y necesidades. Los que enseñan por su doctrina deben enseñar por su vida. El discurso de ellos debe ser edificante; la conversación de ellos debe ser santa; deben ser ejemplo de amor a Dios y a todos los hombres buenos, ejemplo de mentalidad espiritual. Los ministros deben ocuparse de esas cosas como obra y tarea principal de ellos. Por estos medios se manifestará su provecho en todas las cosas y a todas las personas; esta es la forma de ganar conocimiento y gracia, y de ganar también a otros. —La doctrina de un ministro de Cristo debe ser conforme a las Escrituras, clara, evangélica y práctica; bien expresada, explicada, defendida y aplicada. Pero estos deberes no permiten tiempo libre para los placeres mundanos, las visitas vanas o la conversación ociosa, y muy poco, si lo hubiera, para lo que es pura diversión y solo ornamental. Todo creyente debe ser capacitado para que su provecho sea evidente a todos los hombres; que procure experimentar el poder del evangelio en su alma y dar su fruto en su vida.

CAPÍTULO V

Versículos 1, 2. *Instrucciones acerca de los hombres y mujeres ancianos y de los más jóvenes.* 3—8. *Las viudas pobres.* 9—16. *Acerca de las viudas.* 17—25. *El respeto que debe darse a los ancianos.—Timoteo tiene que cuidar de reprender a los ofensores, de ordenar ministros y de su propia salud.*

Vv. 1, 2. Se debe respeto a la dignidad de los años y la posición. El más joven, si estuviera en falta,

debe ser reprendido, no con el deseo de hallarle faltas, sino con la disposición a hacer lo mejor de ellos. Se necesita mucha mansedumbre y cuidado para reprender a los que merecen reproche.

Vv. 3—8. Honrar a las viudas que son indudablemente viudas, socorrerlas y sustentarlas. Deber de los hijos es hacer lo más que puedan cuando sus padres están en necesidad, y ellos pueden ayudarles. La viudez es un estado solitario; pero que las viudas confíen en el Señor y continúen orando. Todos los que viven en los placeres están muertos mientras viven, muertos espiritualmente, muertos en delitos y pecados. ¡Ay, qué cantidades de cristianos solo de nombre encajan en esta descripción, aun en el último tiempo de su vida! —Si los hombres o mujeres no mantienen a sus parientes pobres, efectivamente niegan la fe. Si gastan en sus concupiscencias y placeres lo que debiera sustentar a sus familiares, han negado la fe y son peores que los infieles. Si los que profesan el evangelio dan lugar a cualquier conducta o principio corruptos, son peores que los que confiesan no creer las doctrinas de la gracia.

Vv. 9—16. Todo aquel que sea puesto en un oficio de la iglesia debe estar libre de justa censura; y muchos que son objetos apropiados de caridad, pero no debieran ser empleados en los servicios públicos. Los que hallan misericordia cuando están angustiados, deben mostrar misericordia cuando están en prosperidad; los que muestran la mayor disposición para toda buena obra, son los que más probablemente sean fieles en todo lo que se les encargue. —Los ociosos muy raramente son sólo ociosos; hacen mal a su prójimo y siembran la discordia entre los hermanos. A todos los creyentes se les pide que alivien a quienes pertenecen a su familia y están necesitados, para que no se impida que la iglesia alivie a los que están verdaderamente pobres y sin amigos.

Vv. 17—25. Debe ponerse cuidado en el sustento de los ministros. Los que laboran en esta obra son dignos de doble honra y estima. Es lo que les corresponde, como la recompensa a un trabajador. —El apóstol encarga solemnemente a Timoteo que se resguarde de la parcialidad. Necesitamos velar todo el tiempo para no participar en los pecados de los demás hombres. Consérvate puro, no sólo de hacer lo que te gusta, sino de considerarlo o, de alguna manera, ayudar a los demás a hacerlo. —El apóstol encarga también a Timoteo que cuide su salud. Como no tenemos que hacer del cuerpo nuestro amo, tampoco debemos hacerlo nuestro esclavo, sino usarlo de modo que nos sea muy útil al servicio de Dios. Hay pecados secretos y pecados manifiestos: los pecados de algunos hombres se dan a conocer de antemano, y van a juicio; otros, vendrán después. Dios sacará a la luz las cosas ocultas de las tinieblas y dará a conocer los consejos de todos los corazones. —Teniendo en cuenta el venidero día del juicio, todos debemos atender a nuestro oficio en forma apropiada, sean altos o bajos, teniendo en cuenta que el nombre y la doctrina de Dios no sean blasfemados por culpa de nosotros.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—5. *El deber de los cristianos hacia sus amos sean creyentes o no.* 6—10. *La ventaja de la piedad con contentamiento.* 11—16. *El solemne encargo a Timoteo para que sea fiel.* 17—21. *El apóstol repite su advertencia al rico y termina con una bendición.*

Vv. 1—5. Los cristianos no tenían que suponer que el conocimiento religioso o los privilegios cristianos les daban derecho a despreciar a los amos paganos o a desobedecer las órdenes lícitas o a exponer sus faltas a los demás. Los que disfrutaban el privilegio de vivir con amos creyentes, no debían dejar el respeto y la reverencia debidos porque fuesen iguales en los privilegios religiosos; más bien debían servir con doble diligencia y alegría por su fe en Cristo y como partícipes de su salvación gratuita. —No tenemos que reconocer como íntegras otras palabras sino las de nuestro Señor Jesucristo; a estas debemos dar consentimiento sincero. Habitualmente los que menos saben son los más orgullosos, porque no se conocen a sí mismos. De ahí vienen la envidia, la discordia,

los improperios, las malas sospechas, las disputas sobre sutilezas y cosas nada claras, entre los hombres de mentes carnales corruptas, ignorantes de la verdad y de su poder santificador, y que procuran una ventaja mundana.

Vv. 6—10. Aquellos que hacen del cristianismo un comercio para servir sus intereses en este mundo, se desengañarán pero los que lo consideran como su vocación, hallarán que tiene la promesa de la vida presente, y de la venidera. El piadoso ciertamente será feliz en el otro mundo; y tiene suficiente si está contento con su condición en este mundo; toda la gente verdaderamente piadosa está contenta. Cuando estemos en los apremios más grandes, no podemos estar más pobres que cuando vinimos a este mundo; un sudario, un ataúd, y una tumba, es todo lo que puede tener el hombre más rico del mundo con toda su riqueza. Si la naturaleza se contenta con poco, la gracia debe contentarse con menos. Las cosas necesarias de la vida limitan los deseos del cristiano verdadero, y con ellas debe contentarse. —Aquí vemos el mal de la codicia. No se dice que *son* ricos, sino los que *quieren* enriquecerse, los que depositan su felicidad en la riqueza y están ansiosos y decididos a obtenerla. Los que son así dan a Satanás la oportunidad para tentarlos, guiándolos a usar medios deshonestos y malas costumbres para aumentar sus ganancias. Además, los guía a tantas ocupaciones y a tal prisa de los negocios que no dejan tiempo ni inclinación para la religión espiritual; los guía a conexiones que los llevan al pecado y la necedad. ¡A qué pecados son llevados los hombres por amor al dinero! La gente puede tener dinero y no amarlo, pero si lo aman esto los empujará a todo mal. Toda clase de iniquidad y vicio, de una u otra forma, nacen del amor al dinero. No podemos mirar alrededor sin notar muchas pruebas de esto, especialmente en una época de prosperidad material, grandes gastos y profesión relajada.

Vv. 11—16. No conviene a los hombres, en especial a los hombres de Dios, poner el corazón en las cosas de este mundo; los hombres de Dios deben sentirse transportados con las cosas de Dios. Debe tener un conflicto con la corrupción, con las tentaciones y con las potestades de las tinieblas. La vida eterna es la corona propuesta para estimularnos. Somos llamados a aferrarnos a eso. — Debe señalarse especialmente al rico cuáles son los peligros y deberes relacionados con el uso apropiado de la riqueza, pero ¿quién puede tener esta clase de encargo sin estar, él mismo, por encima del amor a las cosas que puede comprar la riqueza? —La manifestación de Cristo es segura pero no nos corresponde saber la fecha. Los ojos mortales no toleran el resplandor de la gloria divina. Nadie puede acercarse a Él a menos que se dé a conocer a los pecadores en Cristo y por medio de Cristo. La Deidad es adorada aquí sin distinción de Personas, porque todas las cosas se dicen apropiadamente del Padre, del Hijo o del Espíritu Santo. Dios nos es revelado sólo en la naturaleza humana de Cristo y a través de ella, como el Unigénito Hijo del Padre.

Vv. 17—21. Ser rico en este mundo es totalmente diferente de ser rico para con Dios. Nada es más incierto que la riqueza mundanal. Los ricos deben entender que Dios les da sus riquezas y que Él puede darlas sólo para disfrutarlas ricamente; porque muchos tienen riquezas pero las disfrutan malamente, por no tener corazón para usarlas. ¿Cuál es el mejor valor de la fortuna aparte de dar la oportunidad de hacer el bien mayor? Mostrando fe en Cristo por los frutos del amor, echemos mano de la vida eterna, cuando el descuidado, el codicioso y el impío alzan sus ojos en los tormentos. El conocimiento que se opone a la verdad del evangelio no es ciencia verdadera ni conocimiento real, o de serlo, aprobaría el evangelio y le daría su asentimiento. Los que ponen la razón por encima de la fe, corren el peligro de dejar la fe. La gracia incluye todo lo que es bueno, y la gracia es una primicia, un comienzo de la gloria; dondequiera que Dios dé gracia, dará gloria.

SEGUNDA DE TIMOTEO

La primera intención de esta epístola parece haber sido advertir a Timoteo de lo que había ocurrido durante el encarcelamiento del apóstol y pedirle que fuera a Roma, pero como Pablo no estaba seguro que le dejaran vivir para verlo, le da una variedad de consejos y exhortaciones para el fiel desempeño de sus deberes ministeriales. Como esta era una carta privada escrita al amigo más íntimo de San Pablo, sometido a las miserias de la cárcel, y con la cercana perspectiva de la muerte, muestra el temperamento y el carácter del apóstol, y contiene pruebas convincentes de que él creía sinceramente las doctrinas que predicaba.

CAPÍTULO I

Versículos 1—5. *Pablo expresa gran afecto a Timoteo.* 6—14. *Le exhorta a aprovechar sus dones espirituales.* 15—18. *Le habla de muchos que le abandonaron vilmente, pero habla con afecto de Onesíforo.*

Vv. 1—5. La promesa de la vida eterna a los creyentes en Cristo Jesús es el tema principal de los ministros que están empleados conforme a la voluntad de Dios. Las bendiciones aquí nombradas son lo mejor que podemos pedir para nuestros amados amigos, que tengan paz con Dios Padre y nuestro Señor Jesucristo. Dios debe tener la gloria cualquiera sea el bien que hagamos. Los creyentes verdaderos tienen la misma religión como sustancia en toda época. La fe de ellos no es fingida; soporta la prueba y habita en ellos como principio vivo. —De manera que, las mujeres piadosas pueden animarse por el éxito de Loida y Eunice con Timoteo, que resultó ser tan excelente y útil como ministro. Algunos de los ministros más dignos y valiosos con que ha sido favorecida la Iglesia de Cristo, han tenido que bendecir a Dios por las tempranas impresiones religiosas hechas en sus mentes por medio de la enseñanza de sus madres u otras parientas.

Vv. 6—14. Dios no nos ha dado espíritu de temor, sino de poder, de amor y de dominio propio para enfrentar dificultades y peligros; el espíritu de amor a Él que nos hará vencer la oposición. El espíritu de una mente sabia, de la tranquilidad mental. El Espíritu Santo no es el autor de una disposición tímida o cobarde ni de temores esclavizantes. —Es probable que tengamos que sufrir aflicciones cuando tengamos el poder y la fuerza de Dios que nos capaciten para soportarlas. Como es habitual en Pablo, cuando menciona a Cristo y su redención, se explaya al respecto, tan pleno estaba de lo que es toda nuestra salvación y que debiera ser todo nuestro deseo. El llamamiento del evangelio es un llamado santo, que santifica. La salvación es por la libre gracia. Se dice que esta nos es dada desde antes de la fundación del mundo, esto es, en el propósito de Dios desde toda la eternidad; en Cristo Jesús, porque todos los dones que vienen de Dios para el hombre pecador, vienen en Jesucristo y a través de Él solo. Como hay una perspectiva tan clara de la dicha eterna por la fe en Aquel que es la Resurrección y la Vida, pongamos más diligencia en asegurar su salvación para nuestras almas. —Los que echan mano del evangelio no tienen que avergonzarse, la causa los librarán, pero los que se oponen a éste serán avergonzados. El apóstol había encomendado su vida, su alma y sus intereses eternos al Señor Jesús. Nadie más podría liberar y asegurar su alma por medio de las pruebas de la vida y de la muerte. Viene el día en que nuestras almas serán interrogadas. A ti se te encargó un alma, ¿cómo la ocupaste? ¿al servicio del pecado o al servicio de Cristo? La esperanza del cristiano verdadero de menor estatura descansa sobre el mismo fundamento que la del gran apóstol. También aprendió el valor y el riesgo de su alma; también creyó en Cristo; el cambio

obrado en su alma, convence al creyente que el Señor Jesús le guardará para su reino celestial. — Pablo exhorta a Timoteo a que se aferre firme de las Sagradas Escrituras, a la sustancia de la sólida verdad del evangelio en ellas. No basta con asentir a las sabias palabras; hay que amarlas. —La doctrina cristiana es un encargo que se nos ha entregado; tiene valor indecible en sí misma y nos será de ventaja indecible. Se nos ha encargado para ser preservado puro y completo, pero no debemos pensar en mantenerlo por nuestra propia fuerza, sino por el poder del Espíritu Santo que habita en nosotros; y no será ganado por los que confían en sus propios corazones y se inclinan a sus propios entendimientos.

Vv. 15—18. El apóstol menciona la constancia de Onesíforo, a menudo refrescado con sus cartas, consejos, y consuelos, y no se avergüenza de él. Un hombre bueno procurará hacer el bien. —El día de la muerte y del juicio es un día temible. Si deseamos tener misericordia, entonces debemos buscarla ahora del Señor. Lo mejor que podemos pedir, para nosotros y para nuestros amigos, es que el Señor conceda que nosotros y ellos podamos hallar misericordia del Señor, cuando seamos llamados a pasar del tiempo a la eternidad y a comparecer al juicio de Cristo.

CAPÍTULO II

Versículos 1—7. *El apóstol exhorta a Timoteo a que persevere con diligencia, como un soldado, un atleta y un labrador.* 8—13. *Le estimula con la seguridad de un final feliz para su fidelidad.* 14—21. *Advertencia para evitar las vanas palabrerías y los errores peligrosos.* 22—26. *Encargo para huir de las pasiones juveniles y ministrar con celo contra el error, pero con espíritu manso.*

Vv. 1—7. A medida que crecen nuestras pruebas necesitamos fortalecernos más en lo que es bueno; nuestra fe, más fuerte; nuestra resolución, más fuerte; nuestro amor a Dios y Cristo, más fuerte. Esto en oposición a que seamos más fuertes según nuestro propio poder. —Todos los cristianos, pero especialmente los ministros, deben ser fieles a su Capitán, y resueltos en su causa. El gran afán del cristiano debe ser agradar a Cristo. Tenemos que esforzarnos para dominar nuestras concupiscencias y corrupciones, pero no podemos esperar el premio si no observamos las leyes. Debemos poner cuidado en hacer el bien de manera correcta, para que no se hable mal del bien que hacemos. Algunos que son activos, desperdician su celo en las formas externas y en disputas dudosas. Pero los que luchan lícitamente serán coronados al final. Si deseamos participar de los frutos, debemos trabajar primero; si deseamos ganar el premio debemos correr la carrera. Debemos hacer la voluntad de Dios antes de recibir lo prometido, para lo cual necesitamos paciencia. Junto con nuestras oraciones por el prójimo, para que el Señor les dé entendimiento en todo, debemos estimularlos y exhortarles que consideren lo que oyen o leen.

Vv. 8—13. Que los santos que sufren se acuerden y miren a Jesús, el Autor y Consumador de su fe, que por el gozo que le fue puesto delante, soportó la cruz, menospreció la vergüenza, y ahora está sentado a la diestra del trono de Dios. No debe extrañarnos que los mejores hombres se enfrenten al peor de los tratos; pero esto causa regocijo, porque la palabra de Dios no está atada. Aquí vemos la causa real y verdadera de que el apóstol sufriera aflicciones por amor del evangelio. Si estamos muertos a este mundo, a sus placeres, sus beneficios y sus honores, estaremos por siempre con Cristo en un mundo mejor. Él es fiel a sus advertencias y fiel a sus promesas. Esta verdad asegura la condenación del incrédulo y la salvación del creyente.

Vv. 14—21. Los que están dispuestos a esforzarse suelen hacerlo por cosas de poca monta. Pero las disputas de palabras destruyen las cosas de Dios. El apóstol menciona a algunos que erraron. No negaron la resurrección, pero corrompieron la doctrina verdadera. Pero nada puede ser más necio o erróneo, porque trastorna la fe temporal de algunos profesantes. Este fundamento tiene dos cosas

escritas en él. Una habla de nuestro consuelo. Nada puede derribar la fe de alguien a quien Dios escogió. El otro habla de nuestro deber. Los que deseen tener el consuelo del privilegio deben tomar conciencia del deber. —Cristo se dio por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, Tito ii, 14. La Iglesia de Cristo es como una habitación: algo del mobiliario es de gran valor; otro, de poco valor, y dedicado a usos más viles. Algunos que profesan la religión son como vasos de madera y barro. Cuando los vasos de deshonra sean tirados para ser destruidos, los otros serán llenos de toda la plenitud de Dios. Debemos ocuparnos de que seamos vasos santos. A cada cual a quien apruebe Dios de la Iglesia será dedicado al servicio de su Maestro, y de este modo será equipado para su uso.

Vv. 22—26. Mientras más sigamos lo que es bueno, más rápido y más lejos huiremos de lo malo. Mantener la comunión de los santos nos sacará de la comunión con las obras infructuosas de las tinieblas. Nótese cuán a menudo el apóstol advierte contra los debates en la religión; lo cual demuestra con seguridad que la religión consiste más en creer y practicar lo que Dios requiere que en disputas sutiles. Son ineptos para enseñar los que son dados a esforzarse, y son fieros y osados. Enseñanza, no persecución, tal es el método de las Escrituras para tratar a los que están en error. — El mismo Dios que da la revelación de la verdad, por su gracia nos lleva a reconocerlo, de lo contrario nuestros corazones seguirían rebelándose contra ello. No existe el “por si acaso” en cuanto a que Dios perdone a los que se arrepienten, pero no podemos decir que dará arrepentimiento a los que se oponen a su voluntad. — Los pecadores son metidos en una trampa, y en la peor trampa, porque es del diablo; ellos son sus esclavos. Si alguno anhela liberación, que recuerde que no puede escapar excepto por arrepentimiento, que es la dádiva de Dios; que debemos pedirlo a Él con oración fervorosa y perseverante.

CAPÍTULO III

Versículos 1—9. *El apóstol predice la aparición de peligrosos enemigos del evangelio.* 10—13. *Propone su propio ejemplo a Timoteo.* 14—17. *Le exhorta a que siga las doctrinas aprendidas de las Sagradas Escrituras.*

Vv. 1—9. Aun en la época del evangelio habría tiempos peligrosos a causa de persecuciones desde afuera, más aun por las corrupciones internas. A los hombres les gusta acceder a sus propias concupiscencias más que complacer a Dios y cumplir su deber. Cuando todo hombre anhela lo que puede obtener y ansía conservar lo que tiene, esto hace que los hombres sean peligrosos, los unos para los otros. Cuando los hombres no temen a Dios, no consideran al hombre. Cuando los hijos son desobedientes con sus padres, esto hace que los tiempos sean peligrosos. Los hombres son impíos y sin temor de Dios porque son ingratos ante las misericordias de Dios. Abusamos de las dádivas de Dios si las hacemos alimento y combustible de nuestras concupiscencias. Los tiempos también son peligrosos cuando los padres carecen de afecto natural por sus hijos. Cuando los hombres no mandan sus propios espíritus sólo desprecian lo bueno y honroso. Dios tiene que ser amado por encima de todo, pero la mente carnal, llena de enemistad contra Él, prefiere cualquier cosa antes que a Él, especialmente al placer carnal. Una forma de piedad es muy diferente del poder; los cristianos deben alejarse de los que son hallados hipócritas. Tales personas se han encontrado dentro de la iglesia externa, en todo lugar y en todos los tiempos. — Siempre ha habido hombres astutos que, con pretensiones y halagos, se infiltran en el favor y la confianza de los que son demasiado crédulos, ignorantes y fantasiosos. Todos debemos estar siempre aprendiendo a conocer al Señor, pero estos siguen cualquier noción nueva, pero nunca buscan la verdad como es en Jesús. Como los magos egipcios, estos eran hombres de mentes corrompidas, prejuiciados contra la verdad, y carecen de fe. Pero aunque el espíritu de error pueda estar libre por un tiempo, Satanás no puede engañar a las naciones e iglesias más allá de lo que Dios permite.

Vv. 10—13. Mientras mejor conozcamos la doctrina de Cristo, enseñada por los apóstoles, más íntimamente nos aferraremos a ella. Cuando conocemos sólo en parte las aflicciones de los creyentes, eso nos tienta a que declinemos la causa por la cual ellos sufren. Suele permitirse una forma de piedad, una profesión de fe cristiana, sin una vida santa, mientras la profesión sincera de la verdad como es en Jesús y la atención resuelta a los deberes de la piedad, provocan la burla y la enemistad del mundo. Así como los hombres buenos van mejorando, por la gracia de Dios, así los hombres malos van empeorando por la astucia de Satanás y el poder de sus propias corrupciones. El camino del pecado va cuesta abajo; los tales van de mal en peor, engañándose y siendo engañados. Los que engañan a otros, se engañan a sí mismos, como lo descubrirán al final a sus expensas. La historia de la iglesia externa, muestra en forma sobrecogedora que el apóstol dijo esto siendo movido por el Espíritu Santo.

Vv. 14—17. Los que deseen aprender las cosas de Dios y estar seguros de ellas, deben conocer las Sagradas Escrituras, porque son la revelación divina. La edad de los niños es época de aprendizaje; y los que van a aprender de verdad, deben aprender de las Escrituras, las cuales no deben estar a nuestro lado olvidadas, o leídas raramente o nunca. La Biblia es una guía segura a la vida eterna. Los profetas y los apóstoles no hablaban por sí mismos, sino que entregaban lo que recibían de Dios, 2 Pedro i, 21. —Es provechoso para todos los propósitos de la vida cristiana. Es útil para todos, porque todos necesitan ser enseñados, corregidos y reprendidos. Hay algo en las Escrituras apto para cada caso. ¡Oh, que podamos amar más nuestras Biblias y mantenernos más cerca de ellas! Entonces hallaremos provecho, y por último, por fe en nuestro Señor Jesucristo obtendremos la felicidad ahí prometida, que es el tema principal de ambos Testamentos. Nos oponemos mejor al error fomentando el conocimiento firme de la palabra de verdad; el bien más grande que podemos hacer a los hijos es darles a conocer la Biblia a temprana edad.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—5. *El apóstol encarga solemnemente a Timoteo que sea diligente, aunque muchos no soportarán la sana doctrina.* 6—8. *Enfatiza el encargo aludiendo a su martirio ya cercano.* 9—13. *Desea que él venga pronto.* 14—18. *Advierte, y se queja de los que le abandonaron; y expresa su fe en cuanto a su propia preservación para el reino celestial.* 19—22. *Saludos amistosos y su bendición de costumbre.*

Vv. 1—5. La gente se alejará de la verdad, se cansarán del claro evangelio de Cristo, desearán las fábulas y se complacerán en ellas. La gente hace eso cuando no soporta la predicación penetrante, sencilla y que va al grano. Los que aman las almas deben estar siempre alertas, arriesgarse, soportar todos los efectos dolorosos de su fidelidad, y aprovechar todas las oportunidades para dar a conocer el puro evangelio.

Vv. 6—8. La sangre de los mártires, aunque no era un sacrificio expiatorio, sin embargo, fue un sacrificio de reconocimiento de la gracia de Dios y de su verdad. La muerte para el hombre bueno es su liberación de la prisión de este mundo, y su partida a disfrutar del otro mundo. Como cristiano y ministro, Pablo había guardado la fe, sostenido con firmeza las doctrinas del evangelio. ¡Qué consuelo es poder hablar de esta manera al fin de nuestros días! La corona de los creyentes es una corona de justicia adquirida por la justicia de Cristo. Los creyentes no la tienen actualmente, pero es segura porque está puesta para ellos. El creyente, en medio de la pobreza, el dolor, la enfermedad y las agonías de la muerte, puede regocijarse; pero si un hombre descuida los deberes de su cargo y lugar, se oscurece la prueba de su interés en Cristo, y se puede esperar que la incertidumbre y la angustia oscurezcan y asedien sus últimas horas.

Vv. 9—13. El amor a este mundo suele ser la causa para apostatar de las verdades y caminos de

Jesucristo. —Pablo fue guiado por inspiración divina, pero él tenía sus libros. Debemos seguir aprendiendo mientras vivamos. Los apóstoles no descuidaron los medios humanos al procurar las necesidades de la vida o su propia instrucción. Agradecemos a la bondad divina por habernos dado tantos escritos de hombres sabios y piadosos de todas las épocas; y procuremos que sea nuestro el provecho de su lectura y ello se haga evidente para todos.

Vv. 14—18. Hay tanto peligro de parte de los hermanos falsos, como de los enemigos declarados. Peligroso es tener que ver con los enemigos de un hombre como Pablo. Los cristianos de Roma fueron a encontrarle, Hechos xxviii, pero todos lo abandonaron cuando pareció que había peligro de sufrir con él; entonces. Dios pudo justamente enojarse con ellos, pero él oró a Dios que los perdonara. El apóstol fue librado de las fauces del león, esto es, de Nerón o de algunos de sus jueces. Si el Señor está por nosotros, nos fortalecerá en las dificultades y los peligros, y su presencia suplirá con creces la ausencia de cada uno y de todos.

Vv. 19—22. Para ser felices no necesitamos más que tener al Señor Jesucristo con nuestro espíritu, porque en Él se resumen todas las bendiciones espirituales. La mejor oración que podemos ofrecer por nuestros amigos es que el Señor Jesucristo esté con sus espíritus que los santifique y los salve, y que al final los reciba junto a Él. Muchos que creyeron, como Pablo, están ahora ante el trono, dando gloria a su Señor: seamos sus seguidores.

TITO

Esta epístola contiene principalmente instrucciones para Tito acerca de los ancianos de la Iglesia y la manera de instruir; la última parte le dice que exhorte que se obedezca a los magistrados, que enfatice las buenas obras, evite las preguntas necias y prohíba las herejías. Las instrucciones que da el apóstol son todas evidentes y claras. La religión cristiana no fue formada para responder a puntos de vista egoístas o mundanos; es sabiduría de Dios y poder de Dios.

CAPÍTULO I

Versículos 1—4. *El apóstol saluda a Tito.* 5—9. *Las calificaciones de un pastor fiel.* 10—16. *El temperamento y las costumbres malas de los falsos maestros.*

Vv. 1—4. Son siervos de Dios todos los que no son siervos del pecado y de Satanás. Toda la verdad del evangelio es conforme a la piedad, y enseña el temor de Dios. La intención del evangelio es producir esperanza y fe; sacar la mente y el corazón del mundo y elevarlos al cielo y a las cosas de lo alto. ¡Cuán excelente es, entonces, el evangelio que desde los primeros tiempos fue el tema de la promesa divina y cuánta gratitud le debemos por nuestros privilegios! La fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios; y quien sea así llamado, debe predicar la palabra. —La gracia es el favor gratuito de Dios y la aceptación de Él; y la misericordia, los frutos de ese favor, son el perdón de pecados, y la libertad de todas las miserias, tanto aquí como en el más allá. La paz es el efecto y fruto de la misericordia: la paz con Dios por medio de Cristo que es nuestra Paz, y paz con las

criaturas y con nosotros mismos. La gracia es la fuente de todas las bendiciones. La misericordia, la paz, y todo lo bueno surgen de ella.

Vv. 5—9. El carácter y las cualidades de los pastores, aquí llamados ancianos y obispos, concuerdan con lo que el apóstol escribió a Timoteo. Puesto que los obispos y sobreveedores del rebaño, deben ser ejemplo para ellos, y mayordomos de Dios para cuidar los asuntos de su casa, hay mucha razón para que sean irrepreensibles. Se indica claramente lo que no deben ser y lo que tienen que ser como siervos de Cristo y ministros eficientes de la letra y la práctica del evangelio. Aquí se describe el espíritu y la costumbre que corresponde a los tales, que deben ser ejemplo de buenas obras.

Vv. 10—16. Se describe a los falsos maestros. Los ministros fieles deben oponerse a ellos en el momento oportuno para que la necesidad de ellos se haga manifiesta, para que no sigan adelante. Tenían una baja finalidad en lo que hacían; sirviendo un interés mundano so pretexto de la religión: porque el amor al dinero es raíz de todo el mal. Los tales deben ser resistidos y avergonzados, por la sana doctrina de las Escrituras. Las acciones vergonzosas, el reproche de los paganos, deben estar lejos de los cristianos; la falsedad y la mentira, la astucia envidiosa y la crueldad, las costumbres brutales y sensuales, la ociosidad y la pereza, son pecados condenados hasta por la luz de la naturaleza. Pero la mansedumbre cristiana dista tanto del disimulo cobarde del pecado y del error como de la ira y la impaciencia. Aunque haya diferencias nacionales de carácter, sin embargo, el corazón del hombre de toda época y lugar es engañoso y perverso. Pero las reprensiones más agudas deben apuntar al bien del reprendido; la fe sana es muy deseable y necesaria. Nada es puro para los que son corrompidos e incrédulos; ellos abusan y hacen pecado de las cosas buenas y lícitas. Muchos profesan conocer a Dios, pero en sus vidas lo niegan y rechazan. Nótese el miserable estado de los hipócritas, como los que tienen una forma de piedad, pero están sin su poder; de todos modos, no estemos tan dispuestos a acusar de esto a los demás, como cuidadosos de que no se aplique a nosotros.

CAPÍTULO II

Versículos 1—8. *Los deberes que se convierten en sana doctrina.* 9, 10. *Los siervos creyentes deben ser obedientes.* 11—15. *Todo se rige por el santo designio del evangelio, el cual concierne a todos los creyentes.*

Vv. 1—8. Los antiguos discípulos de Cristo deben comportarse en todo de manera armoniosa con la doctrina cristiana. Los ancianos deben ser sobrios; que no piensen que el deterioro de la naturaleza justifica cualquier exceso, pero busquen consuelo en la comunión más íntima con Dios, no en concesiones indebidas. La fe obra por amor y debe verse en el amor, el de Dios por sí mismo y el de los hombres por amor a Dios. Las personas mayores tienden a ser irritables y temerosas; por tanto, se necesita cuidarlas. Aunque no hay un texto bíblico expreso para cada palabra o mirada, hay, no obstante, reglas generales conforme a las cuales debe ordenarse todo. Las mujeres jóvenes deben ser sobrias y discretas, porque muchas se exponen a tentaciones fatales por lo que al principio pudo ser sólo falta de discreción. Se agrega la razón: para que no sea blasfemada la Palabra de Dios. Fallar en los deberes es un gran reproche al cristianismo. —Los jóvenes son dados a ser ansiosos y precipitados, por tanto, se les debe llamar con seriedad a que sean sobrios: hay gente joven que se arruina más por el orgullo que por cualquier otro pecado. —Todo esfuerzo del hombre piadoso debe ser para callar las bocas de los adversarios. Que tu propia conciencia responda a tu rectitud. ¡Qué gloria es para el cristiano cuando la boca que se abre en su contra, no puede hallar nada malo para hablar de él!

Vv. 9, 10. Los siervos deben conocer y cumplir su deber para con sus amos terrenales, con

referencia al amo celestial. Al servir a un amo terrenal conforme a la voluntad de Cristo, Él es servido; los tales serán recompensados por Él. No darse al lenguaje insolente y provocativo, pero aceptar en silencio una reprensión o un reproche, sin formular respuestas soberbias ni atrevidas. Cuando uno tiene conciencia de una falta, excusarse o justificarla simplemente la aumenta al doble. Nunca uséis por cuenta propia lo que pertenece al amo, ni desperdiciéis los bienes que os hayan confiado. Demuestra toda esa buena fidelidad para utilizar los bienes del amo, y fomentar su progreso. Si no habéis sido fieles en lo que es de otro hombre, ¿quién os dará lo que es propio? Lucas xvi, 12. La religión verdadera es un honor para los que la profesan y ellos deben adornarla en todas las cosas.

Vv. 11—15. La doctrina de la gracia y la salvación por el evangelio es para todos los rangos y estados del hombre. Nos enseña a dejar el pecado; a no tener más relación con éste. La conversación terrenal y sensual no conviene a la vocación celestial. Enseña a tomar conciencia de lo que es bueno. Debemos mirar a Dios en Cristo como objeto de nuestra esperanza y adoración. La conversación del evangelio debe ser una conversación buena. Nótese aquí nuestro deber en pocas palabras: negar la impiedad y las lujurias mundanas, vivir sobria, recta y piadosamente, a pesar de todas las trampas, tentaciones, ejemplos malos, usos malos y vestigios del pecado en el corazón del creyente, con todos sus obstáculos. Nos enseña a buscar las glorias del otro mundo. En la manifestación gloriosa de Cristo, se completará la bendita esperanza de los cristianos. —Llevarnos a la santidad y a la felicidad era la finalidad de la muerte de Cristo. Jesucristo, el gran Dios y Salvador nuestro, que salva no sólo como Dios, y mucho menos como Hombre solo, sino como Dios-Hombre, dos naturalezas en una sola persona. Él nos amó, y se dio por nosotros; ¡y qué menos podemos hacer sino amarle y darnos a Él! La redención del pecado y la santificación de la naturaleza van aunadas y forman un pueblo peculiar para Dios, libre de culpa y condenación, y purificado por el Espíritu Santo. —Toda la Escritura es provechosa. Aquí está lo que proveerá para todas las partes del deber y el correcto desempeño de ellos. Indaguemos si toda nuestra dependencia está puesta en esa gracia que salva al perdido, perdona al culpable, y santifica al inmundo. Mientras más alejados estemos de jactarnos de buenas obras imaginarias, o de confiar en ellas, para gloriarnos en Cristo solo, más celosos seremos para abundar en toda verdadera obra buena.

CAPÍTULO III

Versículos 1—7. *La obediencia a los magistrados y la conducta conveniente para con todos, se enfatizan a partir de lo que eran, antes de la conversión, los creyentes, y lo que son hechos por medio de Cristo.* 8—11. *Deben hacerse buenas obras y evitar los debates inútiles.* 12—15. *Instrucciones y exhortaciones.*

Vv. 1—7. Los privilegios espirituales no vacían ni debilitan, antes bien confirman los deberes civiles. Sólo las buenas palabras y las buenas intenciones no bastan sin las buenas obras. No deben ser belicosos, sino mostrar mansedumbre en todas las ocasiones, no sólo con las amistades sino a todos los hombres, pero con sabiduría, Santiago ii, 13. Aprendamos de este texto cuán malo es que un cristiano tenga malos modales con el peor, el más débil y el más abyecto. —Los siervos del pecado tienen muchos amos, sus lujurias los apresuran a ir por diferentes caminos; el orgullo manda una cosa, la codicia, otra. Así son odiosos, y merecen ser odiados. Desgracia de los pecadores es que se odien unos a otros, y deber y dicha de los santos es amarse los unos a los otros. Somos librados de nuestro estado miserable sólo por la misericordia y la libre gracia de Dios, el mérito y los sufrimientos de Cristo, y la obra de su Espíritu. —Dios Padre es Dios nuestro Salvador. Él es la fuente de la cual fluye el Espíritu Santo para enseñar, regenerar y salvar a sus criaturas caídas; y esta bendición llega a la humanidad por medio de Cristo. El brote y el surgimiento de ellos son la bondad y el amor de Dios al hombre. El amor y la gracia tienen gran poder, por medio del Espíritu,

para cambiar y volver el corazón a Dios. Las obras deben estar en el salvado, pero no son la causa de su salvación. Obra un nuevo principio de gracia y santidad, que cambia, gobierna y hace nueva criatura al hombre. La mayoría pretende que al final tendrá el cielo, aunque ahora no les importa la santidad: ellos quieren el final sin el comienzo. He aquí el signo y sello externo de ello en el bautismo, llamado el lavamiento de la regeneración. La obra es interior y espiritual; es significada y sellada exteriormente en esta ordenanza. No se reste importancia al signo y sello exterior; pero no descanséis en el lavamiento exterior, pero busca la respuesta de una buena conciencia, sin la cual el lavado externo no sirve de nada. El que obra en el interior es el Espíritu de Dios; es la renovación del Espíritu Santo. Por Él mortificamos el pecado, cumplimos el deber, andamos en los caminos de Dios; toda la obra de la vida divina en nosotros, los frutos de la justicia afuera, son por este Espíritu bendito y santo. El Espíritu y sus dones y gracias salvadoras vienen por medio de Cristo, como Salvador, cuya empresa y obra es llevar a los hombres a la gracia y la gloria. La justificación, en el sentido del evangelio, es el perdón gratuito del pecador; aceptarlo como justo por la justicia de Cristo recibida por fe. Dios es bueno con el pecador cuando lo justifica según el evangelio, pero es justo consigo mismo y con su ley. Como el perdón es por medio de la justicia perfecta, y Cristo satisface la justicia, esta no puede ser merecida por el pecador mismo. La vida eterna se presenta ante nosotros en la promesa; el Espíritu produce la fe en nosotros y la esperanza de esa vida; la fe y la esperanza la acercan y llenan de gozo por la expectativa de ella.

Vv. 8—11. Cuando se ha declarado la gracia de Dios para con la humanidad, se insta la necesidad de las buenas obras. Los que creen en Dios deben cuidar de mantener las buenas obras, buscando oportunidades para hacerlas, influidos por el amor y la gratitud. Hay que evitar las cuestiones necias y vanas, las distinciones sutiles y las preguntas vanas; tampoco debe la gente desear lo novedoso, sino amar la sana doctrina que tiende mayormente a edificar. Aunque ahora pensemos que algunos pecados son leves y pequeños, si el Señor despierta la conciencia, sentiremos que aun el menor pesa mucho en nuestras almas.

Vv. 12—15. El cristianismo no es una profesión infructuosa, y quienes lo profesan deben estar llenos de los frutos de justicia que son por Jesucristo, para la gloria y alabanza de Dios. Deben hacer el bien y mantenerse lejos del mal. Que los ‘nuestros’ tengan labores y ocupaciones honestas para proveer para sí mismos y para sus familias. El cristianismo obliga a todos a buscar algún trabajo y vocación honesta, y en ellos, permanecer con Dios. —El apóstol termina con expresiones de consideración amable y una oración ferviente. La gracia sea con todos vosotros; el amor y el favor de Dios, con sus frutos y efectos, para los casos de necesidad; y abunden en ellos en sus almas cada vez más. Este es el deseo y la oración del apóstol que muestra su afecto por ellos, y su deseo de bien para ellos, y quiere que sea el medio de obtener y traigan sobre sí, lo pedido. La gracia es la cosa principal que se debe desear y rogar orando, con respecto a nosotros o al prójimo; es “todo bien”.

FILEMÓN

Filemón era un habitante de Colosas, persona de cierta notoriedad y riqueza, convertido en el ministerio de San Pablo. Onésimo era el esclavo de Filemón que había huido de su amo, yéndose a Roma donde se convirtió a la fe cristiana por la palabra presentada por Pablo, que lo tuvo consigo hasta que su conducta demostró la verdad y sinceridad de su conversión. Deseaba reparar el daño que había infligido a su amo, pero temiendo que se le infligiera el castigo merecido por su ofensa, pidió al apóstol que escribiera a Filemón. San Pablo no parece razonar en otro lugar con mayor

belleza o exhortar con más fuerza que en esta epístola.

VERSÍCULOS 1—7. *El gozo y la alabanza del apóstol por la firme fe de Filemón en el Señor Jesús, y el amor a todos los santos. 8—22. Recomienda a Onésimo, como quien hará ricas enmiendas por la mala conducta de que fue culpable y por quien el apóstol promete compensar cualquier pérdida que Filemón haya tenido. 23—25. Saludos y bendición.*

Vv. 1—7. La fe en Cristo y el amor a Él debe unir a los santos más estrechamente que cualquier relación externa que pueda unir a la gente del mundo. Pablo era minucioso para recordar en sus oraciones privadas a sus amigos. Nosotros debemos recordar, mucho y frecuentemente, a los amigos cristianos según su necesidad, llevándolos en nuestros pensamientos y en nuestros corazones ante Dios. Los sentimientos y las maneras diferentes en lo que no es esencial, no deben constituir diferencia de afecto respecto a la verdad. Él pregunta por sus amigos, respecto de la verdad, el crecimiento y su fruto en la gracia, de su fe en Cristo y su amor a Él, y a todos los santos. El bien que hacía Filemón era motivo de gozo y consuelo para él y para los demás, que en consecuencia deseaban que continuara y abundara más y más en buenos frutos para gloria de Dios.

Vv. 8—14. Patrocinar a alguien no rebaja a nadie, y ni siquiera suplicar cuando, en estricto derecho, podríamos mandar; el apóstol argumenta a partir del amor más que de la autoridad, a favor de un convertido por su intermedio, el cual era Onésimo. Aludiendo a ese nombre que significa, “provechoso”, el apóstol admite que, antes, éste no había sido *provechoso* para Filemón, apresurándose a mencionar el cambio por el cual se había vuelto *provechoso*. Las personas impías no son provechosas; no responden a la gran finalidad de su ser, pero, ¡qué cambio dichoso efectúa la conversión! De lo malo a lo bueno; de inútil, a útil. Los siervos religiosos son el tesoro de una familia. Estos tendrán conciencia de su tiempo y su tarea, y administrarán todo lo que puedan para mejor. —Ninguna perspectiva de servicio debe conducir a que alguien descuide sus obligaciones o deje de obedecer a sus superiores. Una gran prueba de arrepentimiento verdadero es volver a cumplir los deberes abandonados. Onésimo se había fugado cuando era inconverso, para menoscabo de su amo, pero ahora había visto su pecado y se había arrepentido, y estaba dispuesto y deseoso de regresar a su deber. Poco saben los hombres con qué propósito el Señor permite que algunos cambien su situación o emprendan cosas, quizá con malos motivos. Si el Señor no hubiera impedido algunos de nuestros proyectos impíos, fuéramos el reflejo de casos en que nuestra destrucción era segura.

Vv. 15—22. Cuando hablamos de la naturaleza de un pecado u ofensa contra Dios, no debemos minimizar su mal, pero en el pecador arrepentido debemos hacerlo así, porque Dios lo cubre. Los caracteres cambiados suelen llegar a ser bendición para todos aquellos con quienes residen. —El cristianismo no elimina nuestros deberes para con los demás; nos enseña a hacerlo bien. Los verdaderos arrepentidos estarán abiertos para admitir sus faltas, como evidentemente lo hizo Onésimo con Pablo, al ser despertado y llevado al arrepentimiento; especialmente en caso de haber dañado al prójimo. La comunión de los santos no destruye las distinciones de la propiedad. —Este pasaje es un ejemplo de lo que se imputa a uno, pero es contraído por otro; y de uno que está dispuesto a responder por otro, por compromiso voluntario para que sea liberado del castigo debido a sus delitos, conforme a la doctrina de Cristo, que por su propia voluntad, soportó el castigo de nuestros pecados para que nosotros pudiéramos recibir la recompensa de su justicia. —Filemón era hijo de Pablo por la fe, pero lo trata como hermano. Onésimo era un pobre esclavo, pero Pablo ruega por él, como si pidiera algo grande para sí mismo. Los cristianos deben hacer lo que puedan para regocijo de los corazones de unos y otros. Del mundo esperan problemas; deberán hallar consuelo y gozo los unos en los otros. Cuando nos quiten algo de lo recibido por misericordias, nuestra confianza y esperanza deben estar en Dios. Debemos usar diligentemente los medios, y si nadie está a la mano, abundar en oración. Pero, aunque la oración prevalece, no merece las cosas

obtenidas. Si los cristianos no se conocen en la tierra, aún la gracia del Señor Jesús estará con sus espíritus y pronto se reunirán ante el trono para unirse para siempre a admirar las riquezas del amor redentor. El ejemplo de Onésimo puede dar ánimo a los pecadores más viles para regresar a Dios, pero está vergonzosamente pervertido el que por ello se siente estimulado a persistir en los malos rumbos. ¿No son muchos quitados en sus pecados mientras otros se endurecen en ellos? No hay que resistir las convicciones *actuales*, no vaya a ser que nunca más vuelvan.

Vv. 23—25. Nunca encuentran más gozo de Dios los creyentes que cuando sufren juntos por Él. La gracia es el mejor deseo para nosotros mismos y para el prójimo; con ella empieza y termina el apóstol. Toda gracia es de Cristo; Él la adquirió y Él la concede. ¿Qué más necesitamos para hacernos felices, que tener la gracia de nuestro Señor Jesucristo con nuestro espíritu? Hagamos ahora lo que debemos hacer en el último suspiro. Entonces, los hombres están dispuestos a renunciar al mundo y a preferir la porción mínima de gracia y fe antes que un reino.

Henry, Matthew